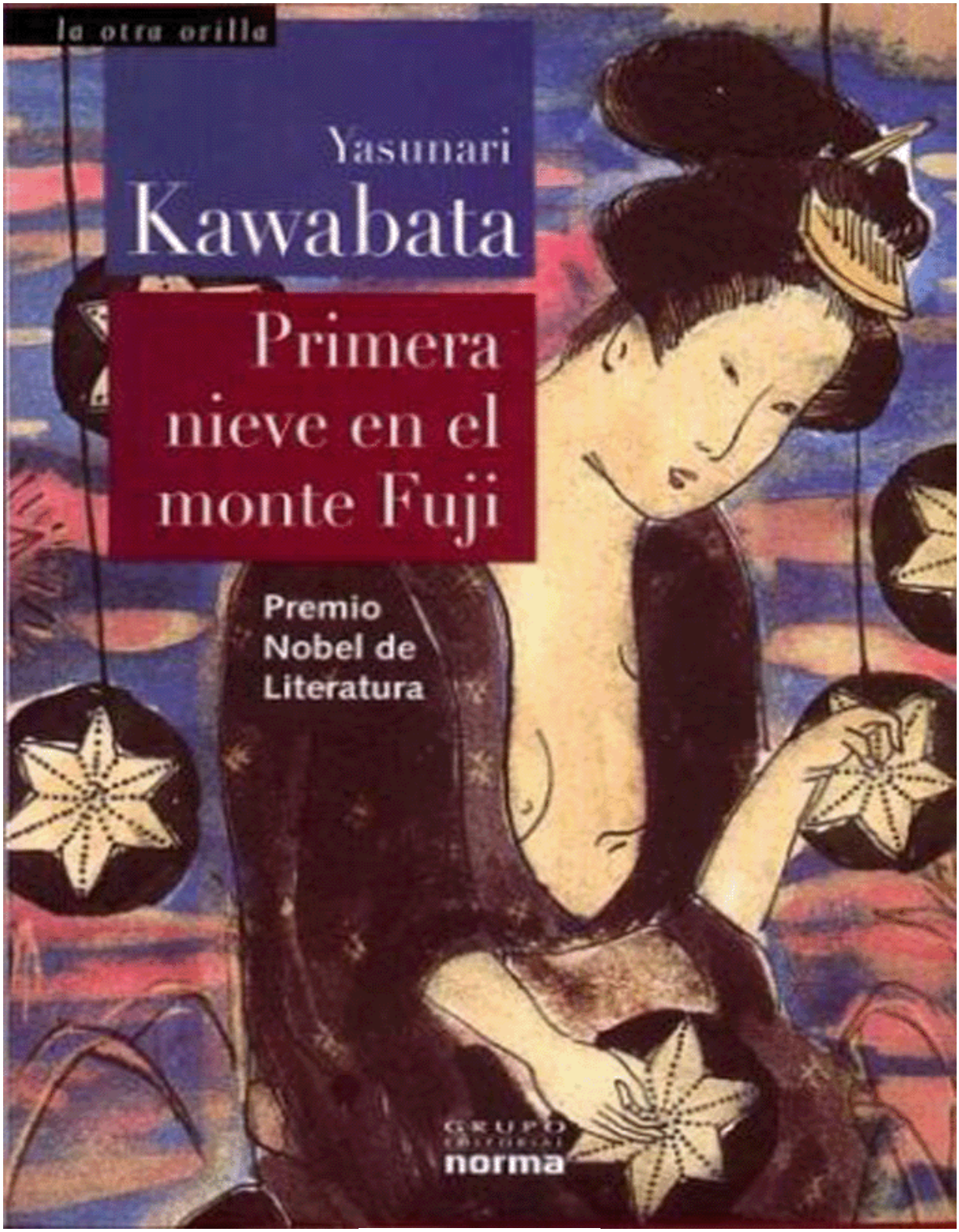
Primera nieve en el Monte Fuji
Yasunari Kawabata



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

En aquel país. En este país

I

El dos de noviembre, víspera del Día de la Cultura en Japón, Takako releyó dos y tres veces la columna "En aquel país. En este país" del diario Sankei Jiji. Esta columna recoge acontecimientos curiosos e interesantes del extranjero. Son más cuentos, o semillas de cuentos, que lo que llamamos comúnmente noticias.
La edición vespertina del día anterior le había dado amplia cobertura a la declaración de la princesa Margarita de Inglaterra de que no se casaría con el capitán Townsend. No era extraño por lo tanto que, una de las historias de "En aquel país. En este país" del periódico del dos de noviembre se refiriera al amor de la princesa:

"En las planicies de Escocia la mirada tropieza frecuentemente con túmulos de piedras. En el pasado estos túmulos se erigieron en memoria de héroes caídos en combate. Hoy se cree que los amantes que añadan una piedra a uno de estos túmulos alcanzarán el 'amor eterno'. Hace cuatro años, cuando la princesa Margarita y el capitán Townsend veraneaban en Balmoral, pusieron una piedra sobre un túmulo situado en un paraje desértico a tres millas del pueblo y se juraron amor eterno. Inmediatamente, el túmulo se volvió famoso. Hoy la pasión amorosa de la princesa se ha desvanecido."

Al final del artículo había una fotografía del monumento. Su tamaño podía calcularse por la altura de las personas de pie a su alrededor. El túmulo tenía casi la estatura de un hombre y cada una de las piedras que lo formaban parecía mucho más grande que la cabeza de una persona. Algunas podían tener el ancho de los hombros.
No era posible adivinar cuál de aquellas piedras había sido la que la princesa y el capitán dejaron sobre el túmulo, pero ninguna hubiera podido ser alzada sólo por la princesa. Era evidente que tuvieron que haberla levantado juntos, y aún así esta tuvo que haberles resultado muy pesada.
Mientras contemplaba la fotografía, Takako intentó imaginar a la princesa y al capitán mientras levantaban la piedra sobre el túmulo. Pero en ese momento sintió que el asunto no le concernía. La compasión que había sentido por la princesa, a quien las normas de la Iglesia y de la familia real inglesa habían forzado a abandonar su amor, era ya historia pasada. Esa compasión que había despertado en ella el periódico de la víspera se había convertido ahora en un cuento remoto.
Takako, sin embargo, fue incapaz de leer con el mismo desapego otra de las historias de "En aquel país. En este país". La columna describía dos casos auténticos de "trueque de parejas".

El primero había sucedido en Suecia. Dos parejas de esposos, los Polsen y los Peterson, vivían en apartamentos contiguos en un mismo edificio en Egresund, una aldea cercana a Estocolmo. El señor Polsen y el señor Peterson eran amigos desde hacía mucho tiempo. Las dos familias vivían como si formaran un solo hogar. El día veintinueve (el artículo apareció el dos de noviembre, de modo que el caso debió suceder el veintinueve de octubre) los dos esposos intercambiaron mujeres. O, si se mira desde el punto de vista de las esposas, las dos mujeres intercambiaron maridos. Las parejas se divorciaron y se volvieron a casar al mismo tiempo. A ninguno de los cuatro le preocupa el impacto de su acción en el resto del mundo. Al parecer los cuatro se llevan mejor que nunca.
El señor Peterson ha declarado que "hay muchos matrimonios desafortunados a los que les iría mejor si se divorciaran. Tanto Polsen como yo pensamos que no hay nada extraño en desposar a la mujer del otro. Esto fue lo que en principio nos pareció que convenía más a los niños".

Los Peterson tienen un sólo hijo. Los Polsen, dos. Los tres niños siguieron a sus respectivas madres cuando cada una se trasteó al apartamento vecino.

El otro caso tuvo lugar en el estado de Wisconsin en los Estados Unidos. El día veintiocho (probablemente de octubre) hubo una ceremonia de trueque de cónyuges. El señor Pierce, de treinta, y la señora Pierce, de veintinueve años y el señor y la señora Pemis, ambos de treinta y dos años, intercambiaron mutuamente sus cónyuges. Las ceremonias de matrimonio de las parejas tuvieron lugar consecutivamente. Cada pareja apadrinó la ceremonia de la otra.
El treinta, dos días después, uno por uno los cuatro dijeron: "Tanto nosotros como los chicos somos inmensamente felices."
Ambas familias tienen tres hijos. Los niños, naturalmente, como en el caso de Suecia, siguieron a sus madres que fueron las que cambiaron de casa. Esto es por decir algo, porque la mudanza se hizo entre casas separadas por una calle, situadas una enfrente de la otra.

La comedia del trueque de cónyuges (de clase media, muy probablemente) agitó el corazón de Takako con mayor intensidad que el triste relato del túmulo de la princesa, porque tenía que ver con algo de su propia vida.
En realidad, tal vez resulta más triste un trueque de cónyuges que la historia de amor de una princesa. Un artículo de periódico no comunica quizás los sentimientos genuinos de las personas. Y ellas tampoco tienen por qué contarle a los periodistas lo que realmente sienten.
Además, ¿será posible que niños que pasan a vivir en el apartamento de al lado o en casas separadas por una calle, una enfrente de la otra, consideren como "dicha" el intercambio de padres y que todo esto sea "lo que más les conviene"?
Takako no podía creerlo.
Un trueque de cónyuges no era el tipo de cosa que alguien podría hacer con la conciencia tranquila. Para alguien de naturaleza melancólica esto sería ciertamente muy duro. Es muy raro que las cuatro personas de dos matrimonios tengan los mismos sentimientos. Pero precisamente por ser algo sorprendente se convirtieron en noticia de una agencia internacional, y luego en columna de un periódico japonés como "En aquel país. En este país".
Los ocho suecos y norteamericanos eran sin lugar a dudas frívolos hedonistas o personas sin moral. Habían intercambiado parejas sin gran esfuerzo y con un espíritu más bien festivo. Takako creyó que no podía haber sido de otra manera.
A pesar de esto, era un hecho que algo absolutamente improbable, que concernía a dos parejas, había sucedido dos veces en los últimos tres o cuatro días. Aunque fuese en países lejanos.
No era que Takako, que ya tenía veintinueve años, no supiera que en este mundo suceden cosas que uno presume imposibles. El hombre es un ser capaz de hacer cualquier cosa, llevado por todo tipo de impulsos, sin darse cuenta de qué es lo que hace.
Pero se trataba de algo que no iba con ella. Algo que ella nunca haría.
"Este trueque de cónyuges lo único que requiere para ser posible, dentro de la incontable multitud de seres humanos, es la sintonía de ánimo de cuatro personas", musitó Takako con una risa forzada.
No es nada extraordinario. Probablemente no es algo que cause a los demás terribles molestias ni es un delito. Pero que en un llamado trueque de cónyuges sintonicen cuatro personalidades es casi un milagro. Y francamente no es muy honesto decir "lo único que se requiere...".

Takako pensó que era mejor no mostrarle el artículo a su marido Hirata.
Hirata esa mañana había ojeado rápidamente la edición matutina antes de salir de casa. No era probable que, si volvía a tomar el periódico, escogiese una columna insignificante como "En aquel país. En este país". Y, aún en caso de que la leyese, la miraría como una anécdota

divertida que contar. De seguro que le atraería más el túmulo de la princesa Margarita y el capitán Townsend.
Takako, sin embargo, decidió esconder el periódico lejos de la mirada de su esposo.

II

Takako intentó embutir el periódico en el que había salido la historia bajo un montón de diarios apilados en el fondo de un clóset. Pero no pudo hacerlo bien. Estaba impaciente.
Acurrucada en esa vergonzosa postura comenzaron a acosarla pensamientos impuros.
Su único pecado no consistía en esconder el periódico.
Al darse vuelta, después de correr la puerta del clóset, observó la sombra nítida de un árbol reflejada en el papel de la puerta corrediza. Afuera brillaba la luz de un día de otoño.
Takako salió al jardín.
La sombra que había visto era la de un acebo. Pero para ser acebo era un árbol grande. En todo el jardín era el único con apariencia de árbol.
El acebo tenía unas flores como pequeños puntos blancos. Era extraño que Takako no recordara cuándo había florecido a pesar de que se encontraba justo enfrente a la salita del té. Las flores se estaban cayendo y la tierra negra bajo la sombra del árbol parecía blanca.
Takako recogió tres o cuatro florecillas que se puso sobre la palma de la mano. Tenían cuatro pétalos redondos y enroscados con largos estambres.
Tal vez Hirata había advertido las flores del acebo pero desde luego no se habría fijado en el delicado detalle de su forma. Ni Takako ni Hirata habían conversado acerca de las flores del acebo durante ese otoño.
Al oír ruido en la cerca de bambú que la separaba del jardín de los vecinos Takako gritó:
–¡Rikki! ¡Rikki!
Un perrito gozque de color marrón asomó la cabeza por un agujero que había en la parte inferior de la cerca. A juzgar por el movimiento de cabeza debía estar batiendo incesantemente la cola. Sin embargo, no pasó al jardín de los Hirata.
–¡Rikki! ¿Está el señor Chiba fuera de casa?
Tal como le habló Takako al perro, Chiba la habría oído si estuviera.
Chiba le puso al perro este nombre en recuerdo del luchador profesional Rikidosan cuyo apodo, naturalmente, era "Rikki".
–Si Rikidosan se entera, se va a molestar –le había dicho Takako a Chiba.
–No tiene por qué saberlo. Y aún si lo supiera se moriría de risa con esta secuela de su popularidad. Generalmente los nombres de los perros son estereotipados. No es que haya mucho de dónde escoger. Un nombre como "Rikki" es más original; y además como es un perro guardián y macho, ¿no crees que le va bien ese nombre de fortachón? Sin embargo, un día iba por la calle y oí a alguien que llamaba: '¡Rikki! ¡Rikki!'. Al volverme me encontré con un minúsculo terrier. Me pareció natural que otras personas llamaran Rikki a su perro; son cosas de la psicología popular.
–Es un lindo nombre con hermoso sonido, ¿verdad? –Quizás a usted también le ha pasado que se vuelve si oye a alguien que llama "Takako".
–Así es. Puesto que tampoco es que haya muchos nombres de mujer...
–¿Sabe que Rikki se le parece? Tiene su mismo cuello alargado. Al menos así lo veo yo.
–¿Que este perro se me parece?
Takako esbozó una leve sonrisa pero no llegó a reírse. No era rabia. Más bien se sentía avergonzada.
Las mejillas le ardían de pensar en que Chiba había mirado el cuello de su mascota pensando en ella. Takako misma sabía que entre las mujeres japonesas su cuello era largo y delgado y además hermoso. Se lo habían venido diciendo las amigas desde que estaba en el colegio. Aun después de casada no se le había vuelto feo ni rollizo. Hirata, su esposo, también lo

sabía. Con la frente le levantaba la barbilla y le daba besos en el cuello. Takako había terminado por acostumbrarse y ya no sentía ni siquiera cosquillas.
Sin embargo, cuando el joven Fujiki le rozaba el cuello con sus labios, Takako se estremecía quisquillosa como si fuera a salir volando y lanzaba griticos con el cuerpo arqueado hacia atrás.
Esta diferencia sorprendía a Takako y también la atemorizaba. Pensaba que no era únicamente porque Fujiki la besara tímida y suavemente.
–¡Rikki! ¡Ven acá!
Takako volvió a llamar al perro que había sacado la cabeza por la cerca de bambú. Era una cerca vieja que existía desde antes de que ella llegara a casa de Hirata. Gruesos troncos de bambú habían sido rajados en dos y los lados de adentro habían sido alineados mirando a la casa de los Hirata. Muy probablemente la cerca había sido hecha por Chiba. Un acebo trepaba por el lado de los Chiba. En algunos sitios descolgaba unas cerezas raquíticas sobre el jardín de los Hirata.
Cuando Takako se casó con Hirata, Chiba, el vecino, todavía estaba soltero. Vivía con su madre, una hermana y una linda sirvienta. Poco después su hermana se casó y se fue. La madre había muerto hacía dos años.
Los esposos Hirata fueron invitados a la recepción del matrimonio de Chiba. También asistieron al funeral de la madre. A Takako le contaron que Chiba había estado en la boda de Hirata pero ella, que era la novia, no se percató de ello.

Un domingo, dos o tres días después de haber regresado de la luna de miel los esposos Hirata, Chiba llamó desde el segundo piso:
–¡Hirata! ¡Hirata!
–¿Sí?
Takako salió al corredor. Era la primera vez que la llamaban desde lejos por el apellido "Hirata". También era la primera vez que veía la cara de Chiba, el vecino.
Chiba, a pesar de haberla visto en la boda, se sintió un poco desconcertado.
–¡Lamento haber gritado de esta manera! De mi pueblo me mandaron un faisán y me gustaría enviárselo como obsequio de matrimonio...
–Bueno... sí...
La cara de Takako se encendió y haciendo un gesto como queriendo decir "espere un momento" se metió dentro de la casa. Puesto que había dicho que se trataba de un regalo no parecía necesario consultarle a su esposo...
Sin embargo, a Takako el corazón le saltaba en el pecho. Todavía sentía el eco de la voz de Chiba.
Hirata se alegró y le preguntó a Takako:
–Y tú, ¿sabes cómo degollar un faisán?
–¡No, qué asco! ¡Qué miedo! ¡No!
–Y él ¿a qué se dedica?
–¿Quién? ¿El vecino? Es arquitecto de una compañía constructora. Se graduó en una universidad privada. Dicen que es muy brillante.
Hirata dijo esto y salió. Un minuto después intercambiaron estas palabras entre el segundo piso de la casa vecina y el primer piso de la de ellos:
–Mi esposa no puede destriparlo.
–¿Se lo pedimos al carnicero?
–Tú también tienes que acompañarnos.
–¿Lo preparamos como una cazuela?

La casa de los Chiba tenía dos pisos. La de los Hirata era de una sola planta. Hirata era el segundo hijo de la familia y cuando se casó tuvo que buscar casa aparte. La casa de los Chiba era de mejor construcción que la de ellos.

Takako, que había escuchado desde adentro, preguntó a su esposo lo que ya sabía:
–¿Y va a venir el señor Chiba?
–¡Claro! Lo invité. Cuando mamá vivía conmigo antes de que tú vinieras, la madre y la hermana de Chiba la ayudaban con frecuencia.
En aquel tiempo todavía no existía en casa de Chiba ningún perro llamado Rikki.
Cuando Rikki llegó a casa de los Chiba ya era un perro adulto. Sin embargo, no existía razón para creer que lo había conseguido porque asociaba el cuello largo del perro con la vecina Takako. Eso sería ir demasiado lejos.
Rikki no hizo ningún intento de pasar de su lado y mantuvo el cuello afuera del agujero en la parte baja de la cerca de bambú. Era un cuello demasiado largo para un perro gozque.
–¿También Ichiko está fuera? ¿Estás cuidando la casa, Rikki? –preguntó Takako al perro que la miraba fijamente.
No había necesidad de preguntarle al perro. Ya había advertido que Ichiko, la esposa de Chiba, estaba ausente. No se escuchaba la interminable algarabía de Ichiko con Yoko, que tenía tres años, o con la sirvienta. Y la radio, que se mantenía prendida desde la mañana hasta la noche, estaba apagada.
En casa de los Chiba también había un televisor. Chiba le había diseñado una casa de recreo en Atami al dueño de una fábrica de bicicletas y este, en agradecimiento, le obsequió una bicicleta de mujer y un televisor.
Ichiko se había encontrado una vez en la recepción de un teatro kabuki con Takahashi Keizo, un popular anunciador de la NHK. "¡Pero si es el señor Takahashi!", le había dicho, mientras espontáneamente le hacía una inclinación de cabeza. Él le devolvió el saludo muy profesionalmente y con gran discreción. "Como está saliendo siempre en televisión, tuve la impresión de que era alguien a quien yo conocía. Después me pareció tan gracioso...".

Durante un tiempo, cada vez que Ichiko se encontraba con alguien le refería esta historia. Desde su casa, Takako la había oído contarla y reír a carcajadas.
Con frecuencia la veía enfundada en unos pantalones de esquiar que había usado Chiba cuando era universitario, montada en su bicicleta y con la niña de tres años asegurada a la espalda. Ichiko había escogido para la niña el nombre de Yoko con un sencillo razonamiento. En la escritura de Chiba Yoko se repiten dos ideogramas. Las cuatro letras se dividen en dos partes que forman una estructura simétrica a izquierda y derecha que decía ser apropiada. Esto se aplicaba también a su propio nombre, Chiba Ichiko, y eso la hacía sentir orgullosa.

"Me casé en una familia de nombres con suerte", le había dicho una vez Ichiko a Takako.
La señora del servicio, que ya pasaba los cuarenta años, había quedado viuda durante la guerra. Era una persona discreta y trabajadora. Recorría la casa en silencio poniendo en orden las cosas que Ichiko iba dejando regadas.
Debía ser porque su esposo era "Chiba" y la sirvienta "Taneko" por lo que Ichiko se consideraba "de buena suerte".
Takako pensaba que por muy descomplicada que fuera Ichiko, debió haber percibido que ella se había sentido atraída por Chiba tan pronto como llegó a la casa de Hirata. Ichiko, sin embargo, no puso distancias con ella ni se mostró reservada.
Por ejemplo, parecía no importarle si Takako la veía desnudarse en el segundo piso. Desnuda como estaba venía, se apoyaba en la ventana del segundo piso y desde allí se ponía a charlar con Takako.

La casa de los Chiba tenía una sala en el primer piso y una alcoba en el segundo que estaban dispuestas al estilo occidental. El dormitorio, que originalmente debió haber estado entapetado con tatami, había sido remodelado como una habitación occidental.
En las paredes del dormitorio habían instalado armarios para los vestidos de Chiba e Ichiko. Si Takako miraba al descuido podía ver a los Chiba cambiarse de ropa. El dormitorio se

hallaba en la parte de atrás y parecía ser la habitación privada de la familia Chiba. Algunas veces durante el verano se veía por la ventana que Chiba instalaba encima de la cama doble una tabla amarilla sobre la cual extendía unos planos.
Takako movía la cabeza intrigada. Se imaginaba que Chiba usaba la cama doble en lugar de la mesa de trabajo como signo de que el cuerpo de Ichiko lo llenaba plenamente. Takako no recordaba haber estado en una cama doble. ¿Cómo serían las cosas en una cama doble "en aquel país"?
Hirata y Fujiki eran tan dispares como "aquel país" y "este país". A Hirata no le gustaba que Takako moviera el cuerpo. En cambio, con Fujiki, era ella la que se movía. Posiblemente porque Fujiki era un estudiante menor que ella.
"¡Me da vergüenza! ¡Me siento como un animal!", decía Takako tapándose la cara con las pupilas dilatadas. Fujiki disfrutaba del ardor que le mostraba Takako.
Takako se revolvía como loca para neutralizar otros pensamientos impuros. Imaginaba cómo se abandonaría dulcemente y los ojos se le llenarían de lágrimas de placer si cometiera el mismo pecado con Chiba, el vecino. Cuando Takako parecía estar a punto de lanzar un gemido, Hirata le metía un dedo en la boca para que lo mordiera.
No era que Hirata, al hacer que se mantuviese calmada, la satisficiera menos que Fujiki. Todo lo contrario. Después de estar con Hirata tenía un sueño naturalmente dulce y hermoso. Tampoco era que buscara en Fujiki una experiencia contraria a la que encontraba con Hirata. Luego de estar con Fujiki, le quedaba una sensación de cansancio mezclado con tristeza y remordimiento. Esto no se debía únicamente a que Fujiki fuera un hombre cuya existencia ocultaba a Hirata. Era tal vez porque su cuerpo había sido domesticado por su esposo.

De todos modos, Takako ya no podía creer que la persona que ella era con Hirata y aquella que era con Fujiki fueran la misma mujer. La consternaba haber descubierto esos dos seres en sí misma que la apartaban del camino recto.
No era que se despersonalizara conscientemente en el papel de dos mujeres distintas. Se trataba más bien de dos diferencias espontáneas.
Por supuesto que la extrañeza de descubrir por vez primera, después de cometer un acto inmoral, a dos mujeres en sí misma, fue una experiencia dolorosa. La misma experiencia, sin embargo, la llevó a resucitar en secreto el deseo de buscar un tercer hombre.
Takako había decidido no buscar una aventura con Chiba. Era algo que no debía suceder. Sin embargo, después de enredarse con Fujiki, empezó a pensar que una relación íntima con Chiba era algo que podía suceder.
Para Takako, Chiba no era "el tercer hombre". Era "el primer hombre".
Takako consideraba su aventura con Fujiki como "una caída", como si inconscientemente se hubiera visto metida en un huracán. En el momento de su caída advirtió que más allá del sentimiento de culpa con su esposo, muy en el fondo se sentía culpable con Chiba. "Soy un ser extraño" pensaba. "Pero eso mismo me hace sentir más ardientemente apasionada".

Takako apartó la vista de Rikki y el perro retiró la cabeza del agujero de la cerca de bambú. Las cortinas del dormitorio en el segundo piso de la casa de los Chiba estaban cerradas.
Takako fue caminando hacia el sitio por donde el perro se había escabullido. Por una hendidura en la cerca se veían apretados racimos de flores en el seto bien cortado de sasanga que separaba la entrada principal de la puerta lateral de la casa de los Chiba. La floración había pasado y las flores se habían desparramado en el suelo.
En un lugar del jardín del lado del seto se amontonaban desordenadamente las flores como si fueran un matorral de hierbas. Había variedades de cosmos, vulgares crisantemos amarillos y blancos, algunas violetas. Seguramente las raíces y semillas de los dos últimos años habían crecido silvestres y florecido sin ningún cuidado. Parecía como si, en un principio, las hubieran arreglado en un círculo de tierra, pero ahora las flores crecían en cualquier dirección

Librodot

y había algunas tronchadas; se había perdido hasta la forma del parterre. Había montones de flores marchitas.
Sin embargo, era la primera vez que Takako le echaba un vistazo a esa variedad de especies que florecían así en el jardín de los Chiba. El corazón le palpitaba emocionado.
Parecía un milagro que, estando ausentes tanto Chiba como Ichiko, su esposa, todas esas flores permanecieran así, tan silenciosas en ese día de otoño.

"¡Lo que estoy haciendo es malo!", se dijo y se alejó de la cerca.
En la palma de la mano todavía conservaba unas flores de acebo que acababa de recoger. Iba a tirarlas pero entró a la sin hacerlo y dejó las diminutas florecillas blancas sobre la lámina del kotatsu. Era un kotatsubori con una instalación eléctrica.
Se escuchó un sonido furtivo en la puerta del vestíbulo.
–¿Hay alguien? ¿Puedo entrar?
Era el susurro de Fujiki. Takako, confundida, se puso de pie y salió a su encuentro.
–¡Te tengo prohibido venir a casa! ¡No puedes venir! ¡Estás loco! ¿Qué diablos estás pensando?
–¡Lo sé! ¡Eso lo sé! No quería venir, pero...
–Entonces, ¿por qué lo hiciste?
–Tenía que hacerlo. Ya hace un mes que no te ves conmigo...
–Pero vernos aquí me pone en problemas. Nos vemos mañana.
–No hay nadie en la casa, ¿verdad? Entré después de asegurarme de ello.
–¿Qué?
–Estuve un rato mirando desde el otro lado de la cerca.
–¿Ah sí? ¡Es increíble! ¡Qué descaro!
Takako enrojeció y comenzó a temblar.
–¡Aunque no haya nadie en casa, en la casa vecina hay gente! ¡Nos pueden ver los vecinos!
–¿Crees que los de al lado están espiando a ver quién llega a donde sus vecinos? Aunque me hayan visto no tienen la menor idea de quién soy yo ni de dónde vengo.
–¡No! ¡Te equivocas!
–¿Es que les has dicho algo de mí a los vecinos?
–¡No! No es eso. Es que los vecinos... Yo... –Takako
no pudo seguir adelante–. ¡Es terrible! Si vas a continuar viniendo a casa lo mejor es que cortemos definitivamente. ¡Acabemos con esto! Yo ya estaba pensando que lo que hacía no era correcto.
–¡Bien! ¡Bien! Pero sin gritar, con calma...
–¡De ningún modo! ¡Voy a gritar! Lo peor es que me estás diciendo que me calme.
–Pero, ¿qué fue lo que sucedió? –preguntó Fujiki mientras comenzaba a quitarse los zapatos.
–¡No sigas! ¡No sigas! –dijo Takako retrocediendo–. No tiene que ser mañana! Podemos vernos hoy, sólo que en otro lugar. ¡Vete, por favor! ¡Sal de la casa, por favor!

Los esposos Chiba no estaban. La única que debía estar era Taneko, la sirvienta. Takako, sin embargo, tuvo la sensación de que esta escena estaba siendo observada por el propio Chiba.
El terror de Takako de que se supiera que un hombre había venido clandestinamente a la casa tenía que ver por supuesto con su esposo. Sin embargo, en el fondo de sí, Takako tuvo la intuición de que había perdido la compostura también por causa de Chiba.
La vieja cerca de los Hirata estaba llena de agujeros. Si alguien quería husmear hacia su casa era posible hacerlo desde cualquier punto.
La idea de que Fujiki hubiera estado espiándola mientras miraba las flores del jardín de los vecinos, la llenó de vergüenza al mismo tiempo que la hizo odiar a Fujiki.
Viendo a Takako en ese estado, Fujiki entró de nuevo a la casa y, rodeándola por los hombros, la abrazó con fuerza .

–¡Suéltame! ¡Suéltame!... ¿Qué mal te he hecho? Perdóname... Ay, te odio a ti y a todo lo que tenga que ver contigo –dijo entrecortadamente. Su rostro había perdido el color.
–¡Señora! ¡Señora!
Fujiki sacudió aTakako para volverla en sí.

III

Hirata estaba esperando un taxi libre en la calle del tranvía de Yotsuya Shio-cho.
Hirata no era un hombre especialmente precavido ni meticuloso pero cuando tomaba un taxi acostumbraba montarse después de examinar tanto el vehículo como al conductor.
Esta vez, como en otras ocasiones, detuvo un automóvil conducido por un viejo chofer de rostro agradable.
–¡A la calle Namiki en Ginza!
Al acercarse a Yotsuya el conductor preguntó como distraído:
–¿Por dónde seguimos?
–¿Qué? Me da lo mismo cualquiera de los dos caminos.
–¿Tomo la derecha?
Si continuaban en línea recta salían a Hanzomon. Si doblaban a la derecha, a Akasaka-Mitsuke. Viniendo desde Shio-cho lo más lógico era seguir derecho después de pasar la intersección. Sin embargo, no había diferencia si se prefería llegar a Ginza dando la vuelta por Akasaka-Mitsuke.
El taxi de Hirata dobló hacia la derecha.
El conductor era tranquilo como todos los viejos. Hirata se sintió cómodo y se puso a contemplar un grupo de cuatro o cinco cisnes que flotaban en un rincón del foso en los alrededores del puente de Benkei.
–También aquí han soltado cisnes. ¿Desde cuándo están? Es la primera vez que los veo. ¿Desde cuándo están? –le preguntó al conductor, pero no obtuvo respuesta.
Unos diez pájaros acuáticos bastante grandes descendieron aleteando. Eran pájaros silvestres a los que no se les habían cortado las alas como a los cisnes. Hirata sintió que el invierno estaba cerca. Cuando llega el invierno se pueden ver con frecuencia bandadas de pájaros silvestres en el foso.
Hirata, sin embargo, se sentía abrigado por los tibios rayos de sol que se colaban al interior del automóvil. El taxi subió en dirección al edificio de la Dieta Nacional. Al llegar a la intersección en donde se separan las calles que van hacia la Dieta y hacia Mittakuzaka, el chofer volvió a hacer una pregunta imbécil.
–¿Por dónde tomamos?
–Por la derecha –contestó Hirata y se sintió un poco raro al decirlo.
Al repasar con cuidado la cara del conductor, el señor, que al subirse se le había antojado simpático, le pareció ahora un vejete senil.
Al pasar por delante del edificio de la Dieta, Hirata le dijo como escupiendo la pregunta:
–¿Es que acaso no conoce las calles del centro de Tokio? ¿De dónde diablos es usted?
–Viví en el campo quince años...
–¿Qué?
Hirata, sintiéndose en peligro se deslizó justo detrás del chofer.
–En quince años las calles de Tokio han cambiado completamente... Ya antes había trabajado en Tokio. Sin embargo, también en el campo los caminos son duros, ¿sabe? Las carreteras de montaña... –dijo el conductor y quitando la mano izquierda del volante la fue levantando hacia adelante, como imitando la pendiente de una montaña.
–¡Señor! ¡Señor! –le gritó Hirata.
–Estoy recién llegado a Tokio. Regresé hace un mes. Me siento perdido, ¿sabe?
–Bueno, pues vaya despacio, por favor.

Una gran valla extendida sobre la calle en frente de la estación de policía llamó la atención de Hirata. Decía:

"Accidentes de tráfico de ayer: 2 muertos, 25 heridos".

–¿Tomo por la derecha?
–¡Sí! ¡Síií!
Hirata había contestado sin pensar. Si seguían derecho, ¿no estaban justo frente a Ginza Yonchome, la intersección de Hibiya? Que hiciera semejante pregunta era ya el colmo. ¿No sería que algo le estaba pasando al chofer en la cabeza?
El taxi pareció ahogarse cuando giró a la derecha. Hirata pensó que iba a ser más seguro seguir desde Kasumigaseki a través del parque de Hibiya.

Por el camino no supo cuántos automóviles los pasaron. Hirata comenzó a molestarse un enorme lunar que tenía sobre la mejilla izquierda, como hacía cuando estaba de mal humor. Sabía que los choferes de taxi deben responder por una cierta suma diaria de ganancias y que por eso se meten por rutas desconocidas. Si no cumple con lo debido se le asigna un vehículo maltrecho. En casos extremos se le quita el taxi y termina siendo lo que se llama un "suplente", o sea, aquel que no maneja sino cuando reemplaza a otro conductor en los días de descanso.
Hirata había escuchado además que los taxistas de Tokio se exceden en el trabajo de modo que adquieren tempranamente lesiones en los ojos y no tienen una vida laboral larga.
A conductores tan viejos como este les cuesta obtener empleo en Tokio.
–Señor, ¿no era más fácil para usted trabajar en el campo atravesando montañas?
–De ninguna manera.
En el parque de Hibiya se volvieron a extraviar. El automóvil terminó delante del Auditorio Municipal. Y para empeorar las cosas, el taxista, intentando alejarse del Auditorio, acabó bajo la sombra de un árbol en un sitio en donde no había calle.
Finalmente salieron del parque.
Hirata, cada vez que llegaban a una intersección, miraba nervioso a izquierda y derecha y decía: "¡Derecho! ¡Derecho!" Y el hecho de que hubiera elegido precisamente ese taxi, manejado por ese estúpido anciano, lo llevó a pensar que su buena suerte se había acabado. Hirata torció con inquietud su gran cara redonda.
Él, que tenía una personalidad descomplicada y egoísta, venía sufriendo últimamente de ataques de angustia. Y esto había empezado cuando comenzó a sospechar de su esposa Takako.
Hirata se había sentido atraído por la personalidad de su vecino Chiba justo después de mudarse a la casa en que ahora vivía y de su matrimonio con Takako. Lo respetaba aunque Chiba era unos cinco años menor que él. Y había visto con agrado que Takako simpatizara con Chiba hasta que, de un tiempo para acá, había comenzado a sospechar de ellos.
Bueno, no propiamente de ambos. Chiba no tenía culpa alguna. La sospechosa era Takako. "Takako puede creerse muy astuta y pensar que ‘el único ignorante es el esposo’; no se da cuenta de que eso no es más que superficialidad femenina", se dijo.
A veces los ojos de Takako estaban intranquilos. Otras parecían mirar a lo lejos. El encanto de sus ojos había cambiado.

Después de la cena con faisán en la que Hirata le presentó Takako a Chiba, Hirata le había dicho festivamente: "¿Cómo te pareció? Buen tipo, ¿verdad? Tú venías para donde los vecinos pero te equivocaste de casa y te casaste conmigo". Fue una manifestación de la alegría y el orgullo que sentía por haber hecho suya aTakako, pero ahora, mirando hacia atrás, había sido un mal presagio.
En aquel momento Takako se limitó a preguntar la edad de Chiba.

–¿Cuántos años tiene?
–Debe ser unos cinco o seis años menor que yo. Sin embargo, es inteligente.
–Qué joven, ¿verdad?
Ichiko se casó con Chiba. Y también los Hirata se hicieron amigos de Ichiko. Un poco después Takako le dijo a su esposo:
–¿No crees que no es una esposa como para Chiba? Me ha decepcionado.
–Cosas que parecen incompatibles acaban concordando. ¿No es eso lo que se llama un arreglo del cielo? Después de todo el matrimonio no es otra cosa. Tal vez creas que se vería mejor si una mujer como tú se hubiese casado con Chiba. Pero, al contrario, eso no funciona. No, yo creo que lo que hizo está bien –comentó Hirata, aprobando con la cabeza.
Hirata había desestimado a Takako asumiendo que, como mujer, era incapaz de comprender esa desenvoltura de la vecina Ichiko, que tanto agrada a los hombres. Eso era algo de lo que no hablaría con su esposa. A pesar de que mantenía un rígido control sobre ella reconocía que le era superior en muchas cosas. Además, Hirata no hablaba de asuntos de sexo con ella. Disfrutaba de las cosas que, bajo su guía lenta y callada, iban brotando gradualmente desde el interior de Takako. Presumía que Takako obtenía satisfacción en controlarse como si fuera una mercancía finísima, y creía que eso redundaría hacia el futuro en un largo matrimonio.
Últimamente, sin embargo, esa misma Takako parecía haber cambiado de repente. Cuando Takako inadvertidamente mostraba lo que había cambiado, Hirata sentía que el cuerpo se le ponía rígido.
No podía creer otra cosa sino que las manos de un hombre habían tocado a Takako. Y para Hirata no había otro hombre que Chiba. De Fujiki no sabía nada.
De repente se le ocurrió que si llegaba a perecer en un accidente de taxi era porque Takako lo había imaginado en secreto. Era una sospecha injustificada y enfermiza, pero pensó que tal vez por eso estaba en ese automóvil, y sintió que comenzaba a paralizarse desde los pies.
–¡Aquí está bien! ¡Aquí!
El automóvil estaba entrando en Ginza.
–¡Deténgase aquí, por favor! Las calles de Ginza son todas de un solo sentido. Es muy enredado. Seguro que usted no las conoce.
El viejo conductor intentó detenerse pero la congestión de automóviles no le permitía encontrar un sitio vacío. Siguió de esta manera y al desembocar aparatosamente en la intersección, cuando intentó voltear a la derecha, se deslizó cerca de veinte metros por entre los bocinazos de los automóviles que venían detrás.
Hirata, al mirar con alivio a la calle, vio que sin habérselo propuesto estaba en la calle Namiki.
–¿Cuánto es?
–Son ciento cincuenta yenes.
Tal vez se había enloquecido el taxímetro o tal vez el conductor había equivocado la lectura, lo cierto es que Hirata quedó sorprendido de lo barato del taxi.
Buscó el dinero en el bolsillo del pantalón pero, tal vez por el peligro experimentado en el taxi, no sentía el cuerpo consigo y no pudo sacarlo fácilmente. Cuando aún no se había repuesto, una muchacha de pantalones se acercó a la ventana del automóvil.
–Señor, está cometiendo una infracción de tránsito. Si detiene el taxi aquí lo van a sancionar.
La muchacha habló con una delicadeza encantadora. Hirata tuvo la sensación de que estaba sonriendo pero ni los ojos de la muchacha ni ninguna de sus facciones mostraban signos de estar sonriendo.
Así y todo, la sonrisa inesperada de la muchacha lo había rescatado. Sus sospechas hacia Takako se desvanecieron al encuentro con esa risueña armonía que irradian las mujeres.
–Sí, sí, desde luego –contestó Hirata en vez del conductor y se apresuró a bajarse del taxi.

Después de adelantarse volvió la cabeza una y dos veces. La muchacha lo estaba mirando como si quisiera decirle algo.

Librodot

Vestía un suéter negro ajustado y unos pantalones color marrón oscuro. La cara bronceada no tenía maquillaje. Los ojos eran alargados y sin arrugas. Tenía una delgada figura masculina que parecía quebrarse con indolencia y despedía un extraño encanto.
Hirata pensó que tenía aspecto de ser una callejera. También esta era una experiencia nueva y fresca.
Hirata, que se portaba como un tirano con Takako y tenía un rígido control de sí, sintió que se le despertaba una energía rebelde que nunca había tenido.
La muchacha permanecía en el mismo lugar.
–Pareces una chica amable. ¿Qué haces parada en un sitio como este?
–Administrar los cigarrillos de un salón de pachinko.
La respuesta de la muchacha fue muy precisa. Hirata movió la cabeza como si la ajustara al eco de ella y esbozó una sonrisa de comprensión.
Estaba enfrente de un gigantesco salón de pachinko.
Hirata, sin embargo, nunca había entrado en un salón de pachinko. Por eso no podía asimilar bien el significado de la respuesta de la chica. Imaginó vagamente que tal vez compraba los cigarrillos que los parroquianos recibían en premio.
–Encantado en conocerla.
La muchacha hizo una leve inclinación de cabeza. Lo hizo tal vez porque Hirata no se iba.
–Yo trabajo en Nihonbashi, en la División de Propaganda de una empresa de farmacéuticos.
Hirata estaba diciendo demasiado.
–¿Medicinas?
–Eso es.
Hirata había dicho "División de Propaganda" aunque en realidad él era un empleado encargado de visitar pequeñas farmacias. Las mismas medicinas de moda como, por ejemplo, pastillas para la gripa o píldoras de multivitaminas, eran lanzadas al mercado por diferentes empresas. Como la mayoría de los consumidores no sabía nada de ellas eran numerosos los que las compraban siguiendo la recomendación que daban los empleados de las tiendas. La tarea de Hirata consistía en caminar de tienda en tienda y hacerse amigo de los empleados.
Justo cuando estaba a punto de decirle algo más a la chica vio que su vecina Ichiko se estaba acercando. Hirata la esperó para darle un saludo pero Ichiko cruzó frente a sus narices sin advertir su presencia. Siguió de largo con esa cara difícil que ponen las mujeres cuando caminan solas.
–¡Qué seres tan raros son las personas! No saben que en algún sitio están siendo observadas por alguien sin que se den cuenta –dijo Hirata.
Ichiko llevaba un abrigo de invierno de moda aquel año, que tenía los hombros caídos y el corte alto. Era pequeña de estatura y vista por detrás se asemejaba a un talego de arroz.
Si se pensaba de esta manera, allí estaban caminando por todas partes abrigos como talegos de arroz.
Hirata se sintió lleno de vida y salió persiguiendo a Ichiko. Sin ningún aviso le dio una palmadita en el hombro.
–¡Pero si es Hirata! ¡Qué susto me diste!
–Pasaste de largo frente a mí.
–¿Ah sí? Qué mal hecho, ¿verdad?
–¿Estás sola de compras?
–No. Vengo de recoger este abrigo.
–¡Ah...! –exclamó Hirata echando el cuerpo hacia atrás para mirar de nuevo el abrigo de Ichiko–. Bonito. ¿No quieres que nos sentemos en algún sitio? ¿Tomarte un té...?
–Más que deseos de un té, lo que tengo es un hambre tremenda. Las mujeres no podemos entrar solas a cualquier sitio.
–Deberías haber invitado a Takako a que te acompañara...
–¿Verdad que sí? Pero salí temprano esta mañana y fui a dejar a Yoko a donde mi madre. Si no es molestia que invite a Takako, la próxima vez se lo voy a pedir.

–Por favor, no lo dudes...
Ichiko no parecía sospechar en lo más mínimo de que algo pudiera pasar entre su esposo y Takako.
–¿Me permites invitarte a comer algo rico? –dijo Ichiko graciosamente–. ¿Te parece que vayamos a un restaurante francés al que va con frecuencia mi esposo?
–Te agradezco pero, ¿no es una hora un poco extraña? –dijo Hirata mientras una sonrisa se derramaba por su cara redonda. Él mismo no sabía por qué pero se estaba llenando de una gran alegría.
–Qué suerte habernos encontrado en este sitio, ¿verdad?

IV

–¡Hirata! ¡Takako! –llamó Ichiko con una voz sonora desde la ventana del dormitorio del segundo piso. Puesto que antes de gritar había corrido con brusquedad la ventana, pensó que su vecina Takako debía haber escuchado el ruido.
Ichiko casi nunca llamaba a Takako desde el segundo piso. Siempre iba a hacerlo desde la vieja cerca de bambú. Sólo Ichiko llamaba de esta manera. Takako nunca lo hacía. Cuando necesitaba algo daba la vuelta hasta la puerta de entrada y esperaba delante de la recepción.
–¡Takako! ¡Takako! –siguió llamando Ichiko mientras se cepillaba el pelo.
Takako deslizó el panel en donde se reflejaba la sombra del acebo y levantó la vista hacia Ichiko.
–¿Qué estás haciendo? –le dijo Ichiko.
–Nada en especial.
–¿Estabas leyendo el periódico?
–¡Sí! Así es –contestó Takako poniendo cara de sorpresa.
–¡Adiviné! ¿Verdad?
Ichiko levantó los hombros y soltó una carcajada. El tono de la risa resonó alegremente.
Para Ichiko, que era miope, la cara blanca de Takako iluminada por la luz del sol se veía borrosa. Sintió como si la estuviese contemplando desde arriba como una niña arrobada. ¡Qué linda era!
–Takako, si tienes un rato libre, ¿por qué no hablamos un poco?
–Bueno, gracias.
–¡Ven y conversamos!
Takako se llevó la mano hasta el cuello de la chaqueta y volvió los ojos hacia atrás porque Ichiko tenía la mirada clavada en algún sitio. Ichiko sólo miraba la cara de Takako, pero Takako sintió como si Ichiko escudriñara en el fondo de la salita del té.
Ichiko no veía tan mal de cerca. Takako no la había visto con anteojos y por lo tanto no sabía que los necesitara.
–El tiempo está tan espléndido que no siento deseos de estar quieta. Pensando en salir me subí para arreglarme. Sin embargo, de repente me dieron ganas de conversar contigo. ¿Quieres entrar? –invitó Ichiko.
–Bueno.
–Hace poco me encontré en Ginza con tu marido. ¿No te lo dijo?
–No.
–¡Ah! ¿No te contó nada?
Ichiko había pensado, como la cosa más natural, que Hirata al regresar a casa había hablado con su esposa del encuentro.
–Fuimos a un restaurante francés que le gusta a mi esposo. Llegó justo en el momento en que yo no sabía a dónde ir a comer sola.
–Te tocó invitarlo, ¿verdad? ¡Qué vergüenza! Como no dijo nada, no te lo había agradecido.
–¿Dices agradecerme? Me suena extraño –dijo Ichiko y se rió alegremente.

Takako dio la vuelta hasta el portón de los vecinos y se detuvo delante de la recepción. Ichiko desde el segundo piso le dijo:
–Takako, sigue, por favor –y dicho esto no volvió a salir por un rato–. ¡Taneko! ¡Taneko! –gritó llamando a la señora del servicio–, ¡haga seguir a la señora Takako!

Takako, aunque estuviese dentro de casa, siempre estaba oyendo la voz de la vecina Ichiko que llamaba a Taneko. Algunas veces se enteraba de fragmentos de la vida doméstica de los Chiba por medio de los gritos de Ichiko. Había días en que sabía qué iban a comer en la cena.
En el vecindario era famosa la historia de una pelea de Ichiko con el dueño de la tienda de tofu. La sirvienta compró un tofu que Ichiko dijo que estaba podrido. Ichiko salió disparada en la bicicleta a quejarse y armó tal alegato que un gran grupo de gente se amontonó enfrente de la tienda.
El dueño del tofu estaba tan alterado que le blandió un cuchillo de cocina a Ichiko. Ella a su regreso a casa puso una demanda en la estación de policía del barrio. La policía obligó al tendero a ir a la casa de Ichiko a excusarse. Al llegar, el tendero sólo dijo:
–¡Uy, pero qué casa tan linda en la que vive!
Por el desenfado y los gritos vulgares de Ichiko probablemente no había imaginado una casa como esta.
–La verdad es que, cuando me sacó el cuchillo de cocina, me dio tanto miedo que me puse a temblar. Pero me le planté –contaba después divertida–. Sin embargo, si lo pienso bien debió haber sido un cuchillo de partir tofu, ¿no es verdad?
Como los oyentes siempre reían, Ichiko soltaba la carcajada primero.
Takako, desde la salita de té de su casa, había escuchado a Ichiko que en la cocina de la suya contaba la historia al mandadero de la pescadería o al colector de la suscripción del periódico.
Había veces en que, con un solo grito dado desde el interior de la casa, respondía a los vendedores importunos que llegaban hasta la cocina. Y no era raro que los hiciera esperar largo tiempo. Takako entonces temía que pudiesen robarle algo.

Aunque Ichiko había llamado desde la ventana, tampoco ahora había razón para pensar que iba a bajar a verla si Takako venía.
Taneko, la sirvienta, hizo seguir a Takako a la sala. Ella, sin embargo, se detuvo sorprendida en el umbral de la entrada.
–Pero, ¿no es esta la oficina del señor Chiba?
–Así es. Es el sitio en donde estudia el señor.
–¿Y, está bien si entro?
–Siga, por favor –dijo Taneko sin poner problema.
Había libros occidentales y revistas de arquitectura regados tanto sobre la mesa de centro, destinada a los huéspedes, como sobre una mesa al lado de la ventana. En esta había unos planos extendidos y sobre ellos los instrumentos de dibujo. En las paredes de los cuatro costados colgaban, unas encima de otras, fotografías de arquitectura.
Aunque vecina, Takako casi no había entrado a casa de los Chiba. Conversaba de pie al lado de la cerca de bambú o en el vestíbulo o desde la baranda de la casa. Si alguna vez había entrado no había pasado de la salita de tomar el té. Esta era la primera vez que atravesaba la recepción.
Chiba estaba empleado y hacía sus trabajos en una empresa de arquitectos. Allí mismo atendía a los clientes. Posiblemente no usaba casi nunca la recepción que quedaba al lado del vestíbulo. Debía utilizarla como biblioteca.
Cuando la señora del servicio salió, Takako permaneció de pie, intranquila, y dio una vuelta mirando las fotografías. La mayor parte parecían edificios de estilo occidental. En medio de ellos había algunos que podrían haber sido diseñados por Chiba. Sobre la mesa redonda de los huéspedes había un botellón de licor occidental con algunas copas.

Ichiko se estaba peinando enfrente del tocador del dormitorio. Todos los días gastaba perezosamente todo el tiempo del mundo en darle al pelo la forma que quería. Tenía puestos los viejos pantalones de Chiba y un suéter sucio que debía cambiarse.
Ichiko sólo se lavaba la cara con agua y no usaba cosméticos. La mayoría de las veces se echaba encima de la piyama una bata de baño, despedía a Chiba y permanecía en este atuendo hasta la tarde. Como había entrado el otoño y hacía frío, en esta época se cambiaba al viejo pantalón y al suéter.
Unos momentos antes, al ver desde la ventana del dormitorio a Takako, le pareció una diosa tan hermosa que decidió ponerse un suéter más fino. Había extendido sobre la cama doble todos los suéteres que tenía.
Ichiko se peinó las cejas. Las tenía tan apretadas que no necesitaba pintarlas. Después de esto bajó a la recepción.
–¡Excusa que Taneko te hubiera hecho seguir a este lugar! ¡Vámonos a la salita del té! –dijo.
Después se sentó delante de Takako, cruzó las piernas y levantó la tapa de una cigarrillera que estaba sobre la mesa. La cigarrillera conmemoraba la terminación de una obra en algún sitio.
–¿Tu esposo hace sus trabajos aquí? –Takako repitió la pregunta que había dirigido a Taneko.
–¿Cómo te parece? Anoche mismo dijo que estuvo levantado aquí hasta las tres. Parece que el trabajo se le facilita de noche.
–Para ti también debe ser terrible, ¿verdad?
–Yo me acuesto temprano y una vez que me duermo no vuelvo a abrir los ojos hasta el día siguiente.
Ichiko advirtió que Takako estaba intranquila. Takako posiblemente percibía la presencia de Chiba en la habitación. Este pensamiento llenó a Ichiko de una traviesa superioridad sobre Takako. Era extremadamente sensitiva en asuntos relacionados con hombres.
Ichiko era diferente de la que aparecía dando vueltas en bicicleta metida en unos pantalones viejos del esposo. Todavía, después de varios años de matrimonio, cuando su esposo la rozaba con un beso, se sentía desfallecer. Chiba corría a sostenerla. Parecía satisfecho con ella.
–Aunque somos vecinas casi nunca hemos conversado largo, ¿verdad? –dijo Ichiko.
–Es cierto –dijo Takako bajando los ojos–. ¿Y tu esposo bebe?
–¿Lo dices por esto? –preguntó Ichiko tomando el botellón en la mano–. ¿Qué lindo, ¿verdad?
–Lo he estado mirando desde hace un rato pensando lo lindo que es. ¡Tiene un color como esmeralda!
–Es cristal checo. Dicen que este color no se produce en Japón. Es un recuerdo de su padre. El papá de mi esposo murió cuando él tenía diez años. Al papá le gustaba el cristal tallado y lo estimaba muchísimo. Cuando estaba de mal humor lo sacaba y parece que se calmaba con sólo mirarlo.
–¡De verdad que produce tranquilidad!
–Cuando el papá lo sacaba regañaba a los niños que se le acercaban. Chiba llegó a pensar que a su padre le importaba más el botellón de cristal tallado que los hijos. El papá no quería usarlo. Decía que cuando fuera viejo iba a llenarlo con un buen sake para bebérselo. Anticipaba el
goce de ese momento. Finalmente, se murió sin haberlo usado.
–¿Verdad?
–La mamá de mi esposo debió haber vendido muchas cosas para enviarlo a la universidad pero siempre conservó este recuerdo. Me dijo que después de que murió su madre comenzó a usarlo con licor. Parece que este cristal tallado le evoca recuerdos de sus padres. Yo también lo trato con mucho cuidado. En la medida de lo posible ni lo toco. Pero, sin embargo, como es cristal algún día se ha de romper, ¿no es así?

Mientras Ichiko hablaba, Takako contemplaba el botellón. La transparencia y el brillo del color esmeralda claro tenían la belleza de una joya. Una especie de serenidad le llenó el corazón. El botellón tenía la forma de un jarrón de paredes rectangulares cuya cabeza era

Librodot

cerraba por un enorme tapón también rectangular. La talla consistía en depresiones redondas como gotas de agua. Cada una de ellas reflejaba minúsculamente las cosas que había del otro lado del botellón. Como también se transparentaban los cortes de la cara de atrás, se tenía la impresión de unos pequeños objetos que se alineaban infinitas veces.
El marrón de la cigarrera de porcelana, el blanco de los cigarrillos, los colores de las fotografías de las revistas de arquitectura flotaban incontables en la luz esmeralda del cristal tallado.
Takako acercó la vista con la cabeza un poco inclinada. En el botellón se veían los innumerables senos minúsculos de color lila del suéter de Ichiko.
También Ichiko acercó la cara al botellón mientras iba diciendo:
–Chiba no lo llena sino con un buen licor. Parece que en el fondo todavía queda algo –al decir esto se dio cuenta de que los ojos de Takako se habían llenado de lágrimas. Se echó para atrás asustada y se quedó mirando la cabeza de Takako.
–¿Takako, estás llorando?
Takako pareció volver en sí.
–¡Es tan hermoso que se me saltaron las lágrimas! –dijo, y un leve rubor le cubrió las mejillas. Al levantar Takako la cara, su cuello largo y delgado se mostró hermosamente a los ojos de Ichiko.
–Tú eres muy sensible, ¿verdad? –le dijo Ichiko más bien amistosamente. Y se sintió llevada por el deseo de mostrarle a Chiba, su esposo, a la Takako emocionada por la contemplación del botellón de cristal tallado. No había celos en ella.
–También tu esposo, una vez que estuvo en casa, ¿cuándo sería eso?, estuvo tomando con Chiba de esa botella. ¿No te lo ha contado?
–No. No le interesan esas cosas... No las comprende –dijo Takako–. Me estabas diciendo que hace poco lo invitaste a comer en Ginza, ¿no es así?
–Sí. Si se trata de mí, ¡tampoco tengo ningún buen gusto! Tu esposo me pareció simpático. ¡Me gusta!
Takako fue siguiendo con la mirada las fotografías de edificios antiguos que colgaban en las paredes de la sala y sintió las limitaciones del oficio de un esposo que era coordinador de mercadeo de visitas a pequeñas farmacias.
–¡Nos divertimos mientras comíamos juntos un plato occidental! Me dijo: 'Takako parece insatisfecha conmigo'. Pues a Chiba le pasa lo mismo. Una mujer como yo no se aviene bien con un tipo como Chiba. A sabiendas de esto, yo le hago coqueteos, pero, si digo la verdad, pienso que hubiese sido mejor si nos hubiésemos intercambiado: Takako para la casa de Chiba, Ichiko para la casa de Hirata. Ya no tiene remedio, pero... Y eso que nos referimos sólo a dos casas vecinas, la de los Hirata y la de los Chiba. Pero lo que se llama matrimonio se hace generalmente con la pareja equivocada. Una equivocación irreparable. Al menos yo así lo creo.
Ichiko se daba cuenta de la agitación que despertaba en Takako con sus palabras. Pero había dicho todas estas cosas porque sabía que estaban frente a hechos cumplidos. El color trigueño de sus mejillas estaba lleno de vida.
–¡Eso no puede ser cierto! Ustedes se ven siempre tan bien. ¡A mí me dan envidia! –dijo Takako.
–¡Es mi esposo quien hace que las cosas funcionen! Chiba está lleno de quejas de mí. Pero actúa como si nada. En la puerta ladró el perro.
–¡Ah! ¡Ya está él de regreso! –Takako fue la primera en decirlo.
–¡Sí! Te diste cuenta, ¿verdad?

Cuando las pisadas de Chiba se oían cercanas a la puerta, Rikki comenzaba a ladrar alegremente desde adentro. Cuando aullaba era distinto. Takako, que desde la casa de al lado se había acostumbrado a los ladridos del perro, sabía siempre cuando Chiba estaba de vuelta.
Rikki se abalanzó hacia los pantalones de Chiba y lo acompañó hasta la entrada.

Takako también salió de la sala detrás de Ichiko con los hombros rígidos.
–¿Qué pasó? –preguntó Ichiko.
–¡Uhm! Algo que se me quedó.
Chiba tenía la frente pálida, como si algo le hubiese pasado. Entró a la sala con el abrigo puesto y, sin mirar a ninguna de las dos a la cara, se puso a revolver entre los cajones de la mesa al lado de la ventana.
–¡Amor, Takako me está haciendo visita!
–¡Uhm! –Chiba miró el reloj mientras daba la vuelta. Sostenía un fólder con papeles. Se devolvió hasta la mitad del cuarto.
–¡Excúseme la grosería! –le dijo a Takako–. Es que pasó algo desagradable. Llevé a una muchacha de la compañía hasta una construcción. Un carpintero soltó desde arriba un cincel y le cortó la mejilla a la muchacha.
–¿A quién? ¿A Mizuta? –preguntó Ichiko.
Chiba, asintiendo, se sentó en una silla delante del cristal tallado. Era la silla en la había estado sentada Takako.
–¿Y fue muy fea la cortada?
–Creo que sí. Me vine después de dejarla en el hospital. Ichiko se volvió hacia Takako:
–Es la persona que asiste a Chiba en el trabajo de la compañía. Está graduada de arquitecta. Chiba le consiguió el trabajo en la empresa. Es una chica muy linda... ¡Qué pena! ¿Y le quedará cicatriz? –dijo, y al mirar el semblante de Takako quedó sorprendida.

V

Hirata, que tenía fiebre a causa de un resfriado de dos o tres días, al mirar la llovizna helada que caía mientras se lavaba la cara, dijo que no iría a trabajar y volvió a meterse en la cama.
–Hazme el favor de pedir prestado el teléfono de los vecinos y da aviso a la compañía. Después quédate tú también acostada otro rato.
–Sabes que no tengo sueño.
Al cruzar el portón del jardín, Takako advirtió que a lo largo del seto habían caído más flores de sasanga. Estaban húmedas. No parecían flores de hoy o de ayer. ¿Por qué Ichiko a pesar de tener sirvienta no las había hecho barrer?, se preguntó Takako.
Ichiko salió abrazando a la niña y vistiendo un impermeable con apariencia de estar a punto de marcharse. Mientras Takako llamaba por teléfono esperó de pie en la entrada de la casa.
–¡Ay! ¿Está enfermo Hirata? ¿Será que le hago una visita? Justo en este momento salía para el hospital a ver una enferma... Es la chica que se hizo una herida con el cincel del carpintero.
–¿Vas con Yoko?
–No –respondió. Y descargando a la niña en el suelo se metió en la sala, desde donde regresó con tres o cuatro ejemplares de una revista extranjera de arquitectura.
–Chiba me dice que le lleve al hospital revistas como estas. Puesto que las operaciones de cirugía plástica han progresado mucho dicen que no le quedará ninguna cicatriz.

Salieron a la calle. Antes de meterse a la casa, Takako permaneció un rato siguiendo con la mirada la figura de Ichiko. El extravagante paraguas se alejaba balanceándose con unos saltitos que llevaban el ritmo de los rápidos pasos de Ichiko.
No parece tener ni inquietud ni celos, pensó Takako y con este pensamiento sintió como si le atravesaran el corazón.

Cuando Chiba regresó a casa el día en que Mizuta, la jovencita, se hizo la herida, le pareció a Takako que él no estaba normal. No había nada extraño en que estuviese fuera de sí y agitado, puesto que la muchacha que le ayudaba en el trabajo se había cortado la cara y hubo de llevarla hasta un hospital. Sin embargo, no era sólo eso. Takako estuvo a punto de ponerse a

temblar ante la idea de que Chiba había dejado al descubierto el amor que sentía por la muchacha.
Le preocupaba pensar que Ichiko la hubiera visto en ese estado. Ichiko, la esposa, no tenía celos, pero ella, la mujer del vecino, sí estaba celosa.
Takako advirtió en ese momento que el corazón de Chiba se había ido tras la chica, mientras sólo en apariencia estaba con Ichiko.
Sin embargo, si ese era el caso, ¿por qué Chiba había regresado a casa? No se devolvió para recoger papeles de trabajo. No había razón para pensar que de repente necesitaba usarlos. Chiba no estaba tranquilo. Regresó a casa para ver la cara que ponía su esposa. Algo en él lo obligó a regresar aunque fuera por un solo momento. De eso estaba segura Takako.
O sea que, a pesar de que Chiba estaba enamorado de Mizuta, era indiscutible que él e Ichiko eran marido y mujer.

Cuando el paraguas de Ichiko salió a la gran avenida y se perdió detrás de una fila de árboles amarillentos, Takako sintió ganas de llorar y se entró a la casa.
–¡Takako! ¡Takako! –llamó Hirata con una voz agripada que le salía de la nariz.
–¡Aquí estoy! Voy a terminar de lavar unos platos.
Justo cuando Takako tuvo la sensación de que iba a romper la loza y comenzó a lavarla despacio, Hirata entró todavía en piyama y se quedó de pie.
–¿Qué te pasa? No te conviene andar en esa facha.
Hirata puso la mano juguetonamente sobre el hombro de Takako y después, endureciendo la presión del brazo la apretó por detrás.
–¡Mira que tengo las manos mojadas! –dijo Takako con voz atragantada.
Las manos blandas de Hirata agarraron las de Takako y con violencia las arrastraron hacia abajo, contra la falda. Takako, oponiendo poca resistencia, trató de escurrir los hombros del abrazo de Hirata.
–Tú estás teniendo una aventura con Chiba, el vecino, ¿verdad? –dijo Hirata intempestivamente.
–¿Eeh...? ¿Con el señor Chiba...? Con el señor Chiba... nada está pasando. No hay nada en absoluto.
A medida que Takako hablaba confusamente, la vista se le fue oscureciendo y se le doblaron las piernas.
–¡Me siento muy mal!
Hirata le dio una bofetada detrás de otra hasta que Takako se desplomó.
–Piensas que no me doy cuenta. Piensas que no me doy cuenta de que tu cuerpo ha cambiado –dijo Hirata respirando con dificultad. Y agarrando a Takako por el cuello la sacudió con violencia. Takako despegó los labios y abrió desmesuradamente los ojos.
–No seas malo. Yo ya...
Takako hablaba como si estuviese delirando.
–No soy malo. Nada hay que sea malo –le contestó Hirata afirmativamente, y levantándola se la llevó cargada. Sus brazos, que tenían más fuerza que nunca, sintieron la liviandad de Takako. Sin pensarlo perdonó a la persona que llevaba en sus propios brazos.
A pesar de eso, Takako derramó unas lágrimas frías. Una parte de sí misma contemplaba a otra que no hacía nada por evitar los brazos de Hirata. Su esposo había confundido la falta cometida con el joven Fujiki y creía erróneamente que el compañero había sido Chiba. Takako se dio cuenta que delatar el nombre de Fujiki para corregir el error exacerbaría aún más a Hirata y sólo confirmaría su falta. Y ese desconocimiento de Hirata sobre la verdadera identidad del amante le daba a su corazón una ruta de escape. Su esposo no sabía nada con certeza.

A medida que las caricias de Hirata fueron en aumento Takako se fue anestesiando como si su aventura con Fujiki no hubiera existido. Y, como si una aguja le traspasara el cuerpo, el dolor

que le producía la idea de que su esposo pensara que amaba a Chiba le resultaba maravilloso. Todo era muy extraño.
–¿En qué diablos estás pensando? –preguntó Hirata sacudiéndola con brusquedad.
–¡Me estás lastimando! ¡Me haces daño! –balbuceó Takako.

Hirata se quedó dormido. Takako fijó la mirada en los crisantemos que adornaban el tokonoma. Se trataba de unas flores vulgares que llenaban apretadamente un florero de boca ancha. En la penumbra del tokonoma, de ese día lluvioso de otoño, parecían espectros hermosos. Takako recordó que en esos días había atisbado, a través de la hendidura en la cerca de bambú, unos crisantemos y otras flores que caían sin ningún cuidado en el jardín de los Chiba.
Takako se incorporó y salió a la salita. Se pasó la mano sobre la mejilla que había golpeado Hirata, pensando que debía estar inflamada. Sin embargo, no fue sino hasta pasadas las dos de la tarde cuando se sentó frente al espejo y se maquilló con más cuidado que lo habitual. Hirata seguía dormido. Takako lo había llamado para el almuerzo pero no había podido despertarlo. Cuando terminó de maquillarse, tuvo la sensación de que estaba muerto. Se asomó una y otra vez a la salita y no hizo nada por levantarlo.
¿Qué va a pasar cuando se despierte?
Takako se sintió incapaz de permanecer en casa más tiempo. Se quedó un momento agachada sin moverse sintiendo que iba a enfermar gravemente.

Los ladridos de Rikki, el perro vecino, le indicaron que había una persona afuera. Takako sintió miedo. Salió con pasos temblorosos. Esperando de pie estaba, como lo suponía, Fujiki.
El cuerpo de Takako quedó rígido.
–¡Oh, no! ¡Vete! ¡Vete! –le indicó con un gesto de la mano–. ¿Para qué viniste? ¿Qué tienes que hacer aquí? ¿No habíamos quedado en que no volveríamos a vernos? ¡Por favor, vete!
–¡Yo ya sé! Ya sé que terminamos pero quería verte sólo una vez más... ¡Acércate por favor!
–¡Eso es peligroso! ¡Tengo miedo! ¡No puedo!
–¡Yo me voy enseguida!
–¡No puedo! ¡Estoy enferma!
–¿Estás enferma?
–¡No te quedes ahí parado! ¡Por favor, vete de mi casa!
–¿No estás sola?
–Mi marido está por llegar. Ya es tarde. Debe haber alguien en casa de los vecinos.
–Por eso te digo que vengas hasta aquí.
–¡No levantes la voz de ese modo! Tú todavía me dueles. ¡Perdóname!
–Ya me voy. Pero si me tengo que ir, ven a despedirte, ¡por favor!
Takako soltó la mano que agarraba la cerca y salió caminando como si escapara hacia el otro lado de la calle. Fujiki la siguió pegado a ella con el paraguas abierto.
–¿Hasta dónde tenemos que ir? La próxima vez que vuelvas me vas a matar.
Takako se detuvo cerca de una avenida sombreada por una alameda, y allí intentó separarse de Fujiki.
¡Ay! –gritó–. ¡Déjame! ¡Déjame, por favor! ¡Que ahí está el vecino!
Takako se despegó de Fujiki y caminó derecho hacia Chiba.
A Chiba lo sorprendió el extraño color del semblante de Takako.
–Takako, ¿qué le ha sucedido? –dijo deteniéndose y ofreciéndole abrigo bajo el paraguas.
–Perdóneme, pero ese tipo... –susurró Takako casi cayéndole encima.
–¿Qué le hizo ese hombre? –preguntó Chiba mirando en la dirección por donde había desaparecido Fujiki.
–¡Nada! Fue que yo...
–Se fue por el lado de allá. Regresemos juntos.
–¡No, soy yo! ¡La mala soy yo!

Librodot

Takako no hizo ningún movimiento para caminar. Chiba miró a Takako con el ceño fruncido como si estuviera perplejo. Takako sintió que desde adentro la invadía un deseo de acusarse más que de confesarse.
–Yo... he estado teniendo amores con ese tipo –dijo de un tirón todo lo que tenía en el pecho y sintió un alivio como si hubiese vomitado un veneno. Liberarse de sí misma y confiar en Chiba se fundieron en una sola cosa. Chiba, sin embargo, observó que el rostro de Takako había perdido la vida–. Se lo voy a contar todo.
–Vamos a caminar un poco –le dijo Chiba, y la invitó a ir en dirección opuesta a la de la casa. Takako asintió. Una alegría maravillosa la desbordaba. Era como si se lo hubiese confesado todo a Chiba.
Sin embargo, no sabía cómo decírselo.
–¿Por qué dice que usted...? –murmuró Chiba.
–¿Me pregunta que cómo sucedieron las cosas?
–Sí.
–Yo soy una mujer mala. Pienso que todo fue porque durante mucho tiempo he estado enamorada de otra persona.
–La otra persona, ¿es el tipo de hace un rato?
–¡No! ¡No! ¡Es una persona especial! –musitó Takako con el corazón agitado–. Usted no me cree pero esa persona por la que pregunta es otro hombre.
Con esas palabras que parecían el enredo de una mujer malvada, Takako se sentía ahora feliz.
–Y su esposo, ¿está al tanto de esto? –le preguntó Chiba con una preocupación aparentemente genuina.
–Yo misma creo que las mujeres somos de temer. Estoy tan arrepentida de lo sucedido que me moriría. Fui yo quien se separó de él. Pero una vez que se ha cometido ese pecado es como si otro yo surgiera dentro de uno mismo, y entonces uno se enamora con más pasión que antes de la otra persona. Da miedo, ¿verdad?
Chiba volvió a mirar sorprendido a Takako. Sus ojos negros parpadearon dos o tres veces.
–Soy realmente una mujer mala. Sólo soy dócil en apariencia –dijo Takako. Por un rato caminó mirando la punta de sus zapatos y los de Chiba, que iban pisando las hojas empapadas de lluvia.

Una hilera de ginkgo

A uno de los lados del camino que subía la ladera había plantada una fila de gigantescos árboles ginkgo. A mitad de la cuesta un estrecho sendero de piedra se desviaba hacia abajo. La tercera casa era la de la familia Soeda.
De regreso del trabajo, en el atardecer del treinta de noviembre, Soeda se encontró en la entrada de la casa con las caras de su mujer y su hija.
–¿Se han dado cuenta de que la mitad de los ginkgo están completamente desnudos? –les preguntó. Con "ginkgo" Soeda se refería a la hilera de árboles del camino, pero evidentemente las solas palabras que acababa de usar no eran suficientes, así que añadió–: Yo lo advertí al salir esta mañana. ¡Quedé boquiabierto! Desde abajo del camino hasta las cercanías de la casa los ginkgo han perdido totalmente las hojas. Desde allí hasta la cumbre siguen todavía con su fronda repleta de hojas.
–No me he fijado –dijo la hija. A lo cual la madre añadió con los ojos: "¿Cómo así?".
–¿Me pregunto qué pudo haber pasado para que la mitad inferior de la hilera de árboles hubiera quedado pelada.
–No me había dado cuenta. ¿Vamos y echamos un vistazo? –dijo la hija invitando a la madre.
–No vayan ahora, que está oscuro. Además los pueden ver desde el segundo piso –dijo Soeda.
–Es cierto, ¿no? –asintió la madre–. Sin embargo, me deja pensando cómo es que no nos dimos cuenta si todos los días nos asomamos a mirar desde el segundo piso de la casa...

–¡Exacto! Debimos verlos pero no lo hicimos.

Mientras Soeda se cambiaba el traje de calle por una ropa de casa más cómoda, pensó que la emoción del descubrimiento de la mañana no había sido compartida de la misma manera por su esposa.
Esa mañana, después de bajar la cuesta Soeda había mirado hacia atrás sin ningún propósito y había quedado clavado en el piso. Los árboles ginkgo alineados en la parte de abajo de la colina estaban desnudos hasta la cima. Sin embargo, el grupo de la parte de arriba tenía un frondoso follaje amarillo. El sendero, que podía dominarse con la vista desde abajo hasta arriba, se recorría en dos minutos. La hilera no era larga. Percibir de repente con un solo vistazo el corte entre los árboles desnudos y el follaje amarillo produjo en Soeda una impresión inusitada. El ramaje desnudo de los árboles gigantescos había convertido en un telón de fondo la fronda de la parte superior de la colina sobre la cual se destacaba nítidamente. El telón de hojas amarillas, al tener delante esos árboles despojados de hojas, parecía ascender hacia lo alto del camino en capas sucesivas de un color cada vez más intenso. Tanto en los árboles desnudos como en los cubiertos de hojas era impresionante esa sensación de inmensidad que hace notables a los árboles ginkgo. Por un lado, la figura apretada de los árboles desnudos se levantaba hacia el cielo como abrazando los troncos con innumerables ramitas pequeñas. Por otro, el esplendor de los colores del otoño reunido en el volumen de capas de hojas espesas, al absorber la luz de la mañana, aquietaba la soledad del paisaje.
El grupo de árboles desnudos y el de follaje amarillo no se separaban tajantemente en dos a partir de un árbol definido en el camino. Pero la división podía verse bien clara hacia el centro de la colina. ¿Qué había sucedido en la mitad del sendero? También esto desconcertaba a Soeda.

Al ir y venir del trabajo Soeda cruzaba por debajo de la hilera de ginkgo. Días habían pasado desde que percibió el comienzo de la caída de las hojas de ese otoño. No obstante, ¿cuándo había quedado desnuda de follaje la mitad inferior del sendero? Soeda había pensado en devolverse hasta la casa para informar de este extraño cambio en los árboles a su esposa e hija.
Fue lo que dijo al volver por la tarde. Naturalmente ninguna de las dos lo había advertido.
–Es exactamente como dice papá. Lo he visto desde el segundo piso –dijo la hija bajando las escaleras.
–Fue lo que me imaginé. ¿Y viste la división?
–Está oscureciendo pero me di cuenta. Voy a ir hasta el sendero a mirar –dijo la hija y salió al camino. La esposa de Soeda, que estaba bebiendo una taza del té que había preparado para su marido, no hizo ninguna señal de levantarse.
–¡No vas a salir ahora, Yuko! Mañana por la mañana lo puedes ver. Aunque es casi seguro que durante la noche todos los árboles hasta la punta del cerro van a quedar pelados.
–Pero no hay viento.
–¿Y es que acaso en estos tres o cuatro días pasados sopló el viento?
Había lloviznado pero el viento no había soplado.

El sendero de la colina subía aproximadamente de este a oeste. Soeda imaginó un fuerte viento del este e intentó pensar si eso podía explicar la pérdida de hojas de sólo la hilera de abajo de los ginkgo. Esa hipótesis era dudosa. Soeda carecía de conocimientos para resolver el fenómeno natural de una colina que se dividía entre árboles sin hojas y árboles con hojas, de un grupo que parecía haber sido plantado al mismo tiempo hacía muchísimos años. Ensayó entonces varias posibilidades en voz alta teniendo a su esposa como interlocutora...
–Puesto que el sendero va de este a oeste todos los árboles deben recibir en promedio la misma cantidad de luz solar... Sin embargo, se puede suponer que exista una ínfima diferencia

Librodot

entre el modo de dar el sol en la mañana y en la tarde... O, aunque en la casa no se ha sentido soplar el viento, ¿cuál puede ser el efecto del viento del este, y cuál el del oeste?
Nada de lo que decía tenía fundamento. No obstante Soeda simuló con los ojos cerrados varias configuraciones del terreno de los alrededores de la colina. Aunque en realidad llevaba tanto tiempo en esa región que podría describir la topografía sin necesidad de cerrar los ojos. No se le ocurrió, sin embargo, qué relación podía tener todo esto con la caída de las hojas de un árbol.
–De todos modos, creo que las hojas del ginkgo deben tener propensión a caerse según ciertos cambios, ¿no es así?
Al oír hablar a su esposo de esa manera, Ikuko pensó que estaba de muy buen humor y que era una buena oportunidad para traer a colación su propia historia.
–Hoy tengo que contarte una cosa desagradable. Pasó algo que me dejó admirada de lo buena que es Yuko. Tal vez está mostrando lo mejor de ella porque está a punto de casarse. Pero ahora cuando regrese no te vayas a enfadar con ella, por favor –le advirtió a su esposo.

Había sucedido esa tarde mientras Yuko estaba sola porque Ikuko había salido a hacer compras en compañía de la sirvienta.
Yuko había sacado una silla a un lugar soleado en el corredor y estaba tejiendo un suéter cuando oyó la voz de una mujer que le decía:
–Niña, afuera tengo unos cosméticos y jabón, también una excelente lana. ¿No quisiera comprar algo?
Yuko se alarmó por la rapidez con que la tuvo enfrente. La cerca natural de sasanga que venía desde el portón estaba en flor y había una puertecita al lado de la entrada, pero fuese porque había quedado abierta o porque por no ser alta la había podido abrir, lo cierto es que la mujer se había metido de repente en el jardín. Yuko se sintió más tranquila cuando vio que la muchacha cargaba un bebé en las espaldas. La cara quemada por el sol estaba un poco hinchada pero tenía el pelo muy bien arreglado. Era gordita y pequeña. Se había aplicado una gruesa capa de un pinta-labios de color discreto y la cara redonda sonreía juvenilmente. En la mano llevaba un pañolón más bien grande. No poseía ninguna de las características intimidantes de los vendedores importunos pero Yuko, nerviosa, le dio una respuesta brusca:
–Aquí ya tenemos lana. No necesitamos más.
–Pienso que la lana que yo le traigo es mejor que esa.
La mujer caminó sobre las piedras del sendero y se quedó de pie sobre la piedra que usaban en casa para quitarse los zapatos. Desde allí miró la lana que estaba usando Yuko y la apretó con la mano. Luego, sin decir nada se volvió hacia el jardín.
–¡Qué jardín tan bonito!, ¿verdad? Me gustaría poder vivir tranquilamente en una casa como esta.
–No le voy a comprar nada pero si quiere descargar al bebé y descansar un poco...
–¿No molesto? –preguntó. Y dejando el pañolón sobre el piso del corredor se bajó sin vacilar al bebé de las espaldas.
–¡Excúseme! Lo tiene todo tan bien arreglado. Yuko percibió el olor de los pañales.
–Cuando se camina con un bebé a las espaldas resulta difícil encontrar un lugar para amamantarlo, ¿verdad? –¡Qué linda niña! ¿Cuánto tiene? –preguntó Yuko dirigiéndole una mirada desde la silla.
–Once meses. Como dice el proverbio, "Los hijos propios nunca son carga", ¿verdad? Pero cuando hay que caminar llevándolos todo el día a las espaldas se convierten en un equipaje pesado.

La muchacha levantó el borde del suéter, se desabotonó hacia un lado la camisa interior y le dio el pecho a la bebé. Sus senos eran ligeramente azulados y estaban repletos de leche. Parecía que la leche fluía abundantemente porque la bebé se ahogaba de vez en cuando. Del borde de los labios le escurría un hilillo blanco. Yuko se acercó y le limpió el labio con la

punta del índice. Enternecida con el movimiento que hacía la garganta de la bebé cada vez que chupaba la leche, no prestó atención a los senos hinchados de la muchacha que le colmaban la vista. La muchacha tampoco estaba para nada cohibida.
–¿Tendría algún inconveniente en que también le cambiara los pañales aquí? –preguntó la muchacha–. Es que hay muy pocas casas con gente acogedora.
Yuko estuvo contemplando lo que hizo la muchacha y cuando hubo terminado tomó a la bebé en sus brazos. Al tocar la piel suave de la niña las manos y dedos se le llenaron de amor. Durante un rato fue incapaz de deshacerse de ella.
–No hay ningún niño en su casa, ¿verdad? –dijo la muchacha.
–Así es.
–¿Es usted la única?
–Tengo un hermano mayor.
–¡Qué agradable debe ser vivir aquí! ¿no es así? Hasta una persona como yo se siente a gusto –dijo la muchacha contemplando el jardín.
Yuko estuvo a punto de preguntar sobre el padre de la bebé pero pensó que hubiese sido impropio.
La muchacha caminó siguiendo el sendero de piedras hasta el borde de la cerca y mirando la sasanga como si aspirara el olor de las flores.
–¡Cómo han florecido! ¿Verdad?
¿Qué estará sintiendo al mirar la sasanga?, pensó Yuko, y la figura gruesa y pequeña que tenía la muchacha de espaldas la hizo sentirse apesadumbrada.
Yuko entró a la sala con la bebé en los brazos y volvió con el monedero que compartía con su madre, al que llamaban la "alcancía de cocina".
–¿Qué clase de lana tiene?
–Señorita, fue suficiente haberme permitido descansar –dijo la muchacha mientras desataba el pañolón. No había sino dos madejas. Una azul. La otra rosada pálida. Yuko compró la rosada.
La bebé mientras tanto daba vueltas gateando por el corredor dando gritos ininteligibles.
–¡Está contenta! Se pone feliz cuando se la deja suelta en un sitio grande.
Yuko preguntó si la bebé ya podía masticar galletas, se puso de pie y se metió dentro de la casa. Regresó enseguida. La muchacha estaba acomodando a la bebé en su espalda, preparándose para partir. Aceptó el paquetico de galletas envuelto en papel y dijo:
–Señorita, gracias. Siempre camino de casa en casa pero casi nunca se ve una cara bondadosa –ocultó las mejillas que se habían puesto un poco coloradas–. Hasta luego, señorita. Si llego a tener alguna cosa buena le prometo que se la traigo.
Yuko se despidió de la muchacha y dejando la lana que acababa de comprar sobre las rodillas, se puso a acariciarla mientras recordaba el contacto de la piel de la bebé. Después volvió los ojos hacia el seto de sasanga. Se había acostumbrado a verlo todos los días. Era como si no se hubiese dado cuenta de que estaba en plena floración. Había tantas flores que parecía un evento extraordinario. A pesar de esto Yuko pensó una vez más en la muchacha: ¿Con qué sentimiento se había acercado a mirar la sasanga? A pesar de la manera modesta como iba vestida, la lana rosada que descansaba sobre sus rodillas estaba sin lugar a dudas sin estrenar.

Pasó un buen rato antes de que Yuko echara de menos el monedero. No estaba en ningún sitio del corredor. Buscó cuidadosamente en el armario de la sala al que había ido a buscar las galletas pero no estaba en ninguno de los cajones. Tampoco se había caído en el jardín.
Esta fue la historia que Ikuko le contó a Soeda.
–Yuko no cree que lo haya robado –dijo–. Dice que tal vez la niña tomó el monedero cuando estaba gateando en el piso del corredor. La mamá no se dio cuenta de que la bebé lo había recogido y se fue así con ella alzada. Si es así, el monedero debió haberse soltado de la mano de la niña y estará en alguna parte del camino. No pudo haberlo llevado por mucho tiempo. Yuko dice que estuvo buscando hacia arriba y hacia abajo a lo largo de todo el camino.

Librodot

Soeda comprendió, por el modo en que Ikuko contó las cosas, que el monedero no había aparecido.
–Yuko dice que si la bebé lo botó al lado del camino con seguridad alguien lo recogió.
–¿Y no desconfía de la muchacha?
–¡Claro que debió sospechar!, pero no quiere ser desconfiada. Dice que no puede imaginársela como una persona capaz de hacer algo malo. Está segura de que si la muchacha metió el monedero en el pañolón sin darse cuenta cuando estaba alistando las cosas, regresará para devolverlo. Aparentemente no tuvo un instante de sosiego hasta que yo volví a la casa, pensando todo el tiempo que en cualquier momento la muchacha iba a regresar agitada. Y cuando vio que no volvía, fue cuando decidió que la bebé había cogido y botado el monedero.

Como se le había advertido que no fuera a regañar a Yuko, Soeda no dio ningún parecer precipitado sobre el robo. Según Yuko, no se trataba de un robo sino de la acción no deliberada de un bebé. También Soeda se tranquilizó porque la idea de un bebé que recogía y botaba un monedero estaba ingeniosamente concebida.
–¿Cuánto dinero había?
–Después de pagar la lana, tal vez como unos dos mil seiscientos o dos mil setecientos yenes.
Soeda recordó una ocasión, cuando comenzaron a circular los billetes de cinco mil yenes, en la que al bajarse de un taxi en una noche oscura entregó por equivocación un billete de cinco mil en vez de uno de mil. Soeda no tenía ninguna razón para sospechar que el conductor le había dado las vueltas correspondientes a un billete de mil sabiendo que se trataba de uno de cinco mil. Esa vez Soeda se había inclinado a pensar que así como él no se había dado cuenta de nada tampoco lo había hecho el conductor.
Entonces Soeda le había contado a Ikuko la historia de los cinco mil yenes. Ahora, sin embargo, no mencionó nada de ella.
–Yuko no tiene experiencia de robos, ¿verdad?
–Cuando hablas de robos te refieres a que le hayan quitado algo, ¿no es así? –precisó Ikuko–. Déjame ver... Algo de Yuko, ¿verdad?... No me acuerdo. Creo que no tiene esa experiencia.
Se oyeron los pasos apresurados de Yuko que llegaba.
–Ya estoy de regreso –dijo entrando a la sala–. La cosa no es tan exacta como dijo papá pero es bien extraña.
–¿En qué no es exacta?
–No puede ponerse tan tajantemente una división en el centro de la cuesta como límite entre los árboles desnudos y los que tienen hojas. Por un lado, entre los de abajo hay algunos con hojas. Por otro lado, entre los de arriba también hay árboles que han perdido muchas hojas.
–¿Lo verificaste uno por uno?
–Sí. Hay luna y se ven algunas estrellas –dijo Yuko, y con la vista puesta en la cara de Soeda añadió–: Papá, ¿ya oíste lo del monedero?
–Ya me lo contaron.
–Lo siento mucho –dijo. Esta excusa de Yuko dejó por un momento a Soeda sin palabras. Mientras tanto Yuko continuó–: Hoy debí haber recorrido dos veces la cuesta. Por la tarde estuve buscando el monedero mirando únicamente hacia abajo. Por la noche mirando únicamente hacia arriba y pude ver hasta la luna.
Soeda esbozó una sonrisa.
–Por la tarde pensé que habían caído muchas hojas pero no advertí que las ramas de encima de mi cabeza estaban desnudas.
–Me pregunto si esto es algo que ya había sucedido, que la hilera de abajo del camino pierda las hojas primero –preguntó Soeda, a lo cual Yuko sólo dio un suspiro y ladeó la cabeza.
Los Soeda habían vivido largos años al lado de la hilera de ginkgo pero ninguno de los tres podía recordar si eso sucedía todos los otoños.
–¡Qué poco confiables somos! –musitó Soeda.

–Vamos a fijarnos más el año entrante –dijo Ikuko. Luego recordó que en el otoño del año entrante Yuko no iba a estar en casa y se sintió triste–. ¿Por qué no le escribimos a Shin'ichi en Kyoto y se lo preguntamos? Hace montañismo y además le gustan las plantas. Con seguridad él sí se ha dado cuenta.
–Mañana podría tomarle unas fotos a los árboles –dijo Yuko.

Al día siguiente Ikuko acompañó a Soeda hasta el pie de la colina para tener una vista completa de los árboles. Yuko también fue con ellos. Adelantándose tomó varias fotografías de los árboles en las que aparecían sus dos padres. Fue un acontecimiento extraordinario. Tres días más tarde durante la noche sopló un viento de invierno. Había llegado diciembre. Soeda e Ikuko oyeron el sonido del viento desde la cama y comentaron que probablemente al otro día por la mañana también los ginkgo de arriba habrían perdido la mayor parte del follaje.
–El jardín de la casa estará lleno de hojas –dijo Ikuko–. Es algo que recuerdo muy bien cada año porque me obliga a barrerlas.
El ruido de los árboles sacudidos por el viento debía venir de la hilera de ginkgo. Pero parecía como si también hubiera un débil sonido, el de las hojas caídas de los ginkgo que bailaban en el tejado de la casa.
–Afortunadamente Yuko tomó las fotografías, ¿no? Cuando Shin'ichi regrese para las vacaciones de invierno se las mostramos. Porque él también dice no haberse dado cuenta de nada.

Soeda comprendió que al oír el ruido del viento Ikuko había recordado a su hijo. Esa mañana había llegado la respuesta de Shin'ichi a su carta. En ella había escrito que no sabía nada sobre hojas que se fueran cayendo por etapas en las hileras de ginkgo. Las últimas hojas de los ginkgo, las de la mitad desnuda y las de la mitad con follaje, que Soeda había considerado como su descubrimiento, estaban siendo esparcidas por el violento vendaval de la noche. Soeda sintió el frío en la espalda. Como había dicho Ikuko, tendrían que explicárselo a Shin'ichi por medio de fotografías.
Shin'ichi se había marchado a la Universidad de Kyoto contra la voluntad de su familia. Soeda todavía no entendía por qué razón había rechazado las innumerables universidades de Tokio. Shin'ichi se había aferrado a la idea de que le gustaba el viejo Japón de Kyoto y Nara, y de que el tiempo en la universidad era la única oportunidad de verlo en toda su vida.

Mientras Soeda divagaba en medio del vendaval sobre si la razón había sido que quería desprenderse de la familia, recordó una de las peculiaridades de Ikuko. Cuando la fruta de otoño aparece exhibida abundantemente en las tiendas, Ikuko las compra según el color. Le gusta el de las manzanas rojas, por ejemplo, y odia el de las mandarinas. Sin embargo también come mandarinas y no se deja llevar por gustos y disgustos cuando las ve en pocas cantidades durante las estaciones en que no abundan en las fruterías. Pero siente un ligero temor y no compra nada cuando en las verdulerías se amontonan los pepinos. Hay ocasiones en que muestra una obsesión insoportable por la limpieza. Soeda no podía olvidar lo sucedido hacía ya más de quince años. Soeda se había cortado las uñas de los pies sobre un periódico e Ikuko se disgustó terriblemente cuando recogió después una uña caída en el piso. Soeda también se alteró.
–¿Por qué ese alboroto? ¡Como si fuera sucia una parte que se ha separado del cuerpo de una persona! Besas espontáneamente. Pero encontrarías repugnante si te pidieran intercambiar saliva con otro, así ese fuera tu amante –había dicho. El ejemplo fue pésimo pero dos meses después Ikuko todavía no se había desprendido de él y Soeda no sabía qué hacer.
¿No sería que su hijo Shin'ichi había heredado este aspecto de su carácter? Shin'ichi también era testarudo pero Soeda no creía que le tuviera miedo a los arrumes de pepinos. Yuko, la hija, era todo lo contrario. De repente le vino el recuerdo de una escena de Yuko que no tenía ninguna conexión con lo que estaba pensando. Era una imagen de Yuko cuando estaba

Librodot

comenzando el bachillerato. Estaba dibujando con una amiga y habían interrumpido el dibujo. Las dos se habían puesto a pintarse mutuamente las uñas de ambas manos con las témperas rojas.
Soeda intentó detallar la imagen de Yuko y olvidó el sonido del viento.
–¿En qué estás pensando? ¡Así no te vas a dormir! –le dijo Ikuko.
–Y tú, ¿en qué estabas pensando?
–En la señora que cuida la pensión de Shin'ichi en Kyoto.
Soeda había escuchado esa historia al regreso del viaje que Ikuko había hecho el año anterior con el pretexto de ver Kyoto porque se moría de ganas de ver a Shin'ichi.
Soeda recordaba lo que había contado Ikuko. Cuando tenía siete años la señora fue a depositar los huesos de su abuelo en la tumba de la familia. Su madre por alguna razón le dijo: "Puesto que te vas a casar en otra familia no te van a enterrar en esta tumba". La niña sintió en lo hondo una tristeza muy grande. Pero ahora parecía que sí la iban a enterrar en esa tumba del campo. Eso la hacía reír a carcajadas.

Esa señora era diez años más joven que Ikuko. Su marido había muerto en la guerra y no habían tenido hijos. Regresó a la casa de sus padres después de seis o siete años y se volvió a casar en una familia que tenía tres hijos. Le encantaban los niños y los dos hombres se encariñaron pronto con ella. Llegaron hasta pelearse por quién se acostaba a su lado. En cambio la mayor, una niña de once años, era muy complicada. Una vez, cuando intentaba abrir, a solicitud de su marido, un armario viejo que había en una pieza que no se usaba, la niña la golpeó violentamente por detrás en las caderas.
"¡No lo abras! ¡No lo hagas! Este armario era de mi mamá. Mi mamá me dijo que me lo regalaba todo. No se te ocurra tocarlo", le dijo la niña al borde de estallar en lágrimas.
La madrastra se esforzó en llevarse bien con ella pero terminó yéndose de la casa. Ahora ha arrendado en Kyoto una casa con cinco habitaciones que subarrienda a estudiantes.
El hecho de que Ikuko no hubiera podido dormir y se hubiera dedicado a pensar en la señora de la pensión sugirió algo a Soeda: que las consideraciones de su mujer habían comenzado con su hijo y habían terminado en su propia condición de mujer y en la de su hija.
–No debe estar venteando así en Kyoto esta noche –le dijo.
–Es verdad –respondió Ikuko. Luego, como cambiando de ánimo, agregó–: Mañana por la mañana deberíamos ir los tres a ver qué pasó con las hojas de los ginkgo.
–Yo creo que se cayeron todas.

A la mañana siguiente salieron los tres, como había dicho Ikuko, a contemplar la hilera de ginkgo. El viento invernal de la noche había convertido la avenida de árboles en un lastimoso espectáculo. En la parte de arriba todavía quedaban algunas hojas, y estaban tan dispersas que parecían heladas. Aquí y allá había troncos desnudos que habían perdido completamente el follaje, mezclados con árboles que todavía conservaban algunas hojas. La extraña división que Soeda había descubierto ya no estaba. La procesión de árboles desnudos de abajo había lucido espléndida cuando tenía de fondo la fila de árboles con follaje. Aun en los árboles desnudos de abajo quedaban algunas hojas dispersas, tan pocas que hubieran podido contarse. Soeda advirtió que las hojas amarillas temblaban como mariposas que se hubieran posado en las ramas.

Con naturalidad

Decir que esta historia de la vida de un actor ambulante la oí de su misma boca en el albergue de unos baños termales es una antigua técnica narrativa, y sin embargo... tal vez la historia misma sea un tanto anticuada...

En medio de un viaje por la provincia de Yamagata, en junio de este año, se me ocurrió pasarme por esos baños termales. Había recordado un sitio en la costa de Yamagata adonde iba con mucha frecuencia un amigo mío ya muerto. Demoraría un día más el regreso a Tokio pero quedaba de camino.
Mi amigo me había hablado de la belleza de las dunas y los atardeceres de ese lugar. En efecto, cuando mi automóvil, después de atravesar un bosquecillo de pinos salió al mar, comprendí perfectamente lo de las dunas: la arena se extendía sin limite. Por su terreno arenoso y suavemente ondulado, podía pensarse que el bosque que acababa de atravesar y los potreros vecinos habían sido dunas en otro tiempo. O quizás la arena de la playa había ido avanzando hasta el borde del pinar y de los campos.
Tan pronto como me llevaron a una habitación en el segundo piso salí al balcón y contemplé el mar. Era muy temprano para el atardecer. Tampoco pude apreciar qué tenían de hermoso las dunas que había visto al llegar desde el automóvil. Estaban desoladas. Había numerosas primaveras pero todavía sin flores. Había también otras hierbas cuyos nombres desconozco, quizás hamayu, pero no tenían flores. Muy probablemente el esplendor de la vista dependía de la estación y del momento y, sobre todo, de la luz. Seguramente habría momentos en que el color mismo de la arena se vería hermosísimo aunque no hubiese ninguna flor abierta. Porque es natural que el color de las dunas refleje delicadamente el que tienen el cielo y el mar.
Pensé que a mi amigo, quien se había hospedado en este lugar con frecuencia, le habrían tocado esos momentos en que la arena y los atardeceres eran bellísimos. Al mirar distraídamente la superficie del mar advertí que el horizonte era excepcionalmente oscuro. En comparación con los horizontes del oriente y del sur de Tokio a los que estoy acostumbrado, el horizonte de este mar de la región del noreste era sin lugar a dudas algo extraordinario. A juzgar por el verde de los árboles que había visto durante el camino, la estación del año parecía tener casi un mes de retraso respecto a la de Tokio. Sin embargo, estábamos en junio. Los huéspedes iban vestidos con ligeras batas de algodón. El mar no tenía por qué parecer de invierno. ¿Sería este el temperamento del mar del norte? Pero no era sólo el horizonte. También era oscuro el color del océano.
Me maravilló pensar que mi amigo hubiera podido soportar la contemplación de un mar como este desde su habitación en el albergue y, sentí tristeza. Pensé que los atardeceres debían ser bellos por estar el sitio más cerca de la aurora boreal.

Durante la cena interrogué a la camarera sobre mi amigo muerto. Me dijo que él odiaba las habitaciones con vista al mar y que siempre escogía una desde la cual no se le podía ver. Era curioso que viniera a un hotel en la costa y pidiera una habitación desde la que no se viera el mar. Al principio me extrañó pero después lo encontré razonable.
–Después de la cena puedo mostrarle la habitación –me dijo la camarera–. Ahora hay un actor allí, pero...
–Si hay alguien, prefiero no verla.
–A él le encantan las novelas. Pareció alegrarse cuando le dije que era la habitación en la que solía alojarse el señor Kishiyama. Estoy segura de que no le importaría.
La camarera había sabido que yo era un novelista amigo de Kishiyama por el libro de registros. Me dijo que ella era quien atendía a Kishiyama cada vez que venía. Puesto que Kishiyama había frecuentado estos baños termales unos diez años antes de la guerra, la mujer se veía bastante joven.
–Supongo que las hijas del señor Kishiyama ya estarán grandes, ¿verdad? –me dijo.
–La mayor se casó. El año pasado tuvo un niño. La menor está estudiando en los Estados Unidos. Fui yo quien arregló el matrimonio de la mayor.
–¿Ah, sí? Entonces la esposa estará viviendo sola... Triste, ¿verdad?
La camarera salió de la habitación y regresó con una fotografía y un álbum de recortes. La fotografía era un recuerdo de la estadía de la familia Kishiyama en el albergue. Las niñas

Librodot

tenían el pelo dividido por la mitad. La camarera también estaba en la fotografía. Era una fotografía pequeña.
–¡Se ven todos tan jóvenes! Incluido el señor Kishiyama... La niña mayor era muy linda.
En el cuaderno de recuerdos, Kishiyama había escrito con su típica caligrafía: "Todo cuanto existe sigue el curso del agua". A la izquierda había un espacio vacío. En él escribí: "Una sombra solitaria espera callada la nieve". A continuación añadí: "Palabras de Kishiyama".
No eran exactamente las palabras de Kishiyama sino un verso de un poema que él me había escrito en chino. Cuando terminé de escribir saboreé las palabras. El poema había quedado como si Kishiyama y yo hubiésemos venido juntos y juntos lo hubiésemos escrito. Kishiyama había muerto siete u ocho años antes. Ver la letra de los dos, una al lado de la otra, me hizo sentir algo extraño. Kishiyama había muerto misteriosamente en un aeropuerto de Kyushu que servía de base al Cuerpo de Misiones Especiales del ejército, los *kamikaze*.
–¿Y bien? El actor está muy complacido de verlo. Lo está aguardando en la habitación del señor Kishiyama –me dijo la camarera con cierta urgencia.
–¿Ha venido con algún grupo de actores?
–¡Así es! Mientras actuaba en una obra cerca de aquí se hizo muy amigo de una de las panpan locales. Dejó la compañía y se quedó. Ahora lo está manteniendo la panpan. Como tiene buen tipo... cuando sale a caminar todos se vuelven a mirarlo –La tinta ya se había secado y la camarera cerró el libro–. Lo que hoy llamamos una panpan era lo que antiguamente se conocía como shakufu, una mesera.

Seguí a la camarera hasta el primer piso. Se detuvo delante de una puerta corrediza de papel y llamó desde afuera:
–¡Señor Uryu! ¡El señor Urakami está aquí!
Adentro alguien se puso de pie y vino a correr el pánel. Por un instante, tuve la impresión de estar viendo una enorme flor blanca. Cuando nos sentamos, sentí a Uryu como si fuera una flor artificial, una que podía confundirse con una flor natural. Después de saludarme de manera muy formal me dijo:
–Al saber que esta había sido la habitación del maestro Kishiyama pedí que me permitieran quedarme aquí para recordarlo. Sus obras completas fueron mi lectura favorita durante los años de bachillerato.
Yo dudé que un actor hubiese cursado bachillerato bajo el viejo sistema.
–Sin embargo venir hasta un albergue en la costa y quedarse en una habitación sin vista al océano....
–¡Ah! Es que me dan unas jaquecas terribles. No soporto la luz del mar o del cielo. Veo punticos grises como mosquitos volando en la superficie del cielo...
Al llegar a este punto Uryu se calló y le brillaron los ojos. Era la mirada de una mujer joven que flirtea sin pretenderlo. Me sentí atraído por esos ojos. ¿No sería que alguna vez, en algún sitio, habría conocido yo muy fugazmente a una muchacha con ojos bellos como estos, y que esa muchacha me habría producido una sensación de encanto, algo entre triste y pesaroso? Los ojos de Uryu eran exactamente como los de una mujer. Parecían empapados de melancolía pero transparentaban una claridad cristalina. En el fondo de esos ojos parecía haber otros ojos. Tuve la desagradable sensación de estar siendo observado por esa segunda mirada de las profundidades.
–Cuando veo flotando esos punticos infinitos... volvió a repetir Uryu, me parece que son mi propia existencia, el mundo de mi propio corazón. Mis pecados y mi vergüenza se convierten en una nube gris de polvo que llena el espacio vacío...
¡Uhm! –musité. Y durante un rato no hice ningún comentario.

Sobre la mesa de Uryu había un par de anteojos oscuros con una montura de celuloide rosado.
–Yo también tengo migrañas dije. Aunque nada muy serio. Tal vez Kishiyama también las tenía.

–Kishiyama escribió un ensayo en donde dice que ve algo así como hollín o unas hilachas negras, ¿verdad? Pero era mugre en los lentes, no algo que revoloteara. Se movían, sí, pero cuando movía los ojos.
–¡Uhm!

¿Cuantos años tendría Uryu? La suavidad de sus mejillas y de su cuello sugería que todavía era un muchacho. Mientras pensaba que no llegaría a los treinta años volví la mirada al jardín. Pensar que este era el jardín que Kishiyama miraba en lugar de contemplar el mar. ¡Pero aquí no hay nada que ver!
Enfrente se levantaba un segundo edificio de dos pisos para habitaciones de huéspedes. Entre este y nosotros se apretaba un jardincito oscuro. Tenía unos pocos arbustos, podados como enanos, y unas piedras pequeñas. Parece que en Yamagata hay muchas azaleas, tanto en forma de arbustos de jardín como en bonsai; durante todo el viaje estuve viendo sus flores. Pero este jardincito no tenía ninguna.
–Pienso que Kishiyama no miraba el jardín. Le servía sólo para volver la cara hacia él y estar allí pero sin ver nada. Era por eso por lo que le gustaba esta habitación, ¿no cree?
Si Uryu iba a comenzar a hablar de esta manera yo también tenía algo que decir. Lo contemplé corrigiendo la primera impresión que me había hecho de él. Las solapas de la yukata dejaban ver una camisa interior tejida, de las que no tienen abotonadura y deben ponerse metiendo la cabeza. En esta época están de moda pero yo me siento raro con ellas. Uryu se ajustó el cuello y se volvió hacia el jardín. Me sorprendió la hermosura de su cuello alargado visto de perfil. Aun en una mujer hubiese sido un cuello largo y delgado. Pero sus dimensiones no daban la sensación de ser exageradas. Poseía una hermosa forma natural. La exquisitez de su curvatura era indecible.
–¡Qué interesante eso que dice! Que "le servía sólo para volver la cara y estar allí pero sin ver nada". Me dijo usted que es actor. ¿Será que no quiere ver nada porque prefiere que lo miren?
–¡Ajá! Bueno, pero me gusta contemplar el verde de la naturaleza. Los árboles...
–Los árboles, ¿verdad? –dije aprobatoriamente–. A mí me gustan los árboles grandes.
–¡A mí, los bosques, las arboledas!
–Pero esa idea de alguien que dice no mirar nada me hace pensar en Daruma, que pasó nueve años mirando una pared.
–Sí, aunque también los viejos son así, ¿verdad? Los ancianos que están muy débiles, a quienes se les acerca naturalmente la muerte...
–¡Uhm!
–Yo tengo entre mis parientes en el campo a un abuelo de noventa y siete años. Es el más viejo de la aldea. Uno de sus hijos ya tiene setenta años. Estuve visitándolo en mayo y no pude saber si estaba dormido o despierto. Se la pasa todo el día metido en la cama como adormilado. Tiene un lugar para sí, apartado de la vieja casa de la familia, en donde vive desde hace ya quince años. Después de la guerra expropiaron al dueño de la tierra, quien ahora debe trabajar más que sus operarios para poder tener con qué vivir. En consecuencia, aunque el viejo tiene una señora que lo atiende, ella vive muy ocupada con su trabajo y no le pone mucho cuidado. Me dijeron que a veces se le olvida abrir los postigos del apartado. En el mejor de los casos abre sólo dos o tres y corre los paneles hasta la mitad, como para que se filtre la luz. Pero ha habido días terribles en que los deja cerrados completamente. Debe creer que es más abrigado no abrir los ventanales durante el invierno. Sin embargo, es evidente que el viejo no se da cuenta si los postigos están abiertos o cerrados. Tampoco parece darse cuenta cuando los deja cerrados, aunque quede a oscuras en pleno día. Creo que todo esto prueba que el viejo ya no mira nada.
–¡Uhm! Quizás es que ya no ve nada.
–¡No lo sé! No hay síntomas de cataratas. Sus pupilas son al mismo tiempo negras y claras. No hay razón para que no vea. Debe ser que aunque puede ver con los ojos no puede ver con

la cabeza –dijo Uryu. Y sus ojos parecieron estar contemplando al viejo de noventa y siete años.
–Parece que los ojos claros son herencia de tu familia...
–Los ojos del viejo son tan claros que hacen pensar que debe correr sangre *ainu* en sus venas. Toda la vida fue de piel blanca pero con tantos años sin salir a tomar el sol, se le ha vuelto azulosa y como transparente. Pensando en que si le toco la piel debe estar helada, le he mirado los brazos: el color de la sangre que fluye en ellos es pálido y transparente. El pelo y la barba le brillaban blancos como la plata. El hijo tenía setenta años y el pelo gris. En cambio el viejo de noventa no tenía ni un solo pelo negro o castaño. En medio de esa piel pálida y ese pelo plateado...
–Unos ojos de naturaleza oscura que brillaban como carbones me produjeron una extraña impresión –dijo Uryu–. Esas pupilas negras que podían ver cualquier cosa no estaban viendo nada. Cuando lo pensé se me saltaron las lágrimas.
–¡Uhm! Supongo que la moralidad y la felicidad natural consisten en llevar una vida así, ¿no es cierto? Creo que si una persona vive hasta los cien años y muere de muerte natural no necesita la meditación del budismo zen de Daruma.
–¡Ah! Me acuerdo de algo que sucedió durante la guerra, hace como diez años. En esa ocasión el abuelo mostró una agudeza increíble. Yo no sé cómo decirlo, me había convertido en una persona que no existía en Japón, cuya apariencia había desaparecido de este mundo. Habiendo llegado a un punto en el que no sabía cuándo iba a morir, cuándo me iban a matar por la patria, empecé a echar de menos el campo. Cambié el modo de vestir, y me fui hacia allá. Al amparo de la noche llegué hasta el apartado donde vivía el abuelo. Y aunque no hice ningún ruido con las pisadas y los postigos estaban cerrados, desde adentro se oyó una voz potente: "¿Quién es? ¿Un fantasma o un ladrón? ¿Eres tú Momosuke?" Momosuke es mi nombre. Yo contuve la respiración pero el viejo trató de despertar a la asistente: "¡Señora! ¡Abra la puerta y mire, por favor! Parece que se me apareció el fantasma de Momosuke..." Me estremecí. Escapé a toda velocidad. El viejo tenía que haberme visto. Parecía que se le había aparecido el fantasma de Momosuke. Fue aterrador. No puedo olvidarlo.
–¿Qué me quiso decir con eso de "una persona cuya apariencia había desaparecido de este mundo"?
–Que me había convertido en mujer –musitó Uryu–. Que el hombre llamado Momosuke había hecho desaparecer su imagen...
–¡Uhm! ¿En mujer? –murmuré sin querer. Comenzaba a entender. Había un espacio en donde convergían las cosas sobre Uryu. Sin embargo, dejé este asunto sin tocar y dirigí antes la conversación hacia otro sitio–: ¿Cuál es su relación con ese abuelo?
–Digamos que la relación que existe entre la línea principal y la línea colateral de una familia.
Sin embargo, Uryu explicó que la bifurcación había sucedido hacía ya varias generaciones y que la consanguinidad era lejana. Tanto el padre como el abuelo de Momosuke habían sido rebeldes y fugitivos. El abuelo de Momosuke huyó a Tokio en donde se hizo empleado público y vendió la mansión que tenía en el campo. La casa fue desarmada, transportada hasta Tokio y vuelta a armar como casa de campo en el jardín de otra casa en Shiba. Según él, la casa se salvó de ser incendiada durante los bombardeos de Tokio. El padre de Momosuke se hizo soldado pero Momosuke, tal vez a imitación del abuelo, por llevarle la contraria al padre se escapó de la casa. A causa de esto, su padre, un oficial de artillería, renunció al ejército y se empleó en una fábrica de armamento.
–Dicen que mi padre sufrió tanto por tener un hijo rebelde que pensó en cometer *seppuku*. Sin embargo, vistas las cosas luego de la derrota, ese fracaso como militar por mi causa acabó siendo todo lo contrario: una causa de felicidad. Porque todavía anda por ahí haciendo alguna cosa... –dijo Uryu, después de lo cual levantó un poco la cara y añadió–: En marzo pasado mi padre visitó al abuelo en el campo. Aunque fue hasta el apartado a saludarlo, me cuentan que el abuelo estuvo dormido.

Librodot

Cuando la señora que lo acompaña dio a entender que "últimamente permanece muy poco tiempo despierto", el abuelo abrió los ojos. Mi padre le repitió varias veces en voz alta su nombre. A lo cual el viejo respondió: "¿Quiéeen? ¿Hashimoto no Toranosuke? He olvidado por completo las cosas de antes". Y después de decir esto quedó profundamente dormido. Dicen que el abuelo más joven y mi padre se rieron sardónicamente y retornaron a la casa principal. No me he visto con mi padre pero un mes después de su regreso estuve en el campo y oí la historia de boca del abuelo menor...

El apellido del padre de Momosuke es Uryu, pero cuentan que como en la aldea había muchos Uryu y la casa de los antepasados de Momosuke quedaba al pie de un puente, terminaron llamándose los Uryu del Pie del Puente, Hashi–no–Tamoto, y por abreviar, Hashimoto.
La aldea quedaba en una ensenada estrecha como una depresión que se hubiese rodado de las colinas que la rodeaban. El verde de las colinas y el color del mar eran profundos. Cuando se la veía de lejos la aldea parecía un puerto pintado con colores brillantes en una bandeja. La mitad de los aldeanos eran agricultores, la otra mitad pescadores. Los sembrados estaban sobre las colinas. La familia Uryu del anciano de noventa años no tenía nada que ver con la pesca.
Momosuke repitió las palabras del viejo: "Yo he olvidado por completo las cosas de antes". Y continuó: –Si decimos esto, podemos salvarnos...
–Así es, pero deberán pasar cuarenta años para que también nosotros tengamos la edad del anciano y podamos usar con naturalidad esa expresión, ¿verdad? ¡Un tiempo muy largo! –añadí yo–. Es un tiempo muy largo, pero a diferencia de Kishiyama, que está muerto, nuestra vida será un poco más larga, aunque ninguno de nosotros sepa cuántos años durará.
Sin saber por qué la frente de Uryu se oscureció.
–He oído decir que el viejo tenía la manía de decir: "¡Me voy a morir en marzo! ¡Me voy a morir en marzo!" Las personas de la casa no le hacían caso, diciéndole con una sonrisa: "Abuelo, en marzo todavía cae nieve y hacen unos días espantosamente fríos. Alargue el día de su muerte un mes más. Deje que llegue el tiempo en que se abren las flores de los cerezos". El abuelo ponía una cara seria y decía: "Me voy a morir en marzo". Y fue así como en marzo de ese año repentinamente se quedó sin fuerzas después de una gripa maligna y comenzó a decir cosas extrañas. Todos se decían: "La vejez es la vejez" o "¿Habrá llegado el momento?" o "¿Será cierto que era en marzo?" Y se preparaban para el funeral. Los que cuidaban de él se desanimaron. Pero entonces, sin saber cómo, recuperó por completo la vida. Dicho por el propio médico. Parecía un cuento de nunca acabar. Fue entonces cuando mi padre y yo fuimos al campo a hacerle una visita... Pero después de esa grave recaída en marzo, desapareció por completo la manía de andar diciendo que se iba a morir en ese mes... No ha vuelto a hablar de su muerte. ¿Habrá que decir que se le olvidó morirse? ¿Será que está yendo con naturalidad hacia el fin? Me dicen que no hace sino dormir profundamente. Pero lo que es comer, come muy bien. Puesto que se queda moviendo la boca como masticando algo, la gente piensa que dulces finos y cosas así son veneno para él y que más que calidad hay que darle cantidad. Pero si le dejan galletas o galguerías baratas, abre los ojos sorpresivamente y se queja: "¿Es que no me pueden dar algo mejor?" Reconoce los sabores, ¿sabe? En los pueblos del campo, cuando un viejo se vuelve senil y tiene que confiar en la ayuda de otros porque manos y pies no le responden, dicen que se ha vuelto *nidoaka*. Nidoaka es alguien que volvió a ser bebé de nuevo.
–¿Dicen nidoaka? ¡Qué manera interesante de expresarlo!

–Después de oír al viejo decir "parece que se me apareció el fantasma de Momosuke", cada vez que siento un dolor o tengo una contrariedad me acuerdo del viejo. Lo echo de menos. Kishiyama era una persona famosa pero se murió muy rápido. Si estuviese vivo y en esta habitación me gustaría pedirle que envejeciera y llegara hasta los noventa y siete años.

Librodot

–Sólo una persona entre un millón puede vivir noventa y siete años. Si en este momento yo hubiera vivido todo ese tiempo, me gustaría decir, como lo más natural, que se me han olvidado las novelas que escribí en el pasado –se me ocurrió decir. Pero puesto que Uryu seguía siendo un enigma le pregunté–: ¿Qué quiso decir con eso de que se había vuelto mujer? ¿Que en el teatro se vestía de mujer en los papeles de onnagata?
Uryu bajó los hermosos ojos.
–No era un onnagata profesional. Era una actriz. Estuve viviendo como una mujer de verdad.
–Y ¿por qué...? –pregunté tontamente y, pensando que se me iba a revelar algo raro acerca del sexo de Uryu, me fijé en sus caderas.
–Fue evasión del servicio militar. El ejército es algo maligno. La guerra algo pavoroso –dijo con frialdad y rapidez haciendo tres pausas cortantes. Me tomó por sorpresa–. Estaba en los últimos años de secundaria pero no quería prepararme para la universidad. Entonces decidí volverme mujer.
–¿Y tuvo éxito?
–¿Éxito? Si a eso se le llama éxito, digamos que sí. Logré pasar la vida sin tener que ir al ejército...
–¡Uhm!
–En estos días las revistas publican cosas como "Yo fui espía de los Estados Unidos" y ese tipo de cosas. También hay gente que estuvo detenida y se pasea libremente por ahí. Por eso no creo que se me vaya a imputar como falta haber evadido en otro tiempo el servicio militar. Durante mis años de fugitivo tuve que hacer sacrificios y sin duda sufrí penalidades...
–Pero logró vivir como mujer.
–Me transformé en una actriz itinerante. En tiempos de guerra la gente se transforma en toda clase de cosas. El destino de cada cual se enloquece. Así también aparecen hombres que, solos o en compañía de otro hombre, se vuelven mujeres. Estoy seguro de que además de mí hubo otros.
–Cuando dice "actriz", quiere decir que estaba en medio de compañeros actores, ¿no es así? ¿Y no lo descubrieron?
–Pues... ¡quién sabe! El director lo sabía muy bien. Para que los demás no me descubrieran, desde que me contrató estaba constantemente con él. Lo más difícil era cuando nos disfrazábamos. En esos momentos hay que descubrirse el pecho... Yo lo llevaba siempre envuelto en una gasa pero así y todo.. Tal vez alguien tuvo sospechas o se olió algo raro pero a nadie se le ocurrió que me había vuelto mujer para evadir el reclutamiento –dijo Uryu sonriendo como una muchacha–. Pudo haber hombres a quienes se les ocurrió la idea de volverse mujeres porque odiaban tener que ir a la guerra, pero eso no quiere decir que todos pudieran hacerlo.
–Así es. Además no todos tienen su belleza...
–No es sólo un asunto de ser hermoso o feo. Si uno no lleva una mujer adentro, entonces... Pienso que dentro de mí había una muchacha. Si no hubiésemos tenido guerra esa muchacha habría quedado reprimida. Pero gracias a la guerra la muchacha salió al mundo.

Alguna vez, después de mi metamorfosis, alguien me dijo que había una muchacha que se parecía a mí. Durante el tiempo en que fui mujer me pasaron muchas cosas de las cuales no me gustaría hablar en público –dijo Uryu. Se puso de pie y encendió una lámpara. En el jardín estaba oscureciendo.
–Ya debió haber bajado el sol –dije yo–. Kishiyama solía decir que los atardeceres de este sitio eran hermosos. ¿Ya los ha visto?
–No. No los he visto –contestó Uryu cortantemente–.¿Y usted planeaba ver el atardecer? Siento haberlo demorado... Tal vez mañana pueda verlo.
–No será posible porque me regreso por la mañana...
–¿Ya se va? –dijo Uryu moviendo sus negras pupilas–. ¿Le importaría que le hablara sobre el tiempo en que fui mujer?

–No, al contrario –dije asintiendo–. En realidad sólo vine porque me dijeron que era un lugar que Kishiyama visitaba con frecuencia. Uryu también asintió. –La panpan me prometió venir después de las ocho. Deberá regresar a su casa hacia las diez. Después podríamos conversar mientras damos un paseo por la playa. ¿Supongo que se va de madrugada, ¿verdad? –dijo con una inflexión coqueta muy propia de una mujer. Al principio pensé que tal vez se sentiría avergonzado de mencionar el asunto de la mesera, pero por lo visto no era así. La mesera que lo estaba sosteniendo era la que iba a venir. –La metamorfosis en mujer fue algo planeado. Ya desde la secundaria me había dejado crecer el pelo hasta los hombros aunque en aquella época los colegios eran muy exigentes y varias veces me dijeron que me lo cortara. Finalmente me aburrí y me fugué. Durante un tiempo pretendí ser uno de los vagabundos del parque de Asakusa. Allí también la vigilancia era insoportable y mantenían estricto control sobre el número de vagos. Fue entonces cuando me vestí con ropas de mujer y volví al puerto de mi pueblo natal a ver qué pasaba.

Aunque hablo de "mi pueblo natal" en verdad yo nací en Tokio y allí no me reconocen la cara sino unas cuantas personas que son mis parientes. "Parece que se me apareció el fantasma de Momosuke..." Cuando en aquella noche de luna el abuelo cercano a los noventa me dijo esto detrás del postigo, me sentí como si fuera a abandonar este mundo y hubiera llegado al final de mi vida.

–¿Lo de la actriz vino después?

–Así fue. Desde que estaba en la escuela media me había gustado el teatro y siempre hice papeles femeninos. También en la secundaria superior pertenecí a un grupo de teatro. Por eso pensé que quizás podía volverme actriz... Había practicado muchos papeles femeninos sacados de diferentes obras dramáticas. Como en las pequeñas compañías de teatro itinerante durante la guerra no tenían personal, me contrataron en seguida. Pero aun en esos grupos de trashumantes, tanto actores como actrices llevan su documento de identificación... Los oficiales encargados de reclutar venían a dar vueltas. Yo era el único que no tenía documentos. Uryu Momosuke había desaparecido. No había trazos de su paradero. Tipos como los actores ambulantes son hojas secas llevadas por el viento. Nadie se interesa por el pasado de los otros. Las historias que se cuentan son en su gran mayoría inventadas.

–Volverse mujer y hacer papeles de mujer es hacer doble teatro.

–¿Doble teatro? Tal vez sí, pero en aquellos tiempos no lo sentía como "doble". Le había escupido al mundo y me había quedado un buen sabor. El soldado universitario que me dijo que había una muchacha parecida a mí pertenecía al Cuerpo de Misiones Especiales del Ejército. Nuestra compañía teatral acostumbraba hacer presentaciones de caridad a las tropas enfermas. En una ocasión hicimos un presentación en una base aérea del Cuerpo de Misiones Especiales estacionado en Kyushu. Al final de un campo de trigo corría un riachuelo, al otro lado del cual se levantaba una colina cubierta por toda clase de árboles. Un día en que me paseaba por la orilla del riachuelo me encontré con ese soldado universitario, que de repente se volvió a mirarme. También yo me detuve y me quedé quieto y él se dirigió hacia mí. "¿Viste la presentación de ayer?", le pregunté. "¡Sí! ¡Estuvo buena! ¿Verdad?", me contestó. Después me dijo que yo me parecía mucho a su novia. "¡Ah! ¿Sí? ¡Me encanta!", le dije. "¿Quiere ver su fotografía?", me preguntó. "¿No se molestará?" "¡No! Y tú, ¿puedes saltar este riachuelo?" "¡No! Soy una mujer", le contesté. "Entonces, vamos. Yo te cargo en las espaldas", me dijo. Pero yo le contesté: "¡No! ¡No creo".

Era el final de una tarde de mayo. Pasé el riachuelo en las espaldas del tipo y nos refugiamos a la sombra de los árboles. El tipo quería mostrarme la fotografía de la novia. Seguramente ansiaba verme la cara despacio. No me pareció que la muchacha de esa fotografía minúscula se me pareciese, pero no le dije nada. El tipo me contó varias historias y me puso el brazo alrededor de los hombros con la intención de sentarme sobre su rodilla. Pensando que si me sentaba encima de él iba a darse cuenta de que era un hombre, me agarré de un lado de su hombro.

–¡Uhm!

–"¿Eres virgen?", fue lo que me preguntó el tipo. El corazón me saltaba en el pecho. Casi suelto una carcajada porque, por un lado, soy hombre y, por otro lado, a un actor itinerante no se le pregunta si es virgen. Pero estaba tan azorado que no me salía la voz. Sacudí suavemente la cabeza. Ciertamente no podía asentir pero podía sacudir la cabeza. ¿Cómo lo iba a tomar el tipo? Pues, "Comprendo", me dijo mientras me acariciaba suavemente un hombro.

Aún después de pasado todo, todavía no sé qué fue lo que pensó. "¿Y a ti no te dan miedo esas espantosas incursiones áreas de todos los días en todos los aeropuertos?", me preguntó. "¡Me aterran!", le dije, y al decirlo se me saltaron las lágrimas y me eché a llorar sobre sus rodillas. Tal vez cuando sacudí la cabeza el tipo pensó que me estaba resistiendo y se enterneció. Era un estudiante puro y sincero. Me dijo que saldría para el frente en dos o tres días. Si yo no me hubiera transformado en mujer de seguro que me hubiese pasado lo mismo. Me cargó a sus espaldas una vez más y pasamos el riachuelo. Después, ¿qué cree usted que me dio de recuerdo?
–¿Qué sería?
–¡Cianuro!
–¿Cianuro?
–¡Así es! La novia del tipo, que había sido reclutada para trabajar en una fábrica, consiguió una dosis de cianuro como previsión para tiempos peores. En los últimos años de la guerra, esas cosas estaban de moda entre las operarias jóvenes. Debió haber compartido con él parte de su dosis. Como previsión para tiempos peores... Sin embargo, me dijo que en vista de la absoluta certeza de su muerte, no necesitaba medicina.
–¡Uhm!
–Volví a recordar a ese estudiante cuando fui a visitar al abuelo nidoaka. Como puede ver, yo ya había vuelto a ser hombre... Fui hasta el apartado. La puerta estaba entreabierta y la habitación en penumbra. A pesar de estar en mayo habían encendido el kotatsu al lado del futon. El abuelo menor, que me había acompañado hasta allí, se puso a cazar una mosca. El abuelo de noventa se había escurrido el edredón hasta el estómago y tenía la mano colgando afuera del futón. Estaba profundamente dormido. El pelo y la barba blanca le habían crecido. Si su piel hubiese tenido un poco más el color del sufrimiento y las huellas de pruebas interiores, se habría asemejado a un santo ermitaño o a un discípulo de Buda. Pero él era exageradamente natural e inocente. Sin embargo, al observarle detenidamente los dedos de la mano derecha, advertí que las uñas se le habían desprendido de la piel y no ofrecían ninguna resistencia. El abuelo joven le gritó para despabilarlo: "¡Papá! ¡Ha venido a verlo Hashimoto Momosuke!" Las cuencas de los ojos del abuelo se iluminaron, hizo un gruñido imperceptible y miró hacia donde yo estaba. La luz de los ojos negros del abuelo me dejó boquiabierto. El viejo metió la mano derecha en el futón y haciendo fuerza incorporó el tronco. El ceñidor blanco se le había subido hasta el pecho. "¡Rápido! ¡Dígale el nombre!", me animó el abuelo joven, pero yo sólo pude mirarlo con fijeza. El cuerpo del anciano se dejó caer en el lecho como un objeto que flota un momento en el agua y luego se hunde lentamente. Después sacó con cuidado la mano de debajo del edredón y se quedó profundamente dormido. ¡Creo que esa fue su despedida!
¡Uhm!
–Se me saltaron las lágrimas. Pero fue una despedida natural, ¿no? Muy distinta de la de aquel estudiante...

Uryu juntó las rodillas como lo hacen las mujeres jóvenes. La frente se le oscureció y me miró con sus ojos negros.
–También yo quería regresar a mi ser natural. Me despedí del grupo de teatro y me quedé aquí solo... Aunque este grupo no era el mismo en el que fui actriz durante la guerra. Después de la derrota nos dispersamos. Yo regresé a mi figura de hombre y he hecho de onnagata pero...

Me di cuenta de que era hora de que llegara la mesera. Uryu aflojó el cuerpo como si fuera una flor de enorme corola blanca y dejó caer la cabeza.

Gotas de lluvia

Desde el segundo piso se oía nítidamente a los cuatro niños jugando a las veinte preguntas en el cuarto de la planta baja.
Cada uno de ellos hacía por turnos de anunciador. Escribía una palabra en un papel y lo dejaba boca abajo sobre el piso. Las palabras eran fáciles porque eran palabras de niños. Cuando la respuesta era acertada se escribía un círculo al lado del nombre del niño ganador. Ganaba el niño que obtuviera el mayor número de círculos.
–El siguiente es un mineral –dijo el niño que hacía de anunciador.
–¿Es líquido?
–Sí. Es líquido.
–¿Es agua?
–Sí. Es agua.
–¿Esa agua está haciendo ruido en este momento?
–Sí. En este momento está haciendo ruido.
–¿Ese ruido suena como "poro poro poro"?

–Sí. Muy bien.
–¡Gotas de lluvia!
–¡Sí! Gotas de lluvia... es correcto.
El niño había adivinado con sólo cuatro preguntas.
–Shizu, el que acaba de dar con "gotas de lluvia" es Fumio, ¿verdad? ¡Qué listo! –dijo Hidaka-Toshiko hablando a través de la pared corrediza con alguien en la habitación vecina. Puesto que entre las dos habitaciones había un corredor de un metro de ancho, en realidad se comunicaban a través de dos paredes corredizas.
–¡Qué tramposos... Usar palabras como "gotas de lluvia"! –contestó Numao Shizu.
–Sin embargo el pequeño Fumio adivinó sin problema.
–Sí, pero fue porque Kaku, el chico vecino, lo puso sobre la pista con "poro poro poro". Le sirvió la palabra en bandeja al pequeño Fumio. Si Kaku dijo "poro poro poro" es porque sabía que la respuesta era "gotas de lluvia".
–No creo... con sólo saber que se trata de agua que está haciendo ruido aquí y ahora no es fácil adivinar si es lluvia o gotas de lluvia.
–Bueno, lo que se oye llover son las gotas, ¿no?
–¿Ah, sí? Pues el ruido de la lluvia no es el mismo que el de las gotas de lluvia. ¡Son diferentes!
–Sin embargo, el turno de anunciador era de mi hijo Shin'ichi. Y, como era Shin'ichi, tuvo que ocurrírsele algo como "gotas de lluvia". Kaku se dio cuenta desde el principio.
Toshiko terminó por callarse ante la vehemencia de Shizu. No iban a pelearse por algo como la diferencia entre "lluvia" y "gotas de lluvia". De hecho las gotas de lluvia que caían en el cuarto de los niños hacían un ruido impresionante. El agua se precipitaba por una canal rota. El ruido no era el suave sonido que sugieren palabras como "gotas de lluvia" o "poro poro poro".

Toshiko había dicho las cosas amigablemente. ¿Por qué estaba tan antipática Shizu? Shizu, por su parte, pensó que Toshiko se había referido irónicamente a que no hacía reparar los daños de la casa, empezando por la canal. La expresión "gotas de lluvia" propuesta por su hijo, que estaba en quinto grado de primaria, la había dejado molesta.

Toshiko e Hidaka eran una joven pareja de esposos que todavía no había registrado su matrimonio. Ocupaban en arriendo una habitación de seis tatami en el segundo piso de la casa de los Numao. Ambos estaban empleados. En la planta baja de la casa había una papelería que había sobrevivido por estar cerca de la escuela. Las ventas habían caído desde que Numao comenzó a ausentarse con frecuencia de la casa y Shizu empezó a tratar con brusquedad a los niños y, por otra parte, no pareció interesarse en renovar el inventario. Shizu veía al joven matrimonio Hidaka como una pareja bien avenida y amistosa, algo raro de ver en esos tiempos. Shizu, sin embargo, era desigual: unas veces mostraba una mezcla de amabilidad y envidia y otras iba de los celos a la maldad. Antes Numao solía dormir solo en la habitación de ocho *tatami* del segundo piso y Shizu con los niños en la habitación de seis *tatami* que quedaba detrás de la tienda de abajo. El cuarto de los niños era un espacio hecho de tablones, que había sido añadido después y en el que sólo cabían dos escritorios.
Como las noches en que Numao no regresaba a casa se fueron sucediendo, Shizu se trasladó a dormir a la habitación del segundo piso. Los fuertes ronquidos de Numao más bien tranquilizaban a los Hidaka. En cambio las llamadas de Shizu desde el otro lado de las paredes corredizas de papel, cuando ya la creían dormida, asustaban a Toshiko.
¡Toshiko! ¡Toshiko! He estado echando cabeza sobre la mujer tras de la que anda Numao. Debe ser esa Tokiko que venía a charlar contigo en la habitación... Últimamente no se ha vuelto a asomar, ¿verdad?
Tokiko era una muchacha empleada en la misma empresa que Toshiko e Hidaka. Toshiko sospechaba que tenía algo cuestionable con Hidaka y que por este motivo no había vuelto a visitarla a la habitación que habían arrendado.

Una noche Toshiko se quejaba entre susurros y lloriqueos cuando Shizu tuvo una pesadilla. Irritado con los gritos de Shizu, Hidaka apartó bruscamente de su pecho la cabeza de Toshiko. Toshiko permaneció inmóvil por un buen rato.
–Esa voz sonó aterradora, ¿verdad? –dijo Hidaka.
–Cuando yo esté como Shizu con niños en quinto de primaria podrás hacer lo que quieras. Te lo digo de verdad. Pero ahora, es el colmo. Todavía no hemos estado juntos ni un año y ya... Por lo que dice Shizu, Tokiko es una coqueta.
–Lo sé. Eres idéntica a la Numao. Un demonio desconfiado. Nada más recuerda cómo gritaba ahora.

Desde esa noche Shizu no volvió a decir nada sobre Tokiko. Tokiko vino un par de veces a ver a Toshiko y en esas ocasiones conversó agradablemente con Numao. No sospecharía Shizu, que allí, en plena luz del día, pudiera pretender algo con su esposo, ¿no?
–Peligroso –le advirtió Hidaka a Toshiko después del incidente con la expresión "gotas de lluvia". Los cuatro niños habían seguido jugando a las veinte preguntas. Cuando a Fumio, el niño que había acertado con "gotas de lluvia", le tocaba el turno de anunciador había que ayudarlo porque apenas estaba en segundo año de primaria.
La sirena de una ambulancia se fue acercando por entre las calles oscuras. Producía una opresiva sensación de angustia.
–¡Odio ese sonido! Hoy ya lo he oído tres veces –dijo Toshiko con una voz como para que se oyera en el cuarto vecino.
–Es que hay numerosos accidentes por ser final de año. Los transeúntes van de prisa y los autos volando. Es peligroso. Me dijeron que casi siempre que salen las ambulancias es porque hay personas heridas. No tanto por enfermos. Los autos deben estar patinando con esta lluvia –dijo Hidaka.
–¡Ese sonido! Siento como una opresión en el pecho. Como si me atropellara la corriente de los años.
–Nosotros estamos a salvo sentados alrededor del kotatsu. ¿Por qué tienes que decir esas cosas? ¿Quién podría estar herido?

Toshiko bajó la voz y dijo:
–No me siento tranquila. Tú sabes que tendré que renunciar al trabajo después de Año Nuevo. El reglamento interno de la empresa dice que cuando hay un matrimonio entre dos empleados uno de los dos debe retirarse.
Fuiste tú quien me lo dijo hace poco. Pero quien regó el cuento de lo nuestro en la empresa tuvo que haber sido Tokiko.
–Fue divertido haberlo podido ocultar por casi medio año.
–Para mí no fue divertido. Cuando pensaba en el retiro de la empresa era como si me corriera una ambulancia en el pecho.

La sirena de la ambulancia se fue alejando por entre las calles.
Después de un rato Shizu llamó una vez más desde la otra habitación:
–¡Toshiko! –Y añadió–: No sé por qué pero las ambulancias cruzan constantemente por la calle de enfrente. Desde hace mucho. Cada vez que oigo esa sirena pienso qué bueno sería que un carro atropellara a mi marido y lo dejara muerto o herido.
–Si quedara herido al menos podría hacerse cargo de la papelería.
Hidaka y Toshiko quedaron mudos, mirándose a la cara. Toshiko no podía despegar sus bellos y aún jóvenes ojos de la cara de Hidaka.
–¡Toshiko! ¿Ya estás acostada? –dijo Shizu.
–No, todavía es temprano. Son las nueve y veinte –contestó Hidaka en lugar de Toshiko.
–¿Ah, sí? ¿Y molesto si paso a conversar?
–De ninguna manera –contestó Hidaka de nuevo. Toshiko miró instintivamente a la puerta corrediza y acomodó las piernas debajo del kotatsu.
Shizu se metió en el kotatsu frente a Hidaka y Toshiko.
–Hidaka, estoy pensando alquilar la habitación de ocho *tatami* a partir del año entrante. ¿Cómo le parece? ¿No tiene algún conocido que pueda presentarme?
–Claro que sí.
–Pero nadie que se vaya a parecer a Tokiko.
–Tokiko vive con sus padres.
–¿Cómo? ¿Vive con sus padres? –dijo Shizu y pareció sorprendida por alguna razón–. ¡Qué bueno para ella! Pero si arriendo esa habitación, con el dinero del alquiler estoy pensando en reparar las canales. Hacen un ruido espantoso cada vez que llueve. ¡Pobres niños! Y cuando cae un aguacero ni yo misma puedo dormir.
–Tampoco es que esté tan mal.
–Está mal. Yo no puedo dormir. Pero si alguien viene a vivir al cuarto vecino pienso que sería mejor un conocido de ustedes. Ojalá fuera un matrimonio.
–Si es por nosotros no hace falta que sea alguien conocido ¿verdad? –le preguntó Hidaka a Toshiko.
–Teniendo a dos parejas de esposos jóvenes, amigos entre sí, en el segundo piso, yo me puedo acomodar con los niños en la habitación de abajo. Mejor jóvenes, ¿verdad? Toshiko, el diseño del edredón de este kotatsu lo escogiste tú, ¿no es así? ¿Tu misma lo cosiste? ¡Qué lindo!
En el primer piso alguien abrió la puerta de entrada como si fuera a desarmarla.
–¡Shin'ichi! ¡Fumio! ¿Están ahí? –se oyó la voz ronca de Numao–. ¡Ah! Están ahí, ¿verdad? Ahora, aquí no más, acaba de pasar algo terrible. Tan triste que no pude quedarme a mirar. Un carro atropelló a un muchacho que no sé quién es.
Con el grito de Numao los cuatro niños dejaron el juego de las veinte preguntas. En el segundo piso se oyó como si se levantaran a recibirlo.
–¡Volvió! ¡Volvió! –dijo Shizu azorada poniéndose de pie. Y tal vez por vergüenza de que los Hidaka la vieran reaccionar de esa manera, dijo–: ¡Eso fue la ambulancia de hace un rato!
De repente, desde abajo se oyó la voz de Tokiko. Shizu debió haber acusado a Numao de regresar con Tokiko porque Numao decía:

Librodot

–¿Yo? ¡No! Esta señorita es una desalmada. Un carro atropella a un niño, y ¿qué hizo ella? Como todas las mujeres, se metió entre la gente a curiosear... Me dejó sorprendido. Así son las mujeres que no tienen hijos.
–¿Ah sí? ¡Peor es usted! A mí me pareció algo terrible. Pero, ¿no estaba usted también mirando, señor Numao?
–Sí. Porque cuando oí que había sido un niño pensé que podía ser uno de mis hijos y me abrí campo por entre los curiosos. Y cuando salí al lugar, ¿a quién me encuentro? A la señorita Tokiko plantada ahí delante.
–¿Y qué pasó con el niño atropellado? ¿Lo ayudaron? –preguntó Shizu.
–¿Cómo voy a saberlo? Me tranquilicé cuando supe que no era uno de mis hijos. Lo único que vi fue que se lo llevaban en una ambulancia.
–¿Ve lo que le digo? En cuanto comprende que no es uno de sus hijos queda tranquilo. ¿No es espantoso? –le dijo Tokiko a Numao.
–Muy cierto –dijo Shizu aliándose con Tokiko. Después, cambiando de tema, añadió–: Cuando alguien de casa está fuera odio oír la sirena de una ambulancia.
Tokiko subió al segundo piso. La habitación pareció volverse más clara. Tokiko permaneció un rato en silencio.
–Aquí también escuchamos la sirena –dijo Toshiko.
–¿Sí la oyeron? Yo me sentí muy mal. El accidente me sorprendió a mitad de camino... Bueno, quería contarles que he resuelto casarme antes de finalizar el año. Él tiene unos años más que yo.
–¡Felicitaciones! ¡No tenía ni idea! –dijo Toshiko radiante. Por un momento sus ojos encantadores parecieron llenarse de lágrimas–. Amor, si Tokiko necesita una habitación, ¿qué te parece el cuarto vecino de los ocho *tatami...?*
Hidaka no respondió. La sombra de la linda nariz de Tokiko se movía sobre su mejilla tomando una forma misteriosa.
En la planta baja había señales de que los niños vecinos regresaban a sus casas. El sonido del agua cayendo por la canal rota del cuarto de los niños apagaba la conversación en voz baja del matrimonio Numao.

El crisantemo en la roca

Con el fin de averiguar cuál era la naturaleza de aquella roca consulté algunos libros como el Manual en color de rocas y piedras del Japón, de Wada Yaezo y Awazu Hidekoji, pero no encontré nada. En materia de piedras soy un ignorante. Aunque extendiese la guía delante de la roca misma, me resultaría muy difícil identificar el ejemplar correspondiente en la tabla. Con mayor razón si no la he visto en treinta años. Me refiero a una roca que había en mi lejano pueblo natal.
La roca tenía una gran depresión en el costado delantero, que habían rellenado de tierra y en la que habían plantado un crisantemo. Todavía recuerdo haber visto abierta una flor blanca. Era un crisantemo repleto de pétalos como una pelota de lana. Hoy en día cualquier floristería de Kamakura vende ejemplares grandes con esa misma forma. Aquel crisantemo de hace años era tal vez de la misma especie, pero por estar sobre una roca se había quedado pequeño.
Los ejemplares blancos de las floristerías de Kamakura son tan pesados que cuando se los coloca en un florero angosto parece que todo el arreglo se va a venir al suelo. Aquel crisantemo que había florecido en la roca, aunque pequeño, inspiraba serenidad, Y no había sido plantado allí por capricho o solaz. Era una ofrenda a los muertos.
Se había visto aparecer una cabeza de mujer sobre la roca. Era un fantasma. Tan pronto como se realizó un servicio religioso por los difuntos y se puso un crisantemo sobre la roca, la cabeza dejó de aparecer. A partir de entonces, todos los años se plantaba un crisantemo en la depresión de la roca. Esa era la historia.

En treinta años no he regresado a mi pueblo. A pesar de que todos los años veo crisantemos, el tiempo ha pasado sin que yo recuerde aquella roca y su historia. De repente, al llegar este otoño, por alguna razón se me ocurrió que esa roca podría considerarse como una especie de lápida votiva o de piedra sepulcral.
He estado recorriendo Kamakura de templo en templo, contemplando el antiguo arte del tallado en piedra. Y le digo a la gente: "Los objetos de la época Kamakura que quedan en la ciudad son muy pocos; pero la mayoría de las piezas que se conservan tal como eran son de piedra".
Como ejemplos de ello están la *stupa* con el relicario del fundador del Kakuenji, la *stupa* con el relicario del segundo fundador del mismo templo, la pagoda de cinco anillos de la tumba de Ninsho en el Gokurakuji, el *torii* de piedra en Tsurugaoka Hachimangu, la loza de una sola pieza en el Daikakuzenji, uno de los templos del Kenchoji. Todos ellos fueron declarados tesoros nacionales. Como obras de arte se señalan la *stupa* con el relicario del Betsuganji, la *stupa* con los restos de Uesugi Kenpo, y muchos otros sitios. La *stupa* con las reliquias de Hojo Shigetoki, en cambio, está considerada como un sitio histórico.
Me vienen también a la mente la lápida conmemorativa de Kurihara en Goshojinja, la pagoda de siete pisos dedicada a Hojo Dogo y el Buda de piedra en Fukomyoji. La época de Kamakura fue el período de esplendor de la escultura en piedra.

Y sin embargo, son muy pocos los que se pasean contemplando estos monumentos. Yo mismo, a pesar de haber vivido durante quince años en Kamakura, nunca sentí, hasta este otoño, curiosidad de mirarlas.
No son más que tumbas, me decía a mí mismo cuando sin invitar a nadie, salía solo a mirarlas.

Decía, *no son más que tumbas*, pero a decir verdad, fue eso lo que me llevó a buscarlas la primera vez. Muchos de mis amigos y conocidos han muerto, y como ya habían mandado construir su tumba, he tenido la oportunidad de ver gran cantidad de sepulcros de diferentes formas. Cuando uno se para frente a una tumba piensa en la muerte. Y de pronto, de manera natural, empieza uno a pensar en la forma de la piedra.
Uno de mis amigos hizo construir una tumba pequeña en forma de *stupa* para guardar el cofre con las cenizas de su esposa, quien lo había precedido en la muerte. Mi amigo me contó que el monumento se hizo siguiendo la forma que tienen las *stupa* que Quian Hong Shu hizo recubrir de laca dorada. Quian Hong Shu, rey de Wu Yue, continuó la tradición del rey Asoka y mandó fundir en bronce 84.000 *stupa*. Después hizo poner en el relicario de cada una de ellas una copia del *Sutra de Shinju* y las repartió por todo el mundo. Una de ellas fue enviada al Japón. Estas *stupa* pequeñas recubiertas de laca dorada fueron fabricadas en un año que corresponde al noveno de la era Tenryaku en Japón. Las *stupa* en piedra para depositar un cofre que contenga las cenizas de los difuntos aparecieron por primera vez durante la época Kamakura. Se dice que las *stupa* fabricadas en esta época son bellísimas obras maestras.

Viví por más de diez años en el valle donde está el Kakuen-ji, un templo de dos plantas ubicado al final de una garganta no muy profunda. Iba con frecuencia hasta allí en mis paseos por el valle, y muchos años han pasado desde que vi por primera vez sus dos famosas *stupa*: una dedicada al fundador del templo, la otra a Daito, el Sexto Patriarca. Sin embargo, no fue sino hasta hace muy poco tiempo cuando me enteré de que estos dos monumentos son considerados como los mayores y más hermosos de toda la región del Kanto.
La parte superior de la primera stupa se vino abajo en el gran terremoto del año 12 de la era de Taisho. Se dice que si se la observa se advierte que el cuerpo tiene dos secciones, en una de las cuales están los huesos del fundador.

Librodot

Otra *stupa* de la época Kamakura es la conocida como sepulcro de Tada Mitsunaka. La he visto muchas veces allá en el fondo del camino, desde la ventana del autobús que cruza el paso de Jukkoku. De la misma época es la *stupa* conocida generalmente como la tumba de Izumi Shikibu, que puede advertirse en Tokio en medio del bullicioso pasaje de Shinkyogoku. Tiene un poco más de tres metros de alto, es decir, es un metro más baja que la del Kakuen-ji. Su forma, sin embargo, es muy bella y delicada. Esto y su tamaño pequeño la hacen muy propia para el sepulcro de una mujer.

Viví en el valle de Kakuen-ji con sus hermosas lápidas funerarias, pero la primera vez que miré una tumba como objeto de belleza fue en Kyoto, en el Daitoku-ji, en donde se encuentra la *stupa* de la tumba de Zenno-Rikyu y la linterna de piedra de la tumba de Hosokawa Sansai. Cuando las contemplamos por primera vez, tanto la *stupa* votiva como la linterna nos parecen bellas porque se trata de objetos que fueron muy queridos por Rikyu y por Sansai, quienes las eligieron para sus sepulcros. Puesto que Rikyu y Sansai fueron maestros del té, y puesto que estas piedras forman parte de la atmósfera que envuelve la ceremonia del té, uno siente ante ellas una intimidad y una claridad de las que carecen la mayoría de los monumentos funerarios antiguos.
En la parte en forma de puerta que tiene el cuerpo de la *stupa* han abierto un boquete. Se dice que si uno pone sobre él el oído se escucha el sonido del agua que hierve para la ceremonia del té, como un viento soplando entre pinos. Yo también me he agachado para oírlo. Mi cara, que es muy delgada, cupo justo en el agujero. Al sacar la cabeza, mis pómulos rozaron la piedra.
A alguien que me preguntó si podía oírse el sonido de la marmita le contesté: "Bueno, pues, si se cree, se puede escuchar algo".
Cuando metemos la cara dentro de la tumba lo hacemos más por oír el sonido de la marmita de Rikyu que por tratarse de un monumento funerario.
Comenté que una tradición narra que Rikyu se robó la piedra del mausoleo del emperador Nijo, que se encuentra en las faldas del monte Funaoka, porque estaba fascinado con ella.

Dicen que la *stupa* votiva tiene su origen en el capítulo once del *Sutra del Loto* que lleva por título "La aparición de la stupa votiva". Cuando Shaka explicaba el *Sutra del Loto*, brotó del fondo de la tierra una *stupa* con los siete tesoros y quedó flotando en el aire. Del centro de esa espléndida *stupa* se oyó una voz que hizo un elogio reverente de Shaka. Shaka corrió la puerta de la *stupa* con los dedos de su mano derecha. En la silla del león estaba el Buda Nyorai de los Innumerables Tesoros, quien compartió con Shaka la mitad de su asiento.
"Entonces, la muchedumbre, al contemplar a los dos Budas sentados con las piernas cruzadas en la silla del león en medio de la *stupa* de los Siete Tesoros, oró de esta manera: 'Los Buda se sientan en un sitio alto y lejano. Una cosa os rogamos, oh Budas, que con la fuerza divina nos permitáis ser vuestros compañeros y nos llevéis a los cielos con vosotros'. Al oír esto el Buda Shaka, en virtud de la fuerza de lo alto, convocó a esta muchedumbre variada para llevarla consigo a los cielos. Después dijo: 'Al Buda Nyorai de los Innumerables Tesoros se le encuentra siempre deambulando en las Diez Direcciones. Es sólo en consideración a este sutra por lo que ahora se encuentra sentado en esta *stupa*' . Así, siempre que se proclama el *Sutra del Loto* hay una *stupa* del Buda Nyorai de los Innumerables Tesoros."

Es por esto por lo que las *stupa* de piedra tienen, tallada en el frente o en los cuatro costados del eje del cuerpo, la forma de una puerta. La *stupa* de Rikyu tiene un boquete en lugar de la puerta y fue tallada en una sola piedra que mide más de dos metros de altura. Aún por su sola forma se trata de un objeto prodigioso.
Hay una historia que cuenta cómo Sansai, cuando hacía su visita bianual al gobierno de Edo, viajaba cargando la linterna de piedra. Sea o no cierto esto, el hecho es que ni la tumba de Rikyu ni la de Sansai fueron obra de talladores, ni se hicieron después de sus muertes. Son

Librodot

producto de una época más antigua que ellos y, durante su vida, ambos las apreciaron como obras de arte. Así, la belleza que contemplaban en vida se convirtió en su tumba, con la forma que siempre había tenido. Ciertamente fue un modo curioso de construir una tumba. El sentido estético de la persona enterrada asume la forma de la piedra de su tumba.

Rikyu hubiese podido diseñar la maqueta de una *stupa* exquisita. Pero si hubiera encomendado su ejecución a un tallador, de seguro no habría logrado la hermosa piedra que tenía en mente para su sepulcro. Para eso no hubiesen bastado todas las energías de la época. Además, hay cosas que poseen lo que se llama el "paso del tiempo", una cualidad que se adhiere aun a las piedras.
Es cierto que al comenzar la época Momoyama la fabricación de linternas de piedra seguía el gusto de los cultivadores de la ceremonia del té, y se produjeron linternas de extrañas y variadas figuras. Sin embargo, a pesar de esto, este tiempo, que siguió a la época de Kamakura, es de decadencia y, por ende, de deterioro del nivel del tono estético. Rikyu y Sansai escogieron entre las obras de arte heredadas de tiempos antiguos, que la energía de su época era incapaz de emular, aquellas piedras que más les gustaban, e hicieron de ellas sus propios sepulcros. Esto fue tal vez el extremo de la extravagancia y el orgullo. Pero también puede mirarse como un acto de pura elegancia y modestia. ¿No es acaso verdad que cuando visitamos estas tumbas, siglos después, nuestra sensibilidad se refina gracias a esa *stupa* y a esa vieja linterna? Rikyu estaba tan apegado a su stupa y Sansai a su linterna que las hicieron acarrear hasta el sitio en donde habían de ser enterrados. Puede pensarse que la belleza de sus vidas quedó fundida en la piedra de sus sepulcros.
Por esto cuando decidí ir a visitar el arte en piedra de Kamakura, lo primero que se me vino a la mente fueron las tumbas de Rikyu y de Sansai.

Un día en que hojeaba una colección de fotografías, alguien de mi familia, al mirar lo que hacía por encima de mi hombro, se dio cuenta de que la mayor parte de las fotografías eran de tumbas, y me preguntó:
–¿Cómo quieres que te hagamos la tuya?
A lo que contesté:
–Yo mismo voy a dejar comprada una piedra vieja que me guste.
Todavía se compran y venden como arte antiguo *stupa* y otras piezas buenas que pueden ser convertidas en tumbas. Me hacía la fantasía caprichosa de que si tuviera que construir mi propia tumba lo haría, a ejemplo de Rikyu y de Sansai, mientras todavía viviera, escogiendo la que más me gustara. Podía ser una *stupa* múltiple, un relicario, una pagoda, una lápida de una sola pieza. También podía ser un Buda o una linterna de piedra.

La sola consideración de que una piedra antigua y hermosa fuera mi tumba, me hacía llevadero el desagrado de pensar en cómo podría ser mi entierro. La gente que venga a orar ante mi tumba sentirá su hermosura. Será una belleza que yo aprecio pero que no ha sido fabricada por mí ni por mi época. Tendrá algo imposible de lograr hoy en día: una belleza que heredamos del antiguo Japón y que pasará hasta las generaciones posteriores en una piedra que no se destruye.
Mi corta existencia entrará en la larga vida que fluye en esa piedra. Ni mi nombre ni mi edad estarán grabados porque voy a usar la piedra tal como fue elaborada. La reconocerán como mi tumba únicamente aquellos que sepan de ella. Los demás pasarán de largo después de contemplar su discreta hermosura. Y cuando llegue el tiempo en que nadie identifique mi tumba, mi piedra seguirá ahí, hermosamente erguida, y trasmitirá un pedazo de la belleza de Japón.

Librodot

Mientras uno está vivo no hay razón para ponerse a pensar en la tumba que tendrá cuando muera. Pero cuando empiezan a multiplicarse las tumbas de los amigos y conocidos, hay momentos en que la idea nos pasa por la cabeza.
He visto construir tumbas para personas que siempre dijeron que no querían una. Mi capricho por tener una piedra como Rikyu y Sansai se debe tal vez a lo penoso que me resulta pensar en cómo será mi tumba. En este "valle de lágrimas" nada que se haga después de la muerte puede ser bello.
Un conocido que tiene un almacén de antigüedades me dijo que tenía una *stupa* de trece niveles del período Kamakura. Al mirar el jardín de mi casa, pensé en lo maravilloso que sería comprar la stupa y verla levantarse allí, erguida en medio de la hierba que he dejado que crezca silvestre.
–Cuando en la mitad del jardín tenga una stupa de trece niveles proveniente de la época de Kamakura, no voy a necesitar nada más.
No dije que deseaba que fuera mi tumba después de mi muerte.
El muchacho de la tienda de antigüedades me dijo que podía transportarla en un camión.
–Sin embargo, ensamblar las piezas será muy delicado porque debe medir como unos siete metros de altura. Habrá que traer rocas para hacerle unos cimientos profundos.
Incluso asumiendo que una stupa de siete metros de altura pudiera servir de tumba, esta sería visible de lejos. Resultaría muy alta y desconcertaría a la gente.

Las stupa de roca de una sola pieza de Rankei Doryo, el fundador del Kenchoji, y de Mugaku Sogen servían bellamente de tumbas. El cuerpo ovalado de estas stupa, de las cuales se dice que encierran a todos los seres del cielo y la tierra, produce una sensación de profundidad y elegancia. Cuando asisto a una ceremonia del té y contemplo una muestra caligráfica de Rankei o de Mugaku me viene a la mente la silueta de las lápidas de sus tumbas. Hay también una hilera de *stupa* en Kahuen-ji, labradas para sucesivas generaciones de monjes, sus ovaladas cabezas todas alineadas.
Me gustan las stupa hechas de una sola loza, pero esas siempre parecen señalar un sepulcro. Yo en todo caso preferiría evitar que un objeto que ya fue usado una vez por alguien que falleció primero, se convierta en lápida sepulcral de mi tumba. Pero si en este momento decidiera fabricar una *stupa* nueva, sin duda el resultado no sería agradable a la vista. Una vez más, las más bellas *stupa* de piedra hechas en una sola pieza fueron producidas durante el período Kamakura.

Si lo pienso bien, tengo la fortuna de vivir en Kamakura y de ver las obras en piedra de los templos mientras paseo. En el antiguo Japón no hubo construcciones en piedra ni grandes obras de arte esculpidas en roca. Se ha dicho que este es un signo de la fragilidad de la cultura japonesa. Y así debe ser, si pienso en lo austeras y simples que son las diferentes *stupa* (como las lápidas de una sola pieza, los relicarios de cenizas, las pagodas y los budas tallados en piedra que he visto en los templos de Kamakura). Son piedras viejas, de esas que se ocultan en el lado oscuro de las montañas y no poseen una belleza que obligue a levantar la mirada. Sin embargo, cuando una de estas rocas antiguas me llega a los ojos, una poderosa belleza que viene de adentro de la misma piedra me hace sentir una intimidad indescriptible con el Japón de otros tiempos.

Fue así como, cuando regresaba de ver las stupa de una sola pieza, mientras pisaba las hojas caídas del otoño, de repente me vino el recuerdo del crisantemo en la roca que había en la aldea de mis antepasados.
¿Si uno hace de esa roca la tumba de una mujer sin sepulcro, ese crisantemo hará entonces las veces de ofrenda? Es la historia de una mujer desafortunada, sin nombre, que venía de una familia de las montañas, una historia con un argumento ordinario: la mujer murió congelada esperando a su hombre detrás de la roca. La historia no es más.

Mi aldea queda en un valle al lado de un río en cuyas orillas y cauce se encuentran numerosas rocas. La mujer se ocultó detrás de una de ellas que destacaba por su tamaño. Si alguien hubiese pasado al lado de la roca no habría visto a la mujer. En la base había un charco pequeño y la sombra de la roca lo cubría de tal manera que no se distinguía la sombra del agua. Cansada de esperar, la mujer se subía de vez en cuando a la roca. Asomaba la cabeza y miraba el camino por donde había de llegar su hombre. La cara de mujer del espectro, que dicen se asoma por encima de la roca, debe tener la impresión de aquellos momentos. Para levantarse la mujer se paraba sobre la depresión de la roca. Por esta razón se sembró allí un crisantemo.

Salí por el portón del viejo templo de Kamakura y mientras cruzaba bajo una avenida de cedros me puse a conversar con el espectro de la mujer cuya cabeza flotaba sobre la roca de mi pueblo.
–Tienes el pelo mojado, ¿verdad? ¿Te lo empapó el llanto? ¿O fue que también de tu pelo rodaron lágrimas?
–Tal vez lo mojó la nieve de ayer. No tenía razón para llorar porque estaba feliz de esperarlo.
–Parece que va nevar de nuevo esta noche. ¡No te vayas a congelar! ¡Regresa a casa temprano! Hoy tampoco va a venir.
–Me dijo que lo esperara aquí. Seguro que viene si lo aguardo. Aunque regrese a casa mi corazón se quedará esperándolo detrás de la roca. Mi corazón y mi cuerpo pueden estar separados. Si permanezco aquí sólo con mi corazón tendré calor. No me dará frío.
–¿Y siempre esperas de esta manera?
–Me dijo que lo esperara aquí todos los días. Por eso estoy siempre aquí.
–Pero, ¿no crees que por más días que lo esperes, no ha de venir? Ya debes tener las manos y los pies congelados. ¿Qué te parece si plantas un crisantemo en esta roca y dejas que la flor lo espere en lugar tuyo?
–¡Mientras esté viva, voy a esperarlo! Si me muero aquí seguro florecerá un crisantemo que espere por mí.
–No creo que venga aunque una flor de crisantemo lo esté esperando.
–¡Él sí quiere venir! Pero por alguna razón no puede hacerlo. Cuando estoy en el sitio donde me dijo que lo esperara siento como si él ya hubiese llegado. Venga o no venga la persona a la que espera, el crisantemo permanecerá en flor sin cambiar de color. ¡A mí me pasa lo mismo!
–El color de tu semblante es distinto. ¡Parece como si fueras a morir congelada!
–Si la flor del otoño de este año se marchita, el crisantemo del otoño del año que viene florecerá una vez más. Seré feliz cuando un crisantemo ocupe mi puesto.

El espectro de la cabeza de la mujer se desvaneció. La flor de un crisantemo quedó flotando como una ilusión. La nieve comenzó a caer sobre la roca. La roca y el crisantemo se tiñeron de la misma blancura. Se hizo imposible percibir la flor. Después, el gris ceniza del crepúsculo lo envolvió todo: la nieve, la roca, el crisantemo.
Pensé en esa roca natural en medio de la montaña convertida, tal como es, en la tumba de una mujer. "Esto es lo que se llama una *stupa* de una sola pieza", musité para mí mismo. El nombre de la mujer no está grabado en esa roca enorme ni en el pequeño pozo que se encuentra a su sombra.

Hace muchísimo tiempo en Nan Yang, durante la dinastía Tang, Dai Zong le preguntó al gran maestro Zhong qué deseaba para después de su muerte.
"Levántame una *stupa* de una sola pieza", se dice que contestó. Este tipo de monumento tiene su origen en la descripción de la *stupa* del gran maestro que se cuenta en la *Crónica del desfiladero azul*.

Librodot

Lo que se llama "*stupa* de una sola pieza" es una loza entera sin uniones, un cuerpo de Buda imperceptible a los ojos. En este cuerpo sin forma ni figura están encerrados todos los seres. Por eso tomó la apariencia de un óvalo, como símbolo de aquello que no tiene fisura.
Las *stupa* de sucesivas generaciones que se ven en los cementerios de los templos se asemejan a filas de monjes de cabeza redonda. No cabe duda, sin embargo, de que las stupa de una sola pieza son obra de los hombres. La forma ovalada se les dio redondeando las piedras. Quizás una verdadera tumba sin fisuras seria una roca al natural. Como aquella roca de mi pueblo natal y muchas otras. ¿Es esa roca la tumba de una mujer sin sepultura? Si es así, no fue porque la mujer quisiera esa roca por tumba ni porque alguien hubiera levantado un sepulcro con ella. Fue porque un peñasco natural se convirtió espontáneamente en sepulcro. Pero, ¿existen lápidas sin fisuras? Aunque hay vidas de una sola pieza no creo que existan tumbas de una sola pieza. Si alguna existió, ¿no es aquella roca símbolo de una vida sin ninguna fisura? ¿No lo es también el crisantemo blanco que florece en la roca?

Mientras se abran flores en este mundo y se levanten rocas, yo no necesito construirme una tumba. Mi sepulcro será la naturaleza toda, todo el cielo y la tierra, y la leyenda de la mujer de mi pueblo natal.
Y así, pensando en que había podido pasearme contemplando las tumbas de la gente como si fueran obras de arte, mientras imaginaba con vanidad mi propia tumba, placer que me podía dar sólo porque estaba vivo, regresé a una Kamakura asaetada por los rayos del sol poniente.

Primera nieve en el Monte Fuji

I

–Ya hay nieve en el monte Fuji. Eso es nieve, ¿verdad? –dijo Jiro.
También Utako miró al Fuji desde la ventana del tren.
–¡Cierto! ¡La primera nieve!
–No son nubes, ¿verdad? Es nieve –insistió Jiro.
El Fuji estaba envuelto en nubes. La nieve de la cumbre tenía en el cielo encapotado un color semejante al de una nube blanca.
–¿Qué día es hoy? ¿Veintidós de septiembre?
–Sí. Mañana estaremos en mitad del *Higan*, en pleno equinoccio de otoño.
–Me pregunto si todos los años por esta época cae nieve en el monte Fuji. Tal vez la primera nevada... –después de decir esto, Jiro, como si se hubiera dado cuenta de algo, añadió–: Un momento, no podemos saber si esta es la primera nevada. Es la primera vez que vemos en este año al monte Fuji. Pero es probable que antes haya nevado.
–Creo que salió en el periódico. Había una gran fotografía con una frase que decía: "Primer maquillaje del monte Fuji".
–¿El periódico de cuándo?
–Me parece que el de esta mañana. No fue la edición vespertina de ayer.
–Pues yo no lo vi.
–¡Ah! ¿no? Entonces es que recibes un periódico distinto del nuestro.
–Pues será eso –comentó irónicamente Jiro.
–La foto era idéntica a como se ve aquí. Me acuerdo que decía que la habían tomado desde el avión del periódico. Las nubes se veían tal cual...
Jiro se quedó callado. En vista de lo cual Utako continuó diciendo:
–Si salió en el periódico de la mañana, la foto debió ser tomada ayer. Y ayer las nubes estaban dispuestas de la misma manera. Qué raro ¿no?, con lo rápido que se mueven las nubes, que la disposición sea la misma.

Librodot

Jiro, sin embargo, no creyó que Utako hubiera visto una fotografía del monte Fuji tan detenidamente como para afirmar: "La forma de las nubes es la misma".
Prueba de ello era que Utako sólo miró al Fuji cuando Jiro dijo: "Ya hay nieve en el monte Fuji". Hasta entonces ni siquiera se había percatado del él. Si era verdad que una foto que decía "Primer maquillaje del monte Fuji" le había llamado tanto la atención, Utako, viajando en un tren cuyo destino era Ito, debió haber visto el Fuji mucho antes que Jiro.

El tren ya había pasado Oiso.
Utako, pues, había recordado la fotografía en el periódico de esa mañana después de haber visto el monte Fuji, cuando Jiro le dijo: "Ya hay nieve en el Fuji". Pocas personas tienen razones para observar con tanto detenimiento una fotografía del monte Fuji en el periódico.
Pero si era cierto que hoy las nubes tenían la misma disposición que ayer, como decía Utako, tenía uno razones para sentirse sobrecogido por la naturaleza.
Aunque tal vez era normal que Utako, después de montarse en el tren con Jiro, olvidara la fotografía del monte Fuji en su primera nevada, pese a lo mucho que la había conmovido en la mañana.
Utako había sabido esa mañana que iba a tomar un tren con Jiro hacia Odawara. Muy probablemente guardó el recuerdo de la fotografía del periódico para poner el tema de la nieve cuando llegasen a un sitio desde donde se divisara el monte. Sin embargo, quizás le faltaran ánimos para hacerlo.

Utako había estado enamorada de Jiro siete u ocho años antes. Se casó, sin embargo, con otro hombre del cual se había divorciado hacía poco. Ahora iba con él camino de Hakone. Tenía muchas cosas en qué pensar.
–El periódico decía que la nieve llegaba hasta la octava estación. Aquella debe ser la octava estación... –mientras seguía hablando de la primera nevada en el monte Fuji, Utako observaba el perfil de Jiro.
Fue en el momento en que Jiro dijo sorprendido que había nieve en el Fuji cuando por primera vez le pareció a Utako que esa voz, como en otra época, se llenaba de vida.
En el trayecto desde Tokio hasta aquí, cuando Jiro respondía a los comentarios de Utako, su voz sonaba monótona. Utako pensó que Jiro estaba deprimido.
Él seguía contemplando el monte Fuji desde la ventana.
Utako se había adelgazado terriblemente. Jiro sentía la tentación de observar esa delgadez en detalle. No era necesariamente un sentimiento cruel. Era más bien amor. Sin embargo, cuanto más quería verla menos podía contemplarla.
–Sobre lo que estábamos hablando hace un momento... –dijo Utako.
Utako volvió a llevar la conversación desde el Fuji a sus propios asuntos.
–¿Te refieres a Someya?
–Sí –contestó Utako y, haciendo una pausa, continuó–: En lo que a mí respecta en este momento, y en lo posible, me gustaría mirar las cosas con tolerancia, sin pensar en lo que pueda suceder.
–Ajá.
–Seguir resentida con Someya no me va a servir de nada.
–Tienes toda la razón.
–Si pienso en la forma como se produjo la separación, creo que al principio fue mi culpa. O bueno, no sólo al principio. Viéndolo bien, yo tuve parte de la responsabilidad en todo.
–Pero si vas a mirar a las personas con tolerancia, ¿no sería mejor empezar por ti misma?
–¡Perfecto! Decimos que vamos a ser tolerantes con los demás para poder tratarnos bien a nosotros mismos –comentó Utako con una sonrisa.

Librodot

Utako de muchacha tenía una sonrisa clara. La sonrisa de la Utako de ahora se torcía tristemente. Una de las comisuras de los labios se levantaba levemente con un movimiento nervioso.
–Pero eso no es lo único. Estoy agotada y no me quedan ánimos. Tal vez cuando estamos cansados la tolerancia es la actitud más cómoda.
–¿Fue eso en lo que se convirtió la vida con Someya? ¿En una pelea continua?
–Así fue. Cuando las cosas se desvían en una pareja no hay nada ya que la pueda salvar. Pero, tal vez fui yo la que aguantó más. Porque la que permanece en casa y soporta todo es la mujer...
–Sin embargo parece que te fue muy duro romper con Someya. Mucho más que cuando rompiste conmigo.
–¡Ah! ¡Qué cruel decir esas cosas ahora! En aquellos tiempos yo no comprendía nada. Es ahora cuando debo sobrellevar el haberme separado una vez de ti.
Jiro se quedó sin palabras.
–Lo que tuve que soportar hasta el momento de la separación fue más doloroso que la separación misma. Jiro asintió.
–Además están los hijos.
–Sobre los hijos ya te había preguntado antes –dijo Jiro. Y dejando de mirar la nieve del Fuji fijó los ojos en la cara de Utako y escupió estas palabras–: Puesto que mencionas hijos: tus hijos de ahora seguirán creciendo aunque tú no estés con ellos. Pero cuando te separaste de mí matamos un hijo por habernos separado.
Jiro pensó que hubiera sido mejor no haber dicho estas palabras.
Los párpados inferiores y las mejillas de Utako temblaban de miedo. Aún la punta de sus dedos se estremecía.
–En aquella época yo no sabía nada de niños.
Jiro, al ver que los ojos de Utako se llenaban de lágrimas, le dijo:
–Sí, supongo que tienes razón. Pero más que otra cosa la culpa fue de la guerra. Eso es lo que creo.
Utako sacudió la cabeza.
–Cuando me dijeron que estaba embarazada me sentí profundamente confundida. Tan confundida estaba que no podía entender absolutamente nada.
Una vez más, los ojos de Utako se llenaron de lágrimas.
Utako no recordaba el hijo muerto que había tenido con Jiro. Sólo pensaba en los dos niños que había dejado en casa de Someya.
–Para mí es un hecho que estabas profundamente confundida. Pero fue quizás por ese embarazo por lo que nos separamos los dos... –dijo Jiro.
Utako se esforzó por recordar al hijo de Jiro olvidando por un rato a los hijos de Someya.
Sin embargo, el hijo de Jiro le había sido arrancado tan pronto como lo dio a luz y no pudo preguntar nada sobre su paradero.
Sucedió en el año en que terminó la guerra. Los padres de Utako sospecharon de su embarazo y descubrieron su relación con Jiro. Con este pretexto la familia toda abandonó Tokio y se refugió en una aldea pequeña del campo. Puesto que allí no conocían a nadie, simplemente dijeron que habían traído a su hija ya casada para que pudiese dar a luz en el campo.

El padre de Utako permanecía en Tokio la mayor parte del tiempo a causa del trabajo. La madre condujo a Utako a un Tokio que era blanco de bombardeos aéreos. Utako llevaba al niño en sus brazos. Habían ido con el propósito de abandonarlo. Utako ansiaba encontrarse con Jiro pero al otro día de haber entregado el bebé a un desconocido, regresaron al campo.
Después de terminada la guerra, le contaron a Utako que el niño había muerto en el lugar en donde había sido adoptado.
–¿Pero sí habrá muerto realmente? –dijo Utako. Jiro miró hacia otro lado.
–De vez en cuando pienso en qué puede pasar si todavía está vivo.

–Estoy seguro de que está muerto.
–Si estuviese vivo y me lo encontrase en algún sitio, ¿podría reconocerlo?
–Ya está bien de hablar de un niño muerto.
Jiro no tenía deseos de hablar con Utako no sólo del bebé muerto sino de ninguna otra cosa sucedida en el pasado.

II

Todavía no se habían secado las lágrimas de Utako, por lo que tomaron un taxi desde Odawara. Tenía rojos los bordes de los ojos. Aunque no había llegado a llorar, parecía como si lo hubiese hecho. Tal vez se debía a que el cansancio del cuerpo y del alma había afectado sus párpados. Con sólo decirle algo los ojos se le llenaban de lágrimas.
Jiro hubiera querido contemplar el rostro que Utako tenía en otro tiempo. Era doloroso mirar a la Utako demacrada de ahora. Así, tratando de buscar en la Utako de ahora la Utako de entonces y de intentar no ver a la Utako que tenía delante, también sus ojos terminaron agotados. Jiro no sabía a dónde dirigir la mirada para no hacerla sentir que estaba mirando su cara ojerosa.

Cuando se pasaron del tren al automóvil, Jiro pensó que iba a sentir más las facciones de la Utako de otros tiempos. Tal vez Utako iba a ser diferente de la del tren ahora que los dos habían quedado solos en un automóvil.
De tal manera se esforzaba Jiro por recuperar las facciones de la Utako de ayer, que su corazón maquinaba argumentos como el siguiente:
Hay un poeta que dice que cuando ha pasado el tiempo y vuelve a cantar la voz de lo que una vez resonó, felicidad y tristeza se funden en una sola canción. Pero, ¿a qué le podríamos llamar "canción"?, se preguntó Jiro.
El automóvil pasó delante de las ruinas del castillo de Odawara. Jiro contemplaba el bosquecillo que allí se extiende, cuando Utako dijo con voz queda:
–Jiro, ¿tú conoces a la familia que adoptó al bebé? Para poder hablar en voz baja Utako reclinó el cuerpo sobre Jiro. Jiro buscó perplejo una respuesta:
–No hablemos más de ese asunto.
–¡Ah! Entonces sabías algo, ¿verdad? –dijo sorprendida Utako–. ¿Cómo hiciste para averiguarlo?
–Me lo contó tu papá. Le llegó una carta que decía que el niño había muerto.
–¡Ah! ¿Mi papá?
–Creo que la intención de tu papá fue decirme que con esto se había roto el lazo que nos unía. En ese momento estábamos perdiendo la guerra y probablemente él estaba desanimado. Se sintió culpable. Tal vez por eso pensó contármelo todo.
–¿Quieres decir que mi papá te lo contó? –repitió Utako como si no pudiera creerlo.
Entonces se reclinó suavemente sobre Jiro. Jiro no supo si Utako se le había acercado como atraída por una cierta intimidad o se le estaba aferrando porque la había abandonado la fuerza que la sostenía.
Al sentir el calor de Jiro, Utako cerró los ojos.
Jiro esperó a que Utako siguiera hablando. Como no decía nada susurró:
–Si quieres reclinarte bien puedes hacerlo.
Utako movió la cabeza pero no se apretó más a Jiro. Por el contrario, endureció un poco la espalda y permaneció inmóvil.
–Aunque mi papá te haya contado lo que pasó tampoco es que sepamos si lo que dijo es verdad o no. Eso es lo que siento en este momento en que estoy contigo de esta manera dijo Utako pausadamente con voz queda.

Librodot

Era como el susurro de un enamorado. Al apoyar su cuerpo en Jiro las rodillas le estaban temblando. Para controlarse, Utako habló del bebé que había tenido con Jiro pero procurando evocar los niños que había tenido que dejar en casa de Someya.
Utako se dio cuenta de que Jiro le tenía lástima y algo en ella se mantuvo inamovible, reacio a entregar su corazón.
Eso mismo pensé yo. Pero la verdad de lo que me contó tu padre es un hecho respondió Jiro.
Jiro recordaba haber recibido una carta que hablaba de la muerte del bebé, ir a donde el padre de Utako, preguntar por la dirección de la casa en donde lo habían adoptado y haber ido hasta allí para expresar sus condolencias. De esto, sin embargo, no contó nada a Utako.
De repente Jiro dijo con fuerza:
–Pero no me arrepiento de nada de lo que pasó entonces.
Utako se asustó y pareció apartarse de Jiro pero inmediatamente se recostó en él como si hubiese asentido a lo dicho.
–Y esto lo digo aunque haya tenido consecuencias para tu vida matrimonial...
–¡No! ¡Nada de eso! ¡Todo lo contrario! –replicó Utako sacudiendo la cabeza. ¡Eso no es cierto!

El automóvil había salido del centro de Odawara. Corría por una calle con una hilera de cerezos.
–De parte de Someya no hubo nada de eso –corrigió Utako lo dicho. Si algo así hubiese sucedido creo que no me habría venido contigo de esta manera.
El automóvil pasó en frente de los baños de Yumoto. Jiro había quedado en silencio. El trayecto en automóvil de Miyanoshita a Gora resultó inesperadamente corto.
–Cuando vine en tren la última vez me pareció larguísimo. Estábamos en verano. Unas hortensias gigantes llenaban el jardín de la estación del tren. ¡Estaban bellísimas! –dijo Jiro.
–¿Viste en el camino de venida que las higanbana están florecidas? comentó Utako.

En Gora, las residencias que pertenecieron a lo que se conoció como el *zaibatsu*, fueron convertidas en albergues después de la guerra. El que eligieron era uno de los muchos que allí había. En el jardín quedaban algunos árboles de un bosque que existió en otro tiempo en esa planicie. La casa no era el tipo de construcción propio de un albergue.
Los dueños habían tenido reparos a la hora de cortar árboles que habían estado creciendo allí desde cuando la planicie estuvo cubierta de bosques naturales.
La habitación a donde fueron llevados Utako y Jiro estaba sombreada de árboles.
Ninguno de los dos conocía el nombre de esos árboles. Sin embargo, les produjo una sensación de paz sentarse a contemplar los innumerables troncos que había cerca de la baranda.
¡Qué lindo sitio! ¿No? Me parece estar soñando dijo Utako maravillada mirando a Jiro. Más que un sueño me parece haber despertado de una pesadilla. ¡Qué vida tan espantosa la que he tenido!
–¡Bonito sitio escogimos! –comentó Jiro sencillamente.
–Si, todavía quedan sitios así –dijo Utako contemplando las numerosas rocas del jardín y pensando en traer de paseo a los niños. A pesar de que después tendría que separarse de ellos, imaginaba lo bueno que sería llevarlos con calma a divertirse un día entero en un sitio como éste. Después podría despedirlos.
–Cuando mi casa se quemó en los bombardeos de Tokio, alquilé una habitación en un templo budista en el campo por los lados de Musashino. Un maestro de *uta* había extendido un tatami en la bodega que quedaba del otro lado del jardín. Algunas veces venían a tocar el tambor y la flauta. Cuando oía ese tambor y esa flauta me acordaba de ti. Me dolía hasta el alma.
Los ojos de Utako brillaron de felicidad.
–¿Te acompañaba tu mamá?
–Sí. Mamá y mi hermana mayor. Estábamos los tres.

Librodot

–¿Y tu hermana cuándo se casó?
–Hace como unos cuatro años.
¿Cuándo se casaría Jiro? Utako no lo había preguntado todavía. Se había propuesto no decir nada sobre la esposa de Jiro.
Jiro continuó su historia:
–El bonzo del templo también practicaba *uta*. Parece que el maestro había venido a solicitud de él. En una ocasión le alabé el canto al bonzo, quien me dijo que él no tenía remedio porque la voz siempre le salía como si recitara *nutras*. El pecho se me estremecía cuando el maestro gritaba *yo o ho* o cuando resonaba el tambor.
Además de tener el corazón destrozado estaba mal alimentado. Me sentía débil. Me parecía extraño escuchar el golpe de un tambor y el sonido de una flauta en medio de una guerra que estábamos perdiendo. Me parecía una cosa extraordinaria, ¿sabes? Tal vez aquella gente no tenía otra cosa que hacer pero... a nosotros nos faltó esa tenacidad para pensar que no teníamos más remedio que tocar flauta. Nos derrotamos completamente además de perder la guerra.
–Yo era todavía una niña que no entendía nada –dijo Utako y añadió–: Pero creo que tienes razón: yo he debido estar allí, tocando la flauta contigo. Por no hacerlo terminé de esta manera.
La muchacha del servicio vino de nuevo a recomendarles que entraran al baño. Era la segunda vez que lo hacía.
–Acabo de probar el agua caliente. Pueden seguir... –dijo la muchacha.
–Gracias. Pero, no trajimos toallas...
–Les llevaré unas al cuarto de baño.
Cuando se marchó la muchacha, Utako comentó con la cara encendida:
–¡Qué vergüenza! ¡Venirnos sin toalla! ¿Qué van a pensar de nosotros?

Jiro y Utako no se habían visto hoy con el propósito de venir a Hakone.
Se habían citado en Ginza y habían almorzado tarde. Cuando Jiro fue a despedir a Utako hasta la estación de Shimbashi, mientras ella compraba el tiquete, él se puso a mirar el horario de trenes de la línea del Tokaido.
–¿Qué te parece si nos vamos ahora a Hakone? –le espetó sin aviso.
–¿Hoy...? ¿Ahora...?
Utako quedó como clavada en el piso.
Jiro no tenía en mente ningún propósito especial como para poner tensa a Utako cuando le preguntó si iban a Hakone.
Era sólo que la veía tan terriblemente acabada... Estaba sensible como si temiese algo y sus nervios tan lastimados que se le notaba en la cara. Jiro se sintió incapaz de enfrentar la despedida.
Sin embargo, Jiro anticipó que si se metían en el agua termal iba a verse obligado a mirar por completo el cambio y devastación que había sufrido el cuerpo de Utako, arruinado por un matrimonio de siete u ocho años.
Cuando Jiro salió para el baño Utako no se había cambiado todavía a la yukata que proveía el albergue. Ni siquiera se había quitado las medias.

III

Jiro no tenía deseos de bañarse en el agua sulfurosa de la fuente termal por lo que, después de sumergirse una vez, se sentó en el borde de la tina a mirar distraídamente hacia afuera. El agua caliente que salía por las llaves en la zona de limpieza estaba fresca, pero no le atraía la idea de usar el jabón suministrado por el albergue.
–¿Puedo entrar? –preguntó Utako.
–¡Claro! ¡Sigue! –le respondió Jiro.

Librodot

Utako corrió ligeramente la puerta del vestíbulo del cuarto de baño y dijo mientras permanecía de pie con una mano sobre la puerta:
–Estaba colgando tu camisa cuando entró la muchacha del servicio y me dijo: "Señora, déjeme, yo se la cuelgo. Siga al baño". Me hizo sentir incómoda.
Utako todavía llevaba su sastre color marrón claro y traía la *yukata* colgada del brazo. Se quedó mirando con inocencia en dirección a Jiro desnudo. Esto tomó por sorpresa a Jiro.
–Puesto que este es un lugar de aguas termales, no nos perdonarán si no nos bañamos.
–Cierto –dijo Utako y, en seguida, después de cerrar la puerta, se preparó, sin siquiera probar la temperatura, para meterse en el agua.
Jiro sólo alcanzó a percibir el color de la piel. Después retiró la mirada. Su tez blanca tenía un hermoso color.
Utako se sumergió hasta el cuello y quedó inmóvil.
Jiro siguió mirando en la misma dirección, hacia afuera. Unas flores blancas de trébol caían detrás de una roca cerca de la ventana del baño. Utako dijo con un movimiento de hombros:
–A mí me resulta extraño, a decir verdad. Mientras estuve viviendo con Someya no nos vimos ni una sola vez. Pero tan pronto como me separo de él me encuentro de repente contigo. Pienso que estas cosas deben pasar en el mundo. Pienso que tal vez un dios así las dispone –y añadió alegremente–: Tú estabas en Tokio, ¿no es así? Por muy extenso que sea Tokio, en siete u ocho años tuvimos que habernos encontrado en algún sitio.
–Sin embargo, es posible que nos cruzáramos sin darnos cuenta mientras caminábamos por aceras opuestas, ¿verdad? Si uno de los dos lo advirtió, tal vez siguió de largo haciéndose el desentendido o se escondió en la esquina siguiente...
–¿Que qué? ¿Uno de los dos? ¿A quién te refieres? ¿A ti o a mí?
–Yo no estoy diciéndote que haya sucedido de esta manera.
–Pero yo nunca salía a la calle... Cuando los niños están pequeños, la mamá no puede salir de casa –se corrigió Utako.
Utako recordó que durante el tiempo de su matrimonio con Someya la asustaba pensar en cómo iría a reaccionar si se llegara a encontrar con Jiro.
Por su parte, Jiro recordó cuántas veces al final de la guerra, el corazón le había dado un vuelco al percibir en un tren atestado de gente una silueta o un perfil parecido al de Utako entre las personas que huían de los bombardeos, aunque sabía que Utako se había refugiado en el campo.
–Cuando nos vemos con alguien lo hacemos en sitios comunes, ¿verdad? Yo pensaba que si me encontraba contigo tenía que ser en un lugar maravilloso. Pero la gente que nos vio estrellarnos tuvo que haberse reído. No debimos parecer dos personas que se encontraban después de siete u ocho años de haber sido separados –dijo riéndose Utako.

Se habían encontrado en la estación del tren de Shinbashi. Utako subía hacia el andén por las escaleras cuando vio a un hombre parecido a Jiro que estaba a punto de montarse al vagón. Al lanzarse hacia la puerta divisó la cara de Jiro mirando desde dentro del tren. Las puertas se cerraron justo en el momento en que el cuerpo de Jiro, que saltaba del vagón hacia afuera, y el de Utako, que iba a subir, chocaban delante de la entrada.
Ese día prometieron volverse a ver. Hoy era la segunda vez que se encontraban.
Utako comentó poniéndose una mano sobre el esternón:
–Me he adelgazado, ¿verdad? –y añadió–: Sin embargo estoy un poco mejor que cuando volví del campo.
–¡No me digas!
Al entrar en el agua caliente retornó a Jiro la ternura que siente el hombre hacia la mujer que ha dado a luz a sus hijos. Era como si viese la piel de una nueva mujer. Jiro estaba perdiendo su rumbo.
–También cuando me separé de ti en la época en que di a luz estuve muy flaca. Pero no tanto como ahora. Después de todo era más joven.

Jiro creyó no recordar con claridad el cuerpo de la Utako de entonces, aunque había pensado que no iba a olvidarlo.
–Lo que pasa es que yo estaba joven y eran aquellos tiempos. Me sentía como si yo fuera la única persona que hubiera hecho algo malo. Por eso abandoné la idea de seguir contigo. De eso estoy convencida. La guerra separó a numerosos amantes, a muchas parejas de esposos.

Utako fue reclutada para trabajar en una fábrica que hacía armas. Cada vez que se acuerda de ello, le resulta difícil creer lo horrible que fue para ella, lo desgraciada y castigada que se sintió de tener que ir embarazada a trabajar.
–Me casé con Someya por circunstancias de la guerra sin saber de qué se trataba –dijo Utako, y los ojos se le llenaron de nuevo de lágrimas–. Hoy en día, cuando digo estas cosas el corazón me empieza a saltar violentamente. Unas veces Someya me golpeaba. Otras discutíamos. Me agitaba y sufría tanto que pensé que me iba a morir si eso seguía así –añadió Utako. Utako se cubrió el pecho con las manos, salió del agua y se sentó en el sitio de enjuagarse.
–La guerra aplastó nuestra juventud. Al menos yo te tuve a ti. Pero te hice sufrir...
–¡No! ¡Eso no es cierto!
–Recuerda que me dijiste que ibas a ser tolerante con la gente.
–Sí. Cuando regresé a casa de mis padres entendí cuán débil estaba. Me di cuenta que si no intentaba ver las cosas de esa manera no podría salvarme.
–Unas veces te odié profundamente y otras me eché la culpa de todo. Pero en medio de la vida miserable que llevaban los japoneses de entonces comprendí que lo que estaba haciendo era tenerme lástima a mí mismo, sentir nostalgia de mi juventud. En mitad de semejante horror de guerra yo había tenido una novia llamada Utako. Y estaba aferrado a ella.
–¡Qué feliz me siento al oírte!

De pie uno al lado del otro se secaron el cuerpo.
Jiro sintió la necesidad de robar una mirada a la silueta de Utako de espaldas. Por otro lado le parecía extraño que Utako no mostrara curiosidad por su cuerpo. No parecía querer mirarlo. Tal vez era modestia femenina. Tal vez era esa capacidad de entrega que hace que una mujer pueda simplemente volver a vivir en el pasado. Después de haber entrado juntos al baño la intimidad de Utako con él había contagiado a Jiro. La cena fue silenciosamente agradable.
El apartamento tenía dos habitaciones: una de seis *tatami* y otra de tres. Una vez que la muchacha del servicio corrió la mesita de la cena hasta la habitación de tres *tatami* y dejó preparadas las camas, los dos se acostaron. Aún era temprano.
–¿Quieres pasar la noche conversando? –susurró Utako–. Pero no de cosas desagradables.
Jiro envolvió a Utako en sus brazos y la atrajo hacia sí.
–¿Últimamente estás durmiendo bien?
–¡Siempre estoy tan cansada!
Jiro no supo si Utako podía dormir porque estaba cansada o si no podía dormir por exceso de cansancio.
–Abrázame como lo hacías en otro tiempo –pidió Utako quedándose inmóvil.
–¿Cómo era que lo hacía? –preguntó Jiro un poco perdido.
Utako se rió:
–¡Qué desilusión! ¿Ya se te olvidó?
–¡Tú eras tan tranquila!
–Es que no tenía idea de nada.
Jiro entrecerró los ojos. Intentó evocar los barrios de Tokio en llamas por los bombardeos. Recordó los cadáveres destrozados. Era su método de mantener bajo control sus deseos. Solía usar este método cuando su esposa estaba indispuesta y le daba resultado.
Una vez al terminar la guerra fue con un amigo a un sitio de mala fama. La mujer había comenzado a contar que se le había muerto la familia en un bombardeo. Jiro no le hacía

Librodot

mucho caso. La mujer, viendo que parecía no creer lo que estaba diciendo, se explayó en la descripción del estado de los cadáveres. Jiro no dudaba de que las cosas que había visto fueran ciertas pero aun así no necesariamente tenían que ver con ella. Recordó los cadáveres que él mismo había encontrado.

–¿Qué te está pasando? –le había preguntado la mujer.

–Que le tengo alergia a la guerra –había contestado Jiro simplemente.

También ahora, mientras abrazaba a Utako como en otros tiempos, tuvo éxito el método de Jiro.

Utako buscó la mejilla de Jiro en las tinieblas como si estuviese diciendo ¿Qué te está pasando?

–¿En qué estás pensando?

–En una cosa desagradable del tiempo de la guerra. Utako sospechó que Jiro había pensado en su esposa. Jiro acarició suavemente el pelo de Utako.

Tuvo la sensación natural de que tanto el viaje repentino a Hakone como el estar acostados en mitad de la noche había sucedido como si lo hubieran planeado. Tal vez se debía a que Utako se mostraba tan dócil. Sin embargo no cabía duda de que su actitud se debía a que Utako estaba profundamente lesionada y había llegado al límite del agotamiento.

–Si no hubiera habido guerra habría estado así contigo todo este tiempo, desde aquella época hasta este momento.

–Sin embargo, fue en aquella fábrica en donde nos conocimos, ¿recuerdas? Sin guerra no hubieras ido a la fábrica.

–Pienso que, si no nos hubiéramos encontrado en la fábrica, con seguridad habría sido en otro lugar.

Jiro era consciente de que el pelo de Utako poseía un olor único, diferente del de las demás mujeres. ¿Qué había cambiado a lo largo de siete u ocho años de matrimonio en la niña suave de otro tiempo que había dado a luz a dos hijos? Jiro sintió celos. Se sintió atraído. Pero de nuevo se llenó la cabeza con las imágenes de cadáveres de la guerra.

Utako estaba tan terriblemente demacrada que no fue capaz de despedirse de ella en la estación del tren y terminó trayéndola hasta este lugar. El corazón de Jiro se decía que también él tenía responsabilidad en ese desgaste. Trataba de convencerse a sí mismo de que no estaba abrazando a Utako porque sintiera renacer el deseo por ella.

Aun asumiendo que lo que sentía no era deseo, a Jiro le pareció aterrador que la imagen de un cadáver desgarrado por la guerra tuviese un efecto casi milagroso.

Utako se había confiado a Jiro y era toda ternura. Sin embargo, también él empezó a sentir en sus manos que la fuerza lo abandonaba como al cuerpo de ella. Sí, Utako parecía relajada porque estaba tranquila. Pero al mismo tiempo se sentía triste, como una llamita que se consume.

Cuando en la estación de Shinbashi, Jiro de repente le había propuesto ir a Hakone, se había quedado sin aliento. ¿Había sido ese un gesto sin motivo? En aquel momento la idea de procurar resistir cuanto fuera posible había pasado por su cabeza como un relámpago, pero ahora el sólo pensarlo la entristecía. Utako permaneció quieta por un rato. Después comenzó a sollozar y reclinó la cara en Jiro. Jiro quedó sorprendido al sentir que las mejillas de Utako estaban bañadas en lágrimas. Las enjugó con la palma de la mano.

–Lloro mucho, ¿verdad? –dijo riéndose–. Mis papás viven sorprendidos de eso.

–Tienes los nervios completamente destrozados. Los divorcios son de verdad una cosa espantosa.

–Eso no es cierto. Todo lo que uno tiene que aguantar hasta separarse es lo que es verdaderamente duro. ¿No te lo había dicho ya? Cuando se rompen las amarras de tanto sufrimiento, el cuerpo se siente como si flotara en el espacio.

–Seguro que yo también tuve algo de culpa en que te fuera tan mal en el matrimonio. Pues a escondidas yo rezaba por tu felicidad. Era una buena intención. Pero he debido ser más exigente conmigo mismo.

Librodot

–Eso nada tuvo que ver contigo. Te dije que no quería hablar de cosas desagradables pero, ¿no te molesta si hablo un poco sobre lo que sucedió antes de mi separación de Someya...? –dijo Utako buscando la mano de Jiro–. Ni en sueños imaginé que hubiese un momento en el que oirías mi historia. Tampoco pensé que podría llegar a encontrarte.

IV

Al despertar Jiro a la mañana siguiente, Utako dormía de espaldas a él. Tenía las piernas ligeramente dobladas. Vista desde atrás la silueta del cuerpo dormido tenía un abandono inocente. Jiro sonrió y alargando la mano le rozó el cabello.
Utako se volvió dormida para darle la cara. Jiro quedó sorprendido por esa sensibilidad y retiró la mano. Pero Utako no se había despertado.
Los postigos exteriores de las ventanas no tenían rendijas. Sólo había una débil claridad en la habitación. Jiro se quedó mirando la cara de Utako y sintió revivir el amor que en otro tiempo había sentido por ella. Tuvo la impresión de que su rostro no había cambiado. Jiro cerró los ojos pero ya no tenía deseos de dormir más. Se levantó y se fue a los termales.
Cuando regresó del baño, Utako estaba acostada en mitad del lecho con los ojos abiertos.
–¿Ya fuiste a bañarte? ¿Y no me despertaste?
–Son las nueve.
–¿Las nueve...? ¡Qué descarada! ¡Hacía tiempo que no dormía de esta manera!
–Pues qué bueno. Anoche te dormiste primero que yo. Como hacia las doce.
–¡Nueve horas! Ah, ah! ¡Qué bien me siento!
Utako se envolvió en esa sensación y no se levantó enseguida.
–Te dormiste toda acurrucada de espaldas a mí.
–¿Ah, sí?
–Tal vez tenías la costumbre de dormir de espaldas a Someya.
–¿Será eso? –musitó Utako. Y, levantándose, miró a Jiro a la cara.

Utako se fue a los termales y no regresó hasta pasado un buen rato. Mientras la muchacha del servicio arreglaba la habitación Jiro salió a caminar por el jardín.
Se recostó en el tronco de un gran árbol y volviéndose a ella, que se maquillaba en la habitación frente al espejo, le preguntó:
–¿Qué tal si vamos al lago de Ashinoko?
–¿A Ashinoko?
–Tal vez la superficie del lago refleje el Fuji cubierto con la primera nieve. Porque está haciendo un tiempo magnífico.
–Además hoy es *Higan*, ¿verdad?
–Me contaron que de aquí mismo sale el teleférico. Después hay un bus que lo lleva a uno hasta un sitio en el que se puede tomar un barco que le da la vuelta al lago.
–¡Qué bueno! –dijo Utako asomando la cabeza por un lado del espejo–. Y ¿tú vas a ir? Porque yo no tengo ganas de moverme. Quiero quedarme aquí tranquila donde estoy.
–Pues, si es así, nos quedamos. Jiro subió desde el jardín hasta donde estaba Utako.
–Te diste un baño largo, ¿no?
–Desde los termales se pueden ver las montañas maravillosamente. Me distraje contemplándolas. ¿Qué habría pasado si hubiésemos venido cuando nos conocimos? Me senté a imaginar que había venido contigo en ese entonces y a soñar con lo que habría sucedido.
–Ya veo –dijo Jiro agachando la cabeza–. Pero antiguamente un hombre no podía ir a un balneario acompañado de una muchacha, ¿o sí?
–Y ahora ella va sólo para que la compadezcan y la velen.
Jiro no fue capaz de responder.
–Pero, dejémoslo así. Estuve pensando que las personas tienen las cosas que necesitan de acuerdo a los tiempos. Y yo lo que más necesito en este momento es simpatía y consuelo.

Librodot

Jiro y Utako tomaron el desayuno tranquilamente. Pausadamente.
Utako sirvió el desayuno que la muchacha del servicio había deslizado a través de la puerta. Y esta espontánea intimidad pareció a Jiro maravillosa. Las palabras que Utako había dicho acongojaron a Jiro. Sin embargo, no habían pasado la noche de esa manera porque le hubiese decepcionado el cuerpo acabado de Utako o por temor a consecuencias complicadas. No iba a negar tajantemente que hubiera habido algo de eso, pero tampoco creía que las cosas fueran de esa manera.
Tal vez si hubiese pasado una noche como esta en compañía de una mujer a quien acabara de conocer, se habría sentido incómodo a la mañana siguiente. Con seguridad no hubiera tenido la intimidad que sintió con Utako. Pero también esto era algo difícil de decir.
–Cuando nos separamos, también yo creí desesperadamente que era el final. Pero entre los dos todavía quedaba algo importante. Conservémoslo con cuidado.
–Hablas como quien propone un enigma.
–Es que es como un enigma.
–¿Un enigma insoluble? ¿O un enigma que puede resolverse? –dijo Utako como haciéndose la pregunta a sí misma mientras meneaba la cabeza.
–¿No crees que no hay mayor felicidad que la de dos personas que se encuentran después de largo tiempo de separación y se ven sin resentimiento?
–Eso es cierto.

Pasadas las dos de la tarde Utako y Jiro tomaron el bus y se bajaron en Odawara. Desde la ventana del tren que se dirigía a Tokio en dirección contraria a la de la víspera, los dos volvieron a contemplar la primera nieve del Fuji.
–Ahora que no hay nubes se puede ver todo el monte.
–Ahora que no hay nubes se ve que sólo hay un parchecito de nieve en la cumbre. ¡Nada del otro mundo!, ¿verdad?
–¿Sí crees? –dijo Utako tocando desprevenidamente la mano de Jiro–. ¿No será porque ayer también lo miramos? Hasta el monte Fuji puede resultar aburrido cuando se lo mira constantemente.
Jiro comprendió que Utako estaba sintiendo la despedida.
–¡Gracias por haberme invitado a venir! Lo pasé muy bien. Seguro que ahora sí me voy a mejorar.
La intensidad de las palabras de Utako nubló el entrecejo de Jiro.
–¡De verdad que sí! –le aseguró Utako y tomó las manos de Jiro entre sus dos palmas.
Jiro siguió mirando la primera nieve del monte Fuji.

Sin palabras

Se dice que Omiya Akifusa no volverá a decir una palabra. El novelista, que tiene sesenta años, tampoco volverá a escribir una sola letra. Es decir, además de que no volverá a escribir novelas, no volverá a escribir ni siquiera una palabra suelta.
Su mano derecha está paralizada, tanto como su lengua. Pero parece que conserva algún movimiento en la izquierda, por lo que creo que, si quisiera, podría escribir. No tiene que ser una frase perfecta. Podría escribir con trazos gigantes de *katakana* cuando necesite algo. Aunque haya quedado impedido para hablar y hacer gestos podría escribir así sea con un *katakana* quebrado como medio para comunicar lo que siente. Así, al menos, los malentendidos serian menores.
Por muy confusas que sean las palabras, ciertamente son más fáciles de entender que un gesto torpe. Supongamos que el viejo Akifusa quisiese mostrar, con los labios estirados para sorber o con el ademán de una mano que se lleva una copa a la boca, que desea beber algo. Le

Librodot

quedaría muy difícil expresar cuál de estas cuatro bebidas es la que quiere: agua, té, leche, un remedio. ¿Cómo distinguiríamos entre el agua y el té? Sería más claro si pudiese escribir 'agua' o 'té'. Aún más, con la simple letra *a* o *t* se le entendería.
Resulta extraño, ¿verdad?, que un hombre que pasó más de cuarenta años de su vida usando letras y caracteres para escribir palabras, las haya perdido por completo. Todavía conoce la delicadeza y precisión de su extraordinario poder pero se encuentra prisionero de ellas. Las simples letras *a* o *t* serían mucho más elocuentes que todas las palabras que estuvo escribiendo como un caudal torrencial a lo largo de su vida. Creo que poseen más fuerza.
Planeé que estas serían las palabras que le diría cuando le hiciera una visita.

Para ir en automóvil de Kamakura a Zushi hay que atravesar un túnel y el camino no es muy agradable. Justo antes del túnel hay un crematorio. Y existe el rumor de que últimamente aparece por allí un fantasma. Dicen que el espectro de una mujer joven se sube a los automóviles que pasan debajo del crematorio en la noche.
Puesto que era todavía de día no tenía por qué preocuparme. Sin embargo, le pregunté al conductor, que parecía una persona amable.
–Yo todavía no la he visto. Pero en la empresa hay alguien a quien ya le pasó. Y no sólo en la nuestra. También a taxistas de otras compañías les ha pasado lo mismo. Por eso, cuando tenemos que tomar esta ruta de noche, hemos acordado ir con algún compañero –dijo el conductor. Parecía un tema que ya había repetido tantas veces que le resultaba molesto.
–¿Y por dónde sale?
–Por estos lados. Siempre al regresar de Zushi con el taxi vacío.
–Y cuando van pasajeros, ¿no se aparece?
–Bueno, lo que he oído es que es en los taxis que regresan vacíos. El espectro se sube al taxi de repente por los alrededores del crematorio. No hay que detener el taxi para que se suba. Tampoco se sabe en qué momento lo hace. El chofer siente algo extraño y al volver la cabeza se encuentra con una mujer que va sentada en el asiento de atrás pero cuya figura no se refleja en el retrovisor.
–¡Qué extraño! Supongo que lo del retrovisor es porque los fantasmas no se reflejan en los espejos.
–Eso es lo que dicen, que los fantasmas no producen reflejo aunque puedan ser vistos por ojos humanos...
–Sí, pero me imagino que los ojos de las personas sí la ven. Los espejos no son tan impresionables –quise explicar. Pero no continué porque advertí que son humanos los ojos que miran los espejos.
–Sin embargo, sólo dos o tres personas la han visto –dijo el conductor.
–¿Y hasta dónde viaja?
–El conductor se asusta y acelera sin pensar, y al entrar en el centro de Kamakura, cuando menos se da cuenta, la mujer ya ha desaparecido.
–Debe ser una mujer de Kamakura, entonces. Seguramente quiere regresar a su pueblo. ¿No saben quién podría ser?
–Yo no sé tanto...
El taxista, aunque supiera algo o aunque a veces conversara con otros colegas sobre quién podría ser o de dónde podría venir, no se lo iba a contar abiertamente a un pasajero.
–Viste kimono y es una mujer bastante bonita. No como se dice de las que paran el tráfico, claro. La cara de un espectro no despierta ese tipo de pasiones.
–¿Dice algo?
–He oído que no habla. Sería bueno que al menos diera las gracias, ¿no? Pero claro, cuando los fantasmas hablan no hacen otra cosa que quejarse.

Antes de entrar en el túnel volteé la cabeza para mirar hacia la montaña en donde estaba el crematorio. Ese era el crematorio de Kamakura así que era natural que los muertos allí

Librodot

incinerados quisieran volver a Kamakura. Me parecía muy bien que una mujer los representara simbólicamente y se subiera a un taxi vacío en medio de la noche. Yo, sin embargo, no creía la historia.
–Yo diría que los fantasmas no montan en taxi. ¿No son seres que pueden trasladarse libremente a cualquier lugar y aparecerse en cualquier sitio?

La casa Omiya Akifusa se encontraba justo a la salida del túnel.
Eran las cuatro de la tarde. El cielo nublado tenía un leve color de durazno. Era el tinte de la llegada de la primavera. Me detuve delante del portón de la casa Omiya para tranquilizarme un poco.
Habían transcurrido ocho meses desde cuando el viejo Akifusa se convirtió en un espectro viviente. Durante este tiempo sólo lo había visto dos veces. La primera vez, cuando tuvo el derrame. Akifusa era un respetado escritor, más de treinta años mayor que yo, y de quien había recibido favores. Me fue muy doloroso verlo convertido en esa figura fea y miserable. Pero sabía que si tenía un segundo ataque, ese sería probablemente el final.
La distancia entre Zushi y Kamakura, dos ciudades colindantes, es muy corta y la demora en visitarlo se me estaba volviendo insostenible. No son pocas las personas que han muerto mientras yo me decidía a visitarlas. Me he acostumbrado a decir que así es la vida. He pensado pedirle el favor a Akifusa que me escriba algo en media hoja de papel, pero la idea de repente pierde todo sentido. Y eso me ha pasado ya varias veces. No es que crea que eso es algo que no me va a suceder a mí. Soy consciente de que yo mismo puedo morir en mitad de la noche o de una tempestad, y eso no hace que me cuide más.

Conocí a otros escritores que murieron de derrame cerebral, ataque al corazón o deficiencia coronaria. Pero no había oído de nadie que, como el viejo Akifusa, haya quedado viviendo paralítico. Si se considera que no hay mayor desgracia que la muerte, es posible concluir que la prolongación de la vida de Akifusa, a pesar de haber quedado inválido y sin esperanza de recuperación, fue una bendición. Pero no es fácil sentir esa bendición. Tampoco sabemos si Akifusa se siente feliz o desgraciado.
Han pasado ocho meses desde el ataque de Akifusa. Parece que son muy pocos los que todavía lo visitan. Comunicarse con un viejo sordo es difícil. Más difícil aún es comunicarse con un mudo que lo oye todo. Y más desagradable que decirle algo a un sordo es no comprender si la otra persona ha entendido lo que le decimos y quiere contestar algo.
Akifusa perdió muy temprano a su esposa. Sin embargo, su hija Tomiko permaneció a su lado. Akifusa había tenido dos hijas. La mayor se casó y Tomiko, la menor, se vino a vivir con su padre. Puesto que ella se encargó del cuidado de la casa, Akifusa no volvió a casarse y en lugar de perder su libertad llevó la vida alegre de un soltero sin ataduras. Tomiko por lo mismo debió sacrificarse por su padre. El hecho de que se haya conservado soltero a pesar de sus varias aventuras amorosas lo lleva a uno a preguntarse si Akifusa no cedió a los afectos debido a una gran fuerza de voluntad o existió alguna otra razón.
La hija menor, la más parecida a su padre, era alta y de facciones finas. No era el tipo de muchacha que se queda soltera. Por supuesto ya le había pasado el tiempo de su juventud –estaba cerca de los cuarenta años– y casi no usaba cosméticos, pero irradiaba una sensación de pureza. Parecía haber tenido desde siempre una naturaleza apacible y no se advertía en ella ni la amargura ni la acidez de una solterona. Tal vez la confortaba la consagración a su padre.
En lugar de hacerlo con Akifusa, la gente que venía de visita conversaba con Tomiko, que permanecía sentada junto a la almohada del padre.
Me impresionó ver lo demacrada que estaba. Mi sorpresa era absurda pues era natural que hubiese adelgazado. Pero me deprimió ver que Tomiko se había envejecido y arrugado de repente. Pensé que las preocupaciones domésticas le eran penosas.

Una vez dichas las palabras de rigor en una visita de cortesía a un enfermo, me quedé sin palabras y solté imprudentemente:
–¿Ha oído el rumor de un fantasma que sale del otro lado del túnel? Precisamente ahora venía escuchando al conductor del taxi...
–¿Ah, sí? Me la paso encerrada en la casa. No he oído nada –dijo Tomiko con deseos de saber más. Yo, aunque pensé que era mejor no hablar más, le hice un resumen. Y terminé diciendo:
–Pues es un cuento difícil de creer... Por lo menos, hasta no haberlo visto. E incluso viéndolo, uno podría no creer pues también existen las ilusiones.
–Pues esta noche cuando regrese a casa, señor Mita, intente ver si es cierto que se aparece o no –comentó Tomiko de un modo extraño.
–Ya, pero los fantasmas no se aparecen mientras dure el día.
–Pues si se queda a cenar, podrá regresar de noche.
–No, ya va siendo tiempo de irme. Además parece que la mujer sólo se sube a los taxis vacíos.
–Así que no tiene por qué preocuparse. Mi padre dice que está muy contento con su visita y que le gustaría que se quedara más tiempo. Papá, ¿verdad que estás invitando al señor Mita a comer?
Volví a mirar a Akifusa. Desde la almohada el viejo pareció mover afirmativamente la cabeza. ¿Estaba contento de que hubiera venido? El blanco de sus ojos era sucio y le colgaban unas legañas amarillentas. Desde el fondo turbio de sus ojos parecían brillarle las pupilas. Si ese brillo estallara en una llamarada le sobrevendría un segundo derrame. Me sentí angustiado de que eso pudiera sucederle ahora.
–Pienso que si me demoro mucho voy a cansar al maestro.
–No se preocupe... Mi padre no se cansará –dijo con firmeza Tomiko–. Creo que a usted le desagrada que lo retenga al lado de un enfermo como mi padre, pero cuando está con él un escritor, mi padre recuerda que él mismo también es escritor...
–Ya veo...

Aunque quedé un poco sorprendido por el cambio que advertí en el modo de hablar de Tomiko, resolví permanecer un rato más.
–Estoy seguro de que el maestro siempre tiene conciencia de ser escritor.
–Hay una novela de mi padre en la que he pensado con frecuencia desde que le sucedió este percance. En ella escribió sobre un joven que le enviaba unas cartas extrañas casi todos los días y que deseaba ser escritor. El muchacho se volvió loco y lo recluyeron en un manicomio. Por ser peligroso no le permitían tener plumas ni tinteros ni lápices. Lo único que podía tener en la habitación eran resmas de papel de escribir. Cuentan que se pasaba el día frente al papel en blanco escribiendo... O, más bien, con la idea de que estaba escribiendo. Porque el papel permanecía en blanco.
Lo que he dicho hasta aquí fueron los hechos. Lo que sigue es el relato de mi padre. Cada vez que la madre venía a hacerle visita el muchacho le decía: "Mamá, escribí algo. ¿Me lo lees, por favor?". Al ver la hoja de papel sin una letra, la madre sentía ganas de llorar. Sin embargo, mostraba un rostro sonriente y le decía: "Está muy bien escrito. ¡Qué interesante!".
Con mucha frecuencia, importunada por los ruegos de su hijo, la madre le leyó la hoja de papel en blanco. Se le ocurrió contarle sus propias historias, haciendo ver que las leía. En eso consiste la idea de papá. La mamá le cuenta al joven su niñez. El joven loco cree que lo que escucha es el documento que él escribió con sus propias memorias. Los ojos le brillan de orgullo. La madre no sabe si él comprende o no lo que lo que le cuenta. Sin embargo, al repetir la historia cada vez que lo visita, se va volviendo poco a poco más hábil hasta que llega un momento en que tiene la impresión de estar leyendo de verdad una obra de su hijo. Recuerda cosas que había olvidado. También los recuerdos del hijo se van tornando más hermosos. El hijo convoca el relato de la madre, colabora con ella, reconstruye los hechos. No hay modo de saber si se trata del relato de la madre o del relato del hijo. Mientras la madre

Librodot

está contando la historia se olvida de sí. Puede olvidar la locura del hijo. Mientras el hijo escucha la lectura con tanta concentración, no es posible discernir si está loco o no. Durante esos instantes el alma de la madre y del hijo se funden en una sola. Se sienten felices como si estuvieran viviendo en el cielo.
Y así, mientras se repite esta experiencia, la madre sigue leyendo hojas en blanco convencida de que el hijo ha de sanar de su locura.
–Se refiere a *La madre que podía leer*, uno de los textos más brillantes del maestro Omiya, ¿verdad? Una obra inolvidable.
–El libro está escrito en primera persona: el "yo" del hijo. En varios de esos recuerdos del joven se mezclan cosas de cuando mi hermana y yo éramos niñas. Están escritas como si fuéramos hombres...
–¿Ah, sí?
Era la primera vez que lo oía.
–No tengo la menor idea de por qué escribió mi padre una novela como esa. Ahora que está en este estado esa novela me da miedo. Aunque mi padre no se ha vuelto loco y yo no tengo la habilidad, como la madre del relato, de leer una novela de la cual mi padre no ha escrito una sola palabra, creo, sin embargo, que en este momento él está escribiendo en su cabeza una novela.

Tomiko debió haber dicho todo esto para que la escuchara el viejo Akifusa. A mí me pareció escalofriante y no supe qué contestar.
–Pero el maestro tiene muchos libros excelentes. Su caso es muy distinto al del muchacho novelista.
–Tal vez sí. Yo pienso, sin embargo, que a mi padre le gustaría escribir algo...
–Sobre eso tal vez haya opiniones diversas.
En cuanto a mí, lo hecho por el viejo Akifusa era ya más que suficiente. Ignoro lo que yo hubiera hecho en su caso.
–No tengo la capacidad de escribir en el lugar de mi padre pero sería maravilloso escribir *La hija que podía leer...*
Su voz sonó como la de una muchacha en el infierno. Me pareció que Tomiko se había convertido en una mujer capaz de decir tales cosas porque estaba dedicada a cuidar a un padre que parecía un espectro en vida. Algo de Akifusa se había apoderado de ella. Se me ocurrió que el día en que Akifusa muriera esa muchacha escribiría unas memorias terribles. Sentí un odio profundo y dije:
–¿Y por qué no intenta escribir algo sobre el maestro?
Omití decir "mientras el maestro esté vivo". Recordé unas palabras de Marcel Proust que hablan de un cierto noble que, habiendo difamado a muchas personas en unas memorias que estaban a punto de ser publicadas, dijo: "Me voy a morir. Espero que no abusen de mi nombre porque ya no podré responder". Por supuesto que este no es el caso de Akifusa y Tomiko. Creo que no son dos personas independientes y que, a pesar de tratarse de padre e hija, existe entre ellos una mística, quizás enfermiza, comunión afectiva.

La estrambótica idea de que Tomiko, con la intención de convertirse en su padre, intentara escribir sobre sus cosas, se apoderó también de mí.
¿Resultaría un juego vacío de palabras? ¿Sería una obra de arte sorprendente? De cualquier manera, sería un consuelo para ambos. Akifusa, que existía en completo silencio, se liberaría de su carencia de palabras. La falta de palabras es intolerable.
–El maestro comprendería lo que usted escribiese y, puesto que él mismo podría evaluarlo, no sería lo mismo que leer una página en blanco. Sería como si su padre verdaderamente escribiera, leyera y oyera sus propias cosas...
–¿Cree usted que lo escrito sería obra de mi padre? Aunque fuese sólo un poquito...

Librodot

–De ese poco no tengo duda. Algo más que eso dependerá de los dioses o de la armonía afectiva entre ustedes dos. No sabría decirlo. Un libro hecho de esta manera tendría más vida que unas memorias escritas después de la muerte del viejo. Si resultase viable, aún el diario transcurrir de un Akifusa en su estado actual podría convertirse en una preciosa vida literaria.
–Aunque esté sin palabras el maestro puede ayudarla y corregirla.
–No tendría ningún sentido que acabara convirtiéndolo en algo mío. Voy a consultarlo cuidadosamente con mi padre –dijo Tomiko con una voz animada.

Me pareció que una vez más había hablado demasiado. ¿Estaría empujando al combate a un soldado profundamente herido? ¿Estaría violentando el límite sagrado del silencio? No se trataba de que Akifusa, queriendo escribir, no pudiera hacerlo –podría escribir letras o caracteres si quisiera. Él parecía más bien vivir sin palabras a causa de un dolor y una culpa muy profundos. ¿A mí mismo no me había enseñado la experiencia que ninguna palabra puede decir tanto como el silencio?
Sin embargo, si Akifusa iba a permanecer sin palabras y sus palabras hubieran de venir de Tomiko, ¿no es esa también una forma del poder del silencio? Si alguien carece de palabras, otro puede expresarse por él. Todo habla. Tomiko se puso de pie y dijo:
–¡Ah! ¿Sí? Papá me está diciendo que ya es hora de que le ofrezca algo, así sea una copa de sake.
Sin pensarlo volví a mirar a Akifusa. No había el menor indicio de que el viejo hubiese dicho algo.
Tomiko salió y nos dejó a los dos solos. Akifusa volvió el rostro en mi dirección. Estaba sombrío. ¿Deseaba decir algo? ¿Estaba irritado por verse en esa situación en que se suponía que tuviera que decir algo? Fui yo el que no tuvo más remedio que hablar.
–Maestro, ¿qué piensa sobre lo que acaba de decir Tomiko?
–…
Mi interlocutor no tenía palabras.
–Maestro, usted es capaz de volver a hacer una obra extraña, muy diferente a *La madre que podía leer*. Eso fue lo que comencé a sentir mientras hablaba con Tomiko.
–…
–Usted nunca escribió una novela en primera persona ni una autobiografía. Pero ahora que no puede escribir por sí mismo, hacer una obra de este género por medio de la mano de otro puede convertirse en un medio de revelar novedosamente uno de los destinos del arte. Yo tampoco escribo sobre mis cosas. Y creo que no podría hacerlo aunque me lo propusiera. Pero me parecería muy interesante seguir escribiendo a pesar de carecer de palabras y no sé si sentiría la alegría de preguntarme si lo allí escrito es propio, si ese soy yo, o si abandonaría el experimento como algo inhumano.
–…
Tomiko regresó trayendo sake acompañado de pasabocas.
–¿Puedo ofrecerle un trago?
–Gracias. Espero que el maestro me perdone por tomar delante de él, pero se lo recibo.
–Los enfermos como él no son buenos conversadores, ¿verdad?
–¡Oh, no! En realidad continué hablando de lo que estábamos conversando.
–¿Ah, sí? Pues yo estuve pensando mientras calentaba el sake que podría ser entretenido si escribiera, tomando el lugar de mi padre, sobre las aventuras amorosas que tuvo después de la muerte de mamá. Hay cosas que mi padre me contó pormenorizadamente y que ahora recuerdo aunque él las haya olvidado... Creo que usted está enterado de que cuando mi padre sufrió el derrame vinieron corriendo dos mujeres.
–¡Así es!
–No sé si habrá sido porque mi padre va a permanecer en este estado largo tiempo o porque yo vivo con él, lo cierto es que no han vuelto a aparecerse. Pero yo sé muchas cosas que mi padre me contó sobre ellas.

Librodot

–Sin embargo él no las verá de la misma manera que usted –lo que dije era obvio pero Tomiko pareció ofenderse.
–No puedo pensar que mi padre haya contado falsedades y me parece que con el tiempo he ido comprendiendo cada vez más sus sentimientos... –dijo y se puso de pie–. Pero por qué no se lo pregunta usted mismo. Voy a preparar la cena y regreso en un momento.
–No se preocupe por mí...

Salí con Tomiko y le pedí una copa. Para conversar con un mudo lo mejor es beberse el trago rápidamente.
–Maestro, también sus amores se han convertido en propiedad de Tomiko, ¿verdad? Supongo que así es como funciona lo que llamamos "nuestro pasado".
–…
Dudé en usar la palabra "muerte" y resulté usando la palabra "pasado". Sin embargo, mientras Akifusa viviera, el pasado seguiría siendo propiedad del viejo. O ¿habría que verlo como una especie de propiedad compartida?
–Si fuese posible donar el pasado creo que no dudaríamos en hacerlo, ¿no es verdad?
–…
–Lo que llamamos pasado no es propiedad de nadie. Pero si me presionaran a decir algo diría que tal vez sólo ejercemos propiedad sobre las palabras presentes que cuentan el pasado. Y no sólo sobre las propias. Porque no es necesario saber de quién son las palabras. Pero, espere, ¿no es siempre lo que llamamos "instante presente" un momento sin palabras? Así, aunque una persona esté conversando como yo, ¿el "instante presente" en sonidos como *y* o *o*, no es un silencio sin sentido?
–…
–¡No! No quiero decir que el silencio, como en su caso, maestro, no tenga sentido... También a mí me gustaría mientras viva quedarme por un momento sin palabras.
–…
–Hay algo que se me ocurrió antes de venir a visitarlo. Aunque parecería que el maestro puede escribir por lo menos en *katakana*, sin embargo, no escribe ni siquiera una letra. ¿No le parece esto inconveniente? Podría pedir aquello que necesita, por ejemplo, té o agua, usando sólo las letras *t* o *a*...
–…
–¿Hay alguna razón profunda para no escribir nada?
–…
–¡Ah, ya entiendo! Si una sola letra como *t* o *a* basta para solicitar un servicio, también sonidos como *w* o *s* tendrían sentido. Es como el balbuceo de un niño, ¿verdad? El amor materno lo comprende. Como sucede en su novela, La madre que podía leer, ¿no es así? El balbuceo de un niño es el principio de la palabra, por lo tanto el amor es el principio de la palabra. Suponga, maestro, que decidiese decir "muchas gracias", con sólo la letra *a*. Imagínese la alegría que le daría a su hija Tomiko si de vez en cuando escribiese la letra *a*.
–…
–Pienso, maestro, que esa sola *a* desbordante de amor tendría más fuerza que todas las novelas escritas en cuarenta años.
–…
–¿Por qué está callado, maestro? Tal vez pueda decir "ahahah" aun si lo hace babeando. Por favor, practique escribir *a*.
–…
Estaba a punto de llamar a Tomiko a la cocina para que me trajera lápiz y papel cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo.
–¡No debo hacer esto! Estoy un poco borracho. ¡Perdone la grosería!
–…
–Maestro, he perturbado ese silencio en el que usted había entrado con tanto trabajo.

–…
Tomiko retornó a la salita y durante un rato tuve la sensación de que había estado gagueando. No había hecho más que dar vueltas en torno al silencio del viejo Akifusa.

Tomiko pidió prestado el teléfono de una pescadería cercana y llamó al taxista que me había traído.
–Mi padre dice que vuelva a conversar con él de vez en cuando.
–¡Así será! –respondí como para salir del paso y me subí al taxi.
–Veo que vino acompañado.
–Apenas está comenzando a anochecer y llevamos un pasajero. Por lo mismo no creo que se vaya a aparecer, pero por si acaso...

Atravesamos el túnel hacia Kamakura y nos acercamos al sitio del crematorio. De repente, el automóvil empezó a volar como una exhalación.
–¿Está aquí?
–¡Sí! ¡Ahí sentada a su lado!
–¡Ah!
La borrachera me desapareció en un instante. Miré de reojo.
–¡No me asuste que esto no es chiste!
–¡Ahí la tiene! ¡Ahí mismito!
–¡No diga mentiras! Y vaya más despacio que es peligroso.
–¡Ahí está sentada! ¿No la ve señor?
–No se ve. Yo no puedo verla... –y al decir esto empecé a sentir frío. Pero haciéndome el valiente pregunté–:
–Y si está aquí ¿no debería decirle algo?
–¡Ni... ni... en broma! El que le habla a un fantasma queda paralizado. Embrujado. ¡Es escalofriante! ¡Ni se le ocurra! Llevémosla callados hasta Kamakura.

Lo que su esposo no hacía

"Comienzo por la oreja. Sigo por las cejas. Y después..." A medida que Junji fue imaginando el orden de los besos que le daría esa noche, las diferentes partes de la señora Kiriko se le fueron representando una por una.
El viaje desde KitaKamakura hasta Shimbashi por la línea de Yokosuka tarda más o menos una hora. Tenía tiempo más que suficiente para pensar en las diferentes secuencias y recorridos que tendrían los besos que se darían.
Aunque Kiriko también vivía en KitaKamakura, se citaban en Tokio para no atraer las miradas de la gente de ese pueblo pequeño en que vivían. Además tomaban el tren a horas distintas. Junji salía siempre primero y la esperaba. Kiriko no había tenido para pedírselo siquiera porque él siempre se adelantaba a proponerlo. Junji era joven, todavía era estudiante. Parecía tener miedo de encontrar imperfecciones en el cuerpo de la señora Kiriko.
"Comienzo por la oreja...", se decía Junji, pues aún lamentaba la desilusión que le había producido el lóbulo de la oreja de la señora Kiriko la primera vez que lo tocó. En ese momento le debió cambiar hasta el color de la cara.
–¡Hey! –había dicho Kiriko abriendo los ojos–. ¿Qué te pasa?
Él había retirado la punta del dedo tan pronto como le rozó el oído y sin duda eso le pareció sospechoso.
Azorado, Junji tomó con su boca la oreja de Kiriko, escondió la cara entre su pelo y se llenó del olor de su cabello.
–No me gusta que haga eso! –dijo ella y trató de zafar la cabeza de su abrazo.

Como las orejas de Kiriko eran pequeñas, finas y blandas, Junji pudo hacerla caber dentro de su boca. La desilusión inicial desapareció.
Pero una culpa oculta se había manifestado en el deseo de tocar el lóbulo de la oreja de Kiriko. Estaba asociada a la intensa excitación que había sentido hacía un tiempo cuando tomó entre sus dedos el lóbulo de una prostituta.
Junji pellizcó el lóbulo de esa mujer por primera vez sin ninguna intención. No era que le hubiera parecido particularmente bonito. Pero entonces ¿por qué, justo en un momento en que sentía tal odio de sí, un odio que se manifestaba en su aversión a tocar cualquier parte de una mujer, se le había ido la mano a su oreja? Eso era algo que ni siquiera él mismo podía entender.
Sin embargo, el contacto frío de ese lóbulo lavó en un instante la suciedad de Junji. Tenía la redondez y el grosor suficientes para un lóbulo. Y aunque era tan pequeño como para poder ser apretado entre el índice y el pulgar, le trasmitió una hermosa sensación de vitalidad. Por la suavidad de la piel y la blandura del tacto parecía una joya extraña. Allí estaba lo que quedaba de la pureza de la mujer. Allí moraba, como en una gota de rocío, la esencia de la belleza femenina.
Una sensación parecida a la nostalgia hervía en Junji. Nunca había experimentado una sensación táctil como esta. Era como acariciar el alma de una niña encantadora.
–¿Qué diablos estás haciendo? –le dijo la mujer sacudiendo la cabeza con brusquedad.

Cuando salió de aquella casa Junji no comentó el asunto de la oreja con sus amigos. Si hubiese dicho algo se habrían reído de él. Y aunque se trataba de una impresión que difícilmente volvería a vivir de la misma manera en el futuro, se convirtió en un secreto que habría de quedar para siempre en su vida.
Pero, cuando quiso acariciar el lóbulo de la señora Kiriko trayendo a la memoria el de la prostituta, como era de esperarse, sintió remordimiento.
Por una parte, el lóbulo de Kiriko traicionó todas sus expectativas. Al tacto resultaba pobre y sin consistencia. No era firme ni suave sino más bien áspero y seco. Junji quedó cortado. Aquello lo había confundido tanto la primera vez que nunca se le ocurrió pensar que no podía esperar lo mismo del contacto con otro lóbulo por hermoso que fuese.
La costumbre de darle besos a Kiriko en una y otra parte se inició en el momento en que tomó su oreja con la boca. Hasta entonces las cosas habían sido muy simples. Junji, que era un principiante en el amor, se había ahogado en la fascinación de descubrir que podía satisfacer a tal punto a una mujer madura como la señora Kiriko. Estaba embriagado con su propio atractivo masculino, del que se daba cuenta por primera vez gracias al placer que despertaba en una mujer.
Junji, que había creído que el cuerpo de Kiriko era absolutamente perfecto, tuvo que disimular el vacío que sintió al tocar con el dedo su lóbulo. Además era consciente de que en los últimos encuentros se estaba apagando ese placer que ella había experimentado al principio. Fue pensando en cómo excitar el fuego de Kiriko, como se le ocurrió la idea de comenzar por el lóbulo de la oreja.
Fue en el segundo o tercer encuentro cuando la señora Kiriko dijo inesperadamente:
–A veces fantaseaba con la idea de qué pasaría si hiciese alguna vez el amor sin las complicaciones que tiene la relación con un esposo o un amante.
A Junji le sonó como si hubiese realizado la fantasía con él. Como si lo hubieran empujado al vacío, preguntó:
–¿Quiere decir que esto no ha sido más que un juego? ¿Un juego conmigo?
–¡Ningún juego! –negó con firmeza Kiriko–. Son los hombres los que se la pasan jugando y bromeando de esta manera... Pero las mujeres son diferentes. Al menos, yo soy distinta.
–Sin embargo, de lo que acaba de decir no puede inferirse sino que para usted es un juego, ¿no es así? Y, ¿si no es un juego...?

Librodot

–¿Cómo podría explicarlo? De todas maneras, hay algo de eso, algo rodeado de secreto –masculló Kiriko–. Tú no comprendes las restricciones y responsabilidades que tienen las mujeres de mi edad. Y ese sufrimiento contiene un secreto. Bueno, pero tal vez hubiese sido mejor dejarlo como lo que era: sólo una fantasía privada.
–¿Está arrepentida de la aventura conmigo?
Kiriko se rió de la ingenuidad que encerraba esa frase de cajón.
–¿Me preguntas si siento culpa o cosa por el estilo? ¿No es eso insultarte a ti mismo? Pues yo, así se me castigara y atormentara, no diría que me siento arrepentida. El arrepentimiento no es más que una excusa fácil, una forma de escape...
–¿Entonces fue por puro accidente que me escogió para jugar un papel en esas fantasías secretas?
–¿Y a ti no te pareció extraño que yo me metiera tan fácilmente en esta aventura contigo? ¿Yo, que hasta ahora nunca había tenido ningún desliz?
–Cuando nos vimos por primera vez te hablé de mi hija muerta...

Aquello había sucedido en el tren de la línea de Yokosuka. Por invitación de un amigo, Junji había asistido a una clase de pintura occidental. En ella le enseñaron a bosquejar desnudos femeninos. También había cuatro o cinco mujeres, y tanto por su vestido japonés como por su edad, Kiriko se destacaba en el grupo. Esto fue lo que atrajo la atención de Junji. Y sucedió que, como ambos vivían en Kita-Kamakura, regresaron a casa por la noche juntos, en el mismo tren.
Cuando el inspector se acercó a revisar los tiquetes y Junji fue a cambiar el suyo de tercera a segunda clase, Kiriko se anticipó a pagar. Mientras Junji urgaba en los bolsillos de su pantalón, Kiriko abrió rápidamente el bolso que tenía sobre las rodillas. El ademán de Kiriko mostraba que había planeado pagarle el tiquete.

Después de pasar Yokohama, Kiriko abrió el cuaderno de dibujo y se puso a dibujar. De vez en cuando levantaba los ojos hacia Junji y copiaba algo en el cuaderno. Junji tuvo la impresión de que el rostro de ella se iba volviendo cada vez más hermoso. Como estaban sentados uno enfrente del otro, Junji alargó el cuerpo y echó un vistazo al cuaderno. La señora Kiriko estaba haciendo un bosquejo de la cara de Junji. Sin decir palabra, Junji le arrebató el cuaderno. Después de contemplarlo un rato sacó su propio lápiz y comenzó a añadir trazos encima de lo que ella había dibujado.
–¡Ey! ¡No hagas eso! –exclamó la señora Kiriko volviendo a coger el cuaderno. Pero a Junji lo avergonzaba que le dibujaran la cara, por lo que volvió a quitárselo y se puso a completar el dibujo. Esta vez fue ella la que se inclinó hacia adelante. No parecía dispuesta a dejar que Junji fuese el dibujante y una vez más lo recuperó y siguió dibujando. De esta manera, rapándose por turnos el cuaderno continuaron dibujando a Junji. El contorno de la cara se fue emborronando con la superposición excesiva de líneas trazadas por una y por otro. Aparecieron hasta manchones innecesarios. Junji, sin embargo, a medida que entre los dos dibujaban su cara, se fue dejando llevar por un íntimo afecto hacia Kiriko. Era como si la emoción se manifestara en el dibujo.
Junji olvidó la vergüenza que le producía que lo dibujaran. Es más, dibujar sobre los trazos de Kiriko se convirtió indirectamente en un placer, como si estuvieran poniendo uno sobre otro las manos del corazón.
–¡Bueno! ¡Y con esto ya está terminado! –dijo Kiriko, y dejando de dibujar comenzó a comparar el boceto con la cara de Junji–. Tiene un cierto parecido, ¿verdad? –¡Déjeme hacerle algo más!
–¿En qué parte? ¿En los ojos?
–Es mi cara. Soy yo el que tiene que terminarla.
–¡Qué confianza te tienes!
–¡No se trata de eso! Además, ¿por qué estaba dibujando mi cara?

Librodot

–Porque venía de hacer ejercicios de dibujo, supongo. Lo que pasa es que cuando comienzo a dibujar no hago otra cosa que pensar en mi hija muerta. Estaría justo en edad de casarse con una persona como tú. La tuve a los diez y nueve años. Fue mi única hija.
–Pensaba en ella incluso mientras miraba a la modelo desnuda. La modelo no era nada bonita. Tampoco quería hacer bocetos. En cambio me divirtió dibujarte.
–Pues después de la próxima clase, si regresamos en el mismo tren, me tiene que dejar dibujar su cara, señora...
Kiriko no respondió a esto.
–Si mi hija estuviese viva tal vez te hubiera conocido, ¿verdad? –dijo Kiriko y los ojos se le llenaron de dolor al mirar a Junji. –No alcanzó a enamorarse. Con todo, creo que su felicidad fue haber muerto cuando comenzaba a abrirse como el botón de una flor... Tal vez esto es lo que llamamos felicidad, ¿no es así?
–Cuando uno muere ya no hay cómo saber si fue feliz o desgraciado. Los que se quedan piensan lo que quieren y deciden si el muerto fue feliz o no.
–Hablas con una lógica desconsiderada, ¿no te parece? En el lapso de tiempo que va del final del invierno a la llegada de la primavera mi hija se despertaba por la mañana y decía, "¡Ah! ¡Qué bien me siento!", mientras se acariciaba los brazos. En una sola noche su piel se había tornado tersa como la seda. Murió a esa edad.

Al regresar de la sesión siguiente la señora Kiriko, en vez de irse directamente a la estación de Shinbashi, invitó a Junji a un gran almacén. Allí le compró un vestido. Tal vez pensaba que iban a ser más notorios si Junji vestía el uniforme de universitario. Las palabras que Kiriko le dijo aún después de encerrase juntos en una habitación no sonaron muy afectuosas:
–Te ruego que me excuses, pero es que tú tienes la edad justa para haberte casado con mi hija.
Junji, sin embargo, en el placer de ella experimentó el placer de ser hombre. Experimentó una energía desbordante. Después de un rato, la señora Kiriko dijo con voz seductora, como ocultando su vergüenza:
–Eso fue algo que se me ocurrió hace un rato cuando estábamos comprando el vestido... Pero tú eres alto, ¿verdad? ¡A ver! ¡Junta las piernas! –Kiriko buscó con sus talones los talones de Junji y oprimió la cara contra su pecho–.
¡No llego sino hasta aquí! –le dijo, y quedó inmóvil como si estuviese saboreando el momento.

La señora Kiriko no apareció en la siguiente clase de dibujo occidental. Junji telefoneó a su casa y pidió hablar con ella.
–¿Por qué no vino hoy a clase?
–Porque tan pronto como nos hubiéramos visto las caras todos hubieran comprendido por tu comportamiento lo que estaba pasando. ¡Tú no disimulas nada!

Para la tercera cita secreta concertaron un sitio especial. La señora Kiriko, sin embargo, no apareció. Junji volvió a llamar por teléfono.
Para la época en que Junji tomó con su boca el lóbulo de la oreja de Kiriko, ya era él quien se estaba sintiendo intranquilo e irritado. ¿No sería que la señora Kiriko se veía con él únicamente porque la arrastraba lo que había pasado entre ellos esa primera vez? ¿No seria también que se sentía presionada por la violencia de Junji? Junji sentía que el cuerpo de la señora Kiriko estaba más cerrado que al principio.
¿Sería que se había acabado el placer que sintieron cuando entrelazaron los talones después de haber dibujado juntos su cara? ¿Seria que a partir de ese momento no había habido más que sentimientos de culpa y sufrimiento en la señora Kiriko?
Puesto que todo había sucedido tan rápidamente luego de que se conocieron, Junji al principio no había pensado en el esposo de Kiriko. Pero, finalmente, aparecieron los celos y junto con ellos una sensación de pecado.

Librodot

–¿Cuántos años tiene su esposo? –preguntó. Fueron las primeras palabras de Junji referentes al esposo de Kiriko.
–Cincuenta y dos. ¿Qué tiene que ver eso?
–No puedo imaginármela a usted viviendo con un hombre de cincuenta y dos años.

–¿Y seguro que él viaja a Tokio todos los días, verdad?
–Así es. Todos los días.
–Y tal vez yo me lo he estado encontrando en el tren o en la estación, ¿no es así? Apuesto que alguna vez habrá sucedido –dijo Junji. Kiriko sintió una opresión en el pecho.
–¿Quieres conocerlo?
–Para mí es muy vago lo que usted piensa o cómo vive.... No tengo el menor poder sobre usted. Pues ha de saber que fui a conocer su casa en secreto.
–¿De veras?
–Puesto que es su esposo, lo mejor es conocerlo, ¿no?
–¡Ni se te ocurra! Mira, creo que es mejor que nos separemos –dijo la señora Kiriko, y con voz temblorosa y apresurada añadió–: ¿Te he enfermado de esta manera?
–¿Enfermado?
–¡Así es! Yo sabía que había sido herida. Pero ciertamente no me di cuenta de hasta qué punto te había herido a ti. Digo cosas de mi esposo porque tú quieres saberlas, pero lo que pasa entre mi esposo y yo... –dijo, y dudó en seguir adelante.
–¿Cómo es lo que pasa entre su esposo y usted?
–No es lo mismo que antes. Para decirlo con tus palabras: lo que yo pienso y el modo como vivo... Mi esposo parece no darse cuenta de nada pero yo he cambiado radicalmente. Ser mujer es un desastre.
–¿Cómo así que un desastre? ¿Y de qué modo ha cambiado usted?
La señora Kiriko no respondió a las preguntas. Junji siguió besándola aquí y allá. Ella, sin embargo, permaneció insensible y esto precipitó a Junji en un vacío insoportable.

Después de eso, Junji sintió que aún tenía menos opción... Tenía que telefonear a Kiriko.
La dibujó mentalmente, aproximándose en el siguiente tren de la línea Yokosuka. Pensó en la secuencia de besos que le daría, en el modo como lo haría. Quedó sorprendido al darse cuenta de que era más feliz haciendo esto que estando con ella. Se preguntó si, tal como ella se lo había dicho, él no estaría realmente enfermo.
Esa noche también Junji comenzó por la oreja. Todavía tenía que descubrir otros defectos en el cuerpo de la señora distintos al de sus orejas. Mientras Junji se desplazaba de uno a otro lado de su cuerpo, la señora Kiriko susurró:
–No tienes por qué hacer todas estas cosas, ¿sabes?
De repente Junji quedó inmóvil. Kiriko, en cambio, se sintió relajada. Ella se sentía como la primera vez, cuando anudaron los talones. Junji se dio cuenta de que esta vez ella había venido por compasión. De repente le empezaron a correr unas lágrimas que no podía detener. "¿Esto es lo que significa una separación?", pensó para sí. Y por otra parte, las crueles palabras de la señora Kiriko también parecían sugerir que había estado haciendo lo que su esposo no hacía.

Un pueblo llamado Yumiura

Su hija Tagi vino a avisar que había llegado de visita una mujer que decía haberlo conocido treinta años antes en el pueblo de Yumiura, en Kyushu. Kozumi Shozuke lo pensó un momento y decidió hacerla seguir a la sala.
Kozumi era escritor. Las visitas sin cita previa y a cualquier hora eran asunto de todos los días. Justo en ese momento había tres visitantes en la sala. Aunque los tres habían llegado por

Librodot

separado, los tres estaban conversando juntos. Eran las dos de una tarde en la que, a pesar de ser principios de diciembre, hacía calor.
La cuarta visitante se arrodilló en el corredor de afuera y dejó la puerta corrediza abierta. Parecía avergonzada con los otros visitantes.
–Por favor, siga usted –le dijo Kozumi.
–En realidad, de hecho... –dijo la mujer con voz temblorosa–. Llevamos tanto tiempo sin vernos. Ahora mi apellido es Murano. Pero cuando nos conocimos era Tai. ¿No lo recuerda?
Kozumi miró la cara de la mujer. Estaba entrando en los cincuenta pero se veía joven para su edad. Sus blancas mejillas tenían un suave tinte rojo. Sus ojos se veían aún grandes, tal vez porque no tenía la contextura gruesa propia de la edad madura.
–¡Justo lo que pensaba! No hay duda de que usted es el Kozumi que conocí –dijo la mujer. Al mirarlo los ojos le brillaban de alegría. Su entusiasmo contrastaba con la seriedad de Kozumi, que la miraba intentando recordarla–. No ha cambiado usted en nada. La forma del perfil desde el oído a la barbilla. ¡Sí!, y también la parte alrededor de las cejas. ¡Está idéntico!
Y así siguió, señalando rasgo por rasgo como si se tratara de una encuesta. A todo esto Kozumi se mostraba confundido pero también preocupado por su falta de memoria.
La mujer vestía un haori negro bordado con el emblema de la familia. El gusto que denotaban su quimono y su obi era discreto. Sus ropas estaban usadas pero no hacían pensar en una familia venida a menos. Era pequeña de cuerpo y de cara. No llevaba anillos en sus dedos cortos.
–Hace cerca de treinta años estuvo en el pueblo de Yumiura, ¿recuerda? y tuvo entonces la gentileza de venir a mi habitación. ¿Ya se ha olvidado usted de eso? Fue el día del Festival del Puerto, hacia el atardecer...
–¿Ah...?
Cuando Kozumi oyó que había ido hasta la habitación de una muchacha que sin duda había sido bonita hizo un esfuerzo aún mayor para recordar. Si fue treinta años atrás, tenía entonces veinticuatro o veinticinco años. Todavía no estaba casado.
–Usted estaba con los profesores Kida Hiroshi y Akiyama Hisaro, e iban de viaje por Kyushu. Se quedaron en Nagasaki debido a una invitación que les hicimos para asistir al lanzamiento de un pequeño periódico de Yumiura.

Kida Hiroshi y Akiyama Hisaro ya estaban muertos. Ambos novelistas, diez años mayores que Kozumi, lo habían animado afectuosamente desde que tenía veintidós o veintitrés años. Hacía treinta años ya eran novelistas de primera línea. Era cierto que ellos dos habían estado de paseo por Nagasaki. Kozumi recordaba los diarios de ese viaje y las anécdotas que habían contado sobre él. Tanto los diarios como las anécdotas eran de sobra conocidos por el público literario.
Por aquella época Kozumi comenzaba su carrera. Pero no estaba seguro de que hubiese sido invitado por dos escritores mayores que él a acompañarlos en un viaje a Nagasaki. Al revolver sin descanso su memoria, evocó nítidamente los rostros benévolos de Kida y Akiyama, y recordó los innumerables favores que le hicieron.
Kozumi fue cayendo en un estado psicológico de dulces y suaves reminiscencias. Su expresión debió haber cambiado porque la mujer le dijo:
–Se está acordando, ¿verdad? –la voz de la mujer también cambió–. Yo acababa de hacerme cortar el pelo. Sentía frío desde las orejas hasta la nuca. ¿Recuerda que le dije que me sentía avergonzada? El otoño ya había terminado... Iba a salir el nuevo periódico en el pueblo y decidí dejarme el pelo corto para volverme reportera. Recuerdo muy bien que cuando sus ojos se fijaban en mi cuello yo me volvía como si me estuvieran picando. De regreso usted me acompañó a mi habitación. Entonces abrí presurosa una caja de cintas del pelo y se las mostré. Creo que quería darle una evidencia de mi pelo largo con las cintas con que lo había atado. Usted se sorprendió y me dijo que eran muchas. Es porque las cintas me gustaron desde niña.

Los otros tres visitantes estaban callados. Una vez terminada la consulta de sus asuntos se habían quedado sentados, charlando entre ellos, hasta que llegó la mujer. Era natural que ahora dejaran hablar a Kozumi con la recién llegada. Pero había algo en la compostura de la mujer que los obligaba a permanecer en silencio. Los tres visitantes escuchaban la conversación con aire de no estar oyendo y sin mirar a la cara ni de la mujer ni de Kozumi.

–Cuando terminó la ceremonia de inauguración del periódico bajamos la calle del pueblo que lleva hacia el mar. Había un atardecer arrebolado que parecía que iba a ocasionar un incendio en cualquier momento. Un color rojo cobrizo cubría los tejados. No olvido que usted me dijo que hasta mi cuello parecía de cobre. Yo le contesté que Yumiura era un sitio famoso por sus atardeceres. Y, es cierto, aún no he podido olvidar los atardeceres de Yumiura. El día en que nos conocimos hubo un lindo crepúsculo. Yumiura se llama así probablemente por su forma, pues es un pequeño puerto como un arco que hubiesen tajado a lo largo de la línea de la costa, siguiendo el contorno de la montaña. Los colores del atardecer se recogen en ese cuenco. Aquel día la bóveda del cielo con las nubes revueltas se veía más baja de lo que suele verse en otros lugares. La línea del horizonte parecía sorprendentemente cercana. Era como una bandada negra de aves migratorias que no pudiera traspasar la barrera de las nubes. No era que el color del cielo se reflejara en el mar; era como si el rojo encendido del cielo se hubiera fundido y mezclado totalmente con el agua en este puerto pequeño. Había allí un barquito del festival adornado con una bandera del que salía una música de flauta y tambores. Y había un niño en el bote. Usted comentó que si se hubiese raspado un fósforo al lado del quimono del niño, mar y cielo hubieran estallado en un instante como una llamarada. ¿Tiene algún recuerdo de eso ?

–¡Pueees...!

–Desde que mi esposo y yo nos casamos mi memoria parece haberse deteriorado lamentablemente. Tal vez no exista una felicidad tal que nos lleve a decidir no olvidar. Las personas que además de felices están ocupadas, como usted, no tienen tiempo libre para ponerse a recordar tonterías del pasado. Tal vez no lo necesitan... Pero para mí Yumiura ha sido toda mi vida un pueblo especial.

–¿Estuvo mucho tiempo en Yumiura? –preguntó Kozumi.

–No. Casi medio año después de haberlo conocido a usted fui a Numazu a casarme. De mis hijos, el mayor terminó la universidad y ahora está trabajando; la menor ya tiene edad suficiente para buscar marido. Yo nací en Shizuoka pero como no me entendía con mi madrastra me mandaron a Yumiura por un tiempo a donde unos parientes. Por llevar la contraria, entré a trabajar en el periódico. Cuando mis padres se enteraron, me mandaron llamar y me forzaron a casarme. Así que sólo estuve siete meses en Yumiura.

–Y, ¿su esposo es...?

–Es sacerdote shintoista en un santuario de Numazu.

Al oír mencionar una profesión tan inesperada Kozumi miró la cara de la visitante. Existe una palabra que tal vez ahora no se use y me temo que produzca una impresión desfavorable sobre un peinado, pero la visitante tenía un corte de cabello al estilo Fuji, y fue esto lo que atrajo la mirada de Kozumi.

–Antes se podía vivir muy bien como sacerdote shintoista. Después de la guerra, sin embargo, día a día le es más difícil conseguir dinero. Tanto mi hijo como mi hija me apoyan, pero pelean con su padre por cualquier cosa.

Kozumi sintió la zozobra del hogar de la mujer.

–El santuario de Numazu es tan grande que no puede compararse con el templete donde se celebraba el festival de Yumiura, pero entre más grandes son más complicados de manejar. Mi marido está en problemas por haber vendido sin consultar diez cedros que había en la parte de atrás del templo. Me vine a Tokio huyendo de eso.

–Los recuerdos son algo por lo que deberíamos estar agradecidos ¿verdad? No importa en qué situación se meta el ser humano, los recuerdos del pasado son sin duda un don de los dioses. En el templete del camino que bajaba la ladera de Yumiura había muchos niños y usted

Librodot

sugirió que siguiésemos adelante sin detenernos. Sin embargo, alcanzamos a ver que había dos o tres flores de finos pétalos dobles en un pequeño arbusto de camelias, al lado de los baños. Yo todavía recuerdo esas camelias y pienso en quién pudo haber sido la persona de corazón tierno que plantó ese arbusto.

Era claro que Kozumi se encontraba entre los personajes que aparecían en algún escenario de los recuerdos de la visitante. También Kozumi, seducido por sus palabras, sintió como si las imágenes de esa camelia y del atardecer en el puerto de Yumiura le llegaran flotando. Sin embargo, lo irritaba no poder entrar con la mujer en la misma región del mundo de sus reminiscencias. Estaban tan separados como están los vivos y los muertos en aquel país. La capacidad de memoria de Kozumi se había reducido en comparación con la de muchas personas de su edad. Le era usual sostener una larga conversación con alguien cuya cara le resultaba familiar sin recordar su nombre. A la ansiedad de esos momentos se venía a sumar el miedo. Ahora mismo, mientras intentaba inútilmente despertar sus propios recuerdos con la visitante, empezó a sentir que la cabeza le dolía.
–Cuando me detengo a pensar en la persona que plantó aquella camelia se me ocurre que he debido tener más arreglada mi habitación en Yumiura. Usted sólo pasó por allí una vez y desde entonces han transcurrido más de treinta años sin vernos. Aunque, ¿no es verdad que entonces la había adornado un poco y que se veía como la habitación de una muchacha joven?
Kozumi frunció el ceño y su expresión pareció tornarse más rígida. No podía recordar nada de esa habitación.
–Le pido excusas por haberlo visitado tan de improviso, fue quizás grosero de mi parte... –dijo la mujer a modo de despedida–. Durante largo tiempo deseé verlo. Nada podía hacerme más feliz. Me pregunto si me permitiría visitarlo de nuevo. Hay muchas cosas que me gustaría conversar con usted.
–Sí.
Había algo que la mujer temía decir frente a los otros visitantes. El tono de su voz indicaba que no podía hacerlo. Kozumi salió al corredor para despedirla. Al correr el pánel de la puerta tras de sí casi no cree a sus propios ojos. La mujer había relajado la postura del cuerpo. Tenía la actitud corporal de una mujer que está frente a un hombre que la ha tenido en sus brazos.
–¿La niña que salió a recibirme era su hija?
–Así es.
–Siento no haber visto a su esposa...
Kozumi sin responder se adelantó hasta el umbral de la entrada.
Desde allí le dijo a la mujer, que estaba de espaldas poniéndose los zori
–¿Así que fui hasta su habitación en un pueblo llamado Yumiura?
–Sí –contestó ella, y lo miró por encima del hombro–. Me pidió que me casara con usted. En mi propio cuarto.
–¿Sí...?
–En aquella época yo ya estaba comprometida con mi actual esposo. Eso le dije. Me negué. Pero...
Kozumi sintió un golpe en el pecho. Por más que tuviera pésima memoria, pensar que hubiera olvidado por completo una propuesta de matrimonio y que él mismo no fuera capaz de recordar a la muchacha, más que sorprendente le resultó ridículo. Nunca había sido el tipo de persona capaz de proponer matrimonio precipitadamente.
–Usted fue muy amable y comprendió las circunstancias de mi negativa –dijo la mujer mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. Después, con sus dedos cortos, sacó temblando una fotografía del bolso.
–Estos son mis hijos. Ella es ahora mucho más alta que yo. Pero se parece mucho a mí cuando era joven.
La muchacha se veía pequeña en la fotografía pero sus ojos estaban llenos de vida y la forma de la cara era hermosa. Kozumi fijó la mirada en la muchacha de la fotografía. ¿Sería posible

Librodot

que hace treinta años se hubiera visto con ella durante un viaje y le hubiera propuesto matrimonio?
–Algún día le voy a traer a mi hija y si gusta podrá ver cómo era yo en aquel tiempo –dijo con lágrimas mezcladas en la voz–. Les he contado los detalles de lo que pasó con usted. Lo saben todo. Hablan de usted como si se tratara de algún ser querido. En ambos embarazos tuve unas náuseas terribles y me iba volviendo un poco loca. Después las náuseas se calmaban y cuando el niño comenzaba a moverse me daba por cavilar si no sería suyo. De vez en cuando me ponía a afilar un cuchillo en la cocina... Esto también se lo he contado a mis hijos.
–Eso... No puede hacer eso.

Kozumi no articuló más palabras.
De todas maneras parecía que la mujer había sido extremadamente desgraciada a causa de Kozumi. También su familia lo había sido... O al contrario. Tal vez con el recuerdo de Kozumi pudo suavizar una vida extremadamente desgraciada. Y su familia había participado de eso en cierto modo...
Pero ese pasado, el encuentro imprevisto con Kozumi en un pueblo llamado Yumiura, parecía estar viviendo con intensidad en aquella mujer. En Kozumi, que de alguna manera había cometido una falta, ese mismo pasado se había perdido completamente y estaba muerto.
–¿Quiere que le deje la fotografía? –preguntó ella. A lo cual Kozumi meneando la cabeza respondió que no.
La figura pequeña de la mujer, caminando con pasos cortos, desapareció tras la puerta de entrada.

Kozumi tomó del estante de libros un mapa detallado del Japón y un diccionario de nombres de ciudades y regresó a la salita. Los tres visitantes le ayudaron a buscar, pero en ningún lugar de Kyushu encontraron un pueblo llamado Yumiura.
–¡Qué extraño! –dijo Kozumi. Levantó la cabeza, cerró los ojos y se puso a pensar–. No recuerdo siquiera haber estado en Kyushu antes de la guerra. Estoy seguro de que no. ¡Ya! La primera vez que estuve en Kyushu fui en avión, como corresponsal de la armada, a la base de las fuerzas especiales en Shikaya durante la batalla de Okinawa. La segunda fue una visita que hice a Nagasaki después de la explosión de la bomba atómica. Y fue en Nagasaki cuando oí la historia de la visita de Kida y de Akiyama a la región, que había tenido lugar treinta años antes.
Los tres visitantes expusieron por turnos su opinión sobre las ilusiones o fantasías de la mujer y se echaron a reír. Concluyeron que evidentemente estaba loca. Kozumi, sin embargo, pensaba que él también debía estar loco. Había estado oyéndole la historia a la mujer, buscando en sus recuerdos mientras la escuchaba. En este caso, no había existido un pueblo llamado Yumiura, pero cuánto de su pasado, un pasado que él había olvidado y que para él ya no existía, podía ser recordado por otros. Después de su muerte, la visitante de hoy iba a pensar que Kozumi le había propuesto matrimonio en Yumiura. Para él no había diferencia entre uno y otro caso.

FIN